

Francisco A. Encina

NUESTRA
INFERIORIDAD
ECONOMICA

SUS CAUSAS,
SUS CONSECUENCIAS

Quinta edición



EDITORIAL UNIVERSITARIA

NUESTRA INFERIORIDAD ECONOMICA



COLECCION
IMAGEN DE CHILE

© Editorial Universitaria, S.A., 1955

Inscripción N° 17.287

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Texto compuesto con fotomatrices *Photon Baskerville*

Se terminó de imprimir esta 5ª edición en los talleres de

EDITORIAL UNIVERSITARIA,

San Francisco 454, Santiago de Chile,

en el mes de julio de 1981

1.500 ejemplares

Proyectó la edición *Mauricio Amster*

1ª edición, 1911

2ª edición, 1955

3ª edición, 1972

4ª edición, 1978

5ª edición, 1981

IMAGEN DE CHILE

Volúmenes publicados:

Jaime Eyzaguirre, *Breve historia de las fronteras de Chile*

Luis Oyarzún, *Temas de la cultura chilena*

Joaquín Edwards Bello, *La Quintrala, Portales y algo más*

Jaime Eyzaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*

Enrique Sierra, *Tres ensayos de estabilización en Chile*

Jorge Dowling, *Religión, chamanismo y mitología mapuches*

Tomás Lago, *Arte popular chileno*

Greta Monstny, *Prehistoria de Chile*

Alvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile*

Francisco A. Encina, *Nuestra inferioridad económica*

Aníbal Pinto, *Chile un caso de desarrollo frustrado*

Jaime Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile*

Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*

Guillermo Feliú Cruz, *La abolición de la esclavitud en Chile*

Yolando Pino Saavedra, *Cuentos folklóricos chilenos*

Luis Oyarzún, *Defensa de la tierra*

Sergio Villalobos, Patricio Estellé, Osvaldo Silva y Fernando Silva,
Historia de Chile (4 tomos)

Sergio Villalobos R., *Para una meditación de la Conquista*

Jaime Eyzaguirre, *Viejas imágenes*

Alberto Marín Madrid, *Aritraje del Beagle y rebeldía argentina*

INDICE

Prefacio

pág. 11

I. Manifestaciones de debilidad en nuestro organismo económico

pág. 15

1. El desplazamiento económico del nacional. 2. Balanza adversa y papel moneda crónico. 3. Debilidad y lentitud de nuestra expansión material. 4. Decadencia del sentimiento de la nacionalidad

II. Naturaleza y origen del fenómeno

pág. 26

1. Nuestra inferioridad económica es un fenómeno distinto e independiente de las crisis comerciales. 2. Las explicaciones corrientes de su origen. 3. Sus verdaderas causas

III. El territorio chileno desde el punto de vista económico

pág. 34

1. El valor económico de un territorio sólo puede ser estimado con relación a la raza que lo puebla. 2. El territorio chileno y la expansión agrícola. 3. La riqueza mineral de nuestro suelo. 4. Carácter industrial de la minería chilena. 5. Naturaleza económico-sociológica de la riqueza mineral. 6. El territorio chileno y la etapa manufacturera y comercial. 7. Resumen

IV. Psicología económica del pueblo chileno

pág. 55

1. Los rasgos psicológicos y las capas sociales. 2. Orientación de la actividad hacia las profesiones liberales y los empleos públicos. 3. El empleo del tiempo. 4. Iniciativa y perseverancia. 5. El esfuerzo colectivo y la asociación. 6. Moralidad industrial, comercial y administrativa. 7. Capacidad técnica y administrativa. 8. El obrero chileno. 9. La hospitalidad, concepto social de la ociosidad y el porcentaje de parásitos. 10. Ostentación y prodigalidad. 11. Crecimiento de la población

V. Antinomia ante los factores físicos de expansión económica y las aptitudes de la población

pág. 103

VI. Otros factores de inferioridad económica

pág. 107

La vecindad de la Argentina. 2. La prioridad de desarrollo de las grandes naciones manufactureras. 3. La intensidad del contacto comercial con Europa y EE.UU.

VII. Esquema de la evolución económica de Chile

entre 1810 y 1875

pág. 120

VIII. Modificaciones en los factores económicos

pág. 123

1. Mudanzas en los factores materiales de la expansión agrícola y minera. 2. Descenso del precio de los cereales en el mercado universal. 3. La incorporación de Tarapacá y Antofagasta a la soberanía de Chile

IX. Cambios en las condiciones sociológicas

pág. 127

1. Exagerada influencia atribuida al salitre en la crisis moral de Chile. 2. Aumento en la intensidad del contacto con Europa. 3. La difusión de la enseñanza

X. Efectos económicos y sociológicos de los cambios materiales y morales verificados en las condiciones de nuestra evolución

pág. 152

1. Conexión íntima entre los fenómenos económicos y morales. 2. Subordinación de nuestra expansión agrícola al desarrollo de la industria salitral. 3. Concentración de la población en las ciudades. 4. Aumento de los consumos. 5. Desarrollo del profesionalismo y la empleomanía. 6. Las perturbaciones morales. 7. Paralelismo entre las manifestaciones de nuestra inferioridad económica y los fenómenos precedentes

XI. Causas del desplazamiento económico del nacional

pág. 187

1. La intensidad del contacto con Europa. 2. La influencia de la enseñanza. 3. La concentración de la actividad económica nacional en las industrias extractivas del salitre y del cobre

**xii. Causas de la debilidad
y lentitud de nuestro desarrollo después de 1865**

pág. 196

1. *Chile, la posición que ocupaba en Sudamérica.*
2. *El descenso mundial de los precios entre 1873 y 1896.*
3. *El agotamiento de las minas y la extensión de la agricultura a suelos más pobres.*
4. *La concentración prematura de los habitantes en las ciudades.*
5. *La ineptitud de la población para la actividad fabril y comercial.*
6. *El parasitismo.*
7. *Las pérdidas de energía económica.*
8. *Otras causas concurrentes.*
9. *La decadencia del espíritu de nacionalidad*

**xiii. Causas de la decadencia
del sentimiento de nacionalidad**

pág. 210

1. *La sugestión ejercida por civilizaciones extrañas.*
2. *El mercader extranjero.*
3. *El descastamiento de la enseñanza.*
4. *Courcelle Seneuil y las doctrinas de libre cambio.*
5. *La penetración de los ideales humanitarios y socialistas.*
6. *El fracaso de las ilusiones cifradas en la libertad, las instituciones y la instrucción.*
7. *La pérdida de la posición que ocupábamos en Sudamérica*

**xiv. Causas de la depresión
de nuestros cambios internacionales**

pág. 225

1. *La balanza y los raciocinios deductivos.*
2. *Capitales extranjeros y el desarrollo económico nacional.*
3. *Los principales factores de inferioridad en nuestros cambios internacionales*

xv. El resurgimiento económico de 1905-1911

pág. 232

1. *La prosperidad agrícola, minera y fabril de los últimos años.*
2. *Causas accidentales y permanentes del resurgimiento.*
3. *El auge agrícola no altera ni las condiciones ni los cambios de nuestra expansión económica.*
4. *La antinomia entre los factores físicos y las aptitudes de la población, subsiste.*
5. *Los síntomas de alta trascendencia*

xvi. Síntesis

pág. 242

Apéndice

pág. 245

El presente trabajo se aleja bastante de los modelos a los cuales se han ajustado hasta hoy entre nosotros los estudios económicos.

La generalidad de los lectores juzgará seguramente demasiado amplios sus horizontes con relación al objeto, y excesiva la importancia que se concede a los factores morales en el desarrollo material.

Motivos de extrañeza serán, también, la ausencia de doctrina dogmática, y el poco respeto que se guarda a los axiomas de la ciencia económica en los contados casos en que, para aclarar algún punto o para desvanecer algún error, hay necesidad de hacer caudal de ellos.

Respecto de las dos primeras novedades, no hay persona medianamente versada en la ciencia social que ignore que estamos hoy muy lejos de los tiempos en que se concebía el desarrollo económico como independiente del conjunto social, haciendo de él algo así como el producto de hombres imaginarios, de HOMBRES ECONOMICOS, gobernados por móviles de una simplicidad que contrasta con la compleja mentalidad del hombre real. »La economía toda de una nación —dice Leslie— es el resultado de una larga evolución en que ha habido continuidad y cambio a la vez, y de la cual lo económico sólo es una faz particular«. Los aspectos intelectual, moral y económico del progreso están, en realidad, tan íntimamente conexiónados que es imposible aislarlos completamente para su estudio.

No faltará quien advierta en este libro cierta heterogeneidad.

No es improbable que algo haya contribuido a ella

el origen de los materiales con que ha sido elaborado. Es difícil fundir en un todo de unidad perfecta los elementos que se hacen servir a propósitos distintos de aquéllos en vista de los cuales fueron acumulados. Las huellas de su origen aparecen a despecho del autor.

Pero el mal deriva, más que de los inevitables defectos de la ensambladura de materiales extraídos de un fárrago inmenso de apuntes, acumulados en un largo espacio de tiempo, los unos para el estudio de determinados problemas, y teniendo en vista propósitos históricos más amplios los otros, de las numerosas digresiones inconexas con el tema.

Como se acaba de decir, es imposible comprender uno de los aspectos de una sociedad sin los demás. Cuando las ideas que dominan entre el común de los intelectuales sobre las condiciones del desarrollo de un país son más o menos exactas, para estudiar una faz, basta tener presente las otras y referirse sencillamente a ellas al explicar sus acciones y reacciones recíprocas. Mas, cuando las ideas dominantes sobre el conjunto son, en su mayor parte, extraviadas, es prácticamente imposible rectificar el error desde el punto de vista que interesa, sin rectificarlo previamente en los aspectos conexos que obran como causas.

Por desgracia, esto último es lo que ocurre entre nosotros. Los conceptos corrientes sobre los aspectos intelectual y moral de nuestra civilización no son más exactos que los relativos a nuestro desenvolvimiento material. Supervivencias disfrazadas de la filosofía crítica del siglo XVIII —que perdura todavía en el fondo de la generalidad de nuestros intelectuales— o sugerencias de un positivismo verbal, en que abundan los vocablos sonoros de ciencia experimental, sociología, evolución, verdad positiva, etc., pero que no alcanza, como el verdadero positivismo, al estudio

y comparación honrados de los hechos, están en la mayor parte de los casos en contradicción con la realidad.

De aquí que, al analizar las influencias de algunos factores intelectuales y morales sobre nuestra expansión material, me haya sido ineludible entrar en el estudio detenido de fenómenos que quedan fuera del dominio económico y en la rectificación del concepto generalmente aceptado sobre ellos. Sin esta tarea previa, el choque entre los efectos que realmente han surtido esos factores y las ideas corrientes, resultaría tan violento que la explicación sería rechazada de plano o no se la comprendería. Las largas disertaciones sobre nuestra enseñanza, sobre la crisis moral, sobre el contacto con Europa, sobre la decadencia del sentimiento de la nacionalidad y no pocas reminiscencias históricas, habrían podido quedar circunscritas a simples referencias, si dominaran sobre la materia ideas más exactas.

Perturban, también, algo la unidad del libro las nociones sociológicas que con relativa frecuencia se intercalan en él.

Profesado este curso ante un auditorio de personas a quienes no son familiares la sociología y la economía política, me encontré en la necesidad no sólo de emplear, aun a riesgo de confusiones e impropiedades, el lenguaje menos técnico posible, sino también de intercalar explicaciones que, innecesarias y aun fastidiosas para personas versadas, eran indispensables para la inmensa mayoría de los asistentes.

Al editar el curso me habría sido muy fácil suprimir estas explicaciones y aún moderar la viveza del lenguaje, pero me ha parecido que, tratándose de una obra cuyo único objeto es despertar la atención pública sobre algunos problemas que afectan hondamente a nuestra vitalidad y a nuestro porvenir, no había ven-

tajas en ello. Lo que el libro ganaría en estética, lo perdería en eficacia, haciéndose difícil para aquellos a quienes va dirigido de preferencia: los profesores y preceptores nacionales.

Santiago, noviembre de 1911

Manifestaciones de debilidad en nuestro organismo económico

1

Nuestro desarrollo económico viene manifestando en los últimos años síntomas que caracterizan un verdadero estado patológico.

Hasta mediados del siglo XIX el comercio interior estuvo en Chile, casi exclusivamente en manos de nacionales; el chileno participaba en el comercio exterior en mayor proporción que hoy; y su iniciativa comercial desbordábase lejos de las fronteras por las costas del Pacífico y de parte del Atlántico y aún solía hacerse presente en las islas de Oceanía.

En menos de cincuenta años, el comerciante extranjero ahogó nuestra naciente iniciativa comercial en el exterior; y dentro de la propia casa, nos eliminó del tráfico internacional y nos reemplazó, en gran parte, en el comercio al detalle.

Igual cosa ha ocurrido en nuestras dos grandes industrias extractivas. El extranjero es dueño de las dos terceras partes de la producción del salitre, y continúa adquiriendo nuestros más valiosos yacimientos de cobre.

La marina mercante nacional, que merced a la temprana consolidación del orden, nació casi a raíz de la Independencia, no sólo no se ha desarrollado paralelamente al crecimiento de la riqueza y a la intensidad del tráfico comercial marítimo, sino que ha venido a menos y continúa cediendo el paso, aun dentro del cabotaje, al pabellón extranjero.

Fuera del país tienen sus directorios la mayor parte de las compañías que hacen entre nosotros el negocio de seguros. Los bancos nacionales han cedido y

siguen cediendo terreno a las agencias de los bancos extranjeros. A manos de extranjeros que residen lejos del país, van pasando en proporción creciente los bonos de las instituciones hipotecarias, las acciones de los bonos nacionales y otros valores de la misma naturaleza.

Estos hechos revelan la existencia de un antiguo proceso de desplazamiento del nacional en el dominio de los negocios y en la posesión de la riqueza.

Para la inmensa mayoría de los políticos, de la prensa y, en general, de todos los elementos que forman y guían la opinión pública, los hechos anotados son simples manifestaciones del aporte con que los viejos centros de la civilización concurren al desarrollo económico de las naciones jóvenes; son, por consiguiente, fenómenos normales y benéficos.

Los brazos y los capitales que emigran de las naciones europeas buscando horizontes más halagadores son, indudablemente, elementos de prosperidad para el pueblo joven a cuya economía se incorporan; su cuantía es, hasta cierto punto, barómetro que marca la vitalidad del país al cual afluyen. El capital que en calidad de préstamo viene desde los grandes mercados a los mercados nuevos, es un poderoso factor del desarrollo económico, cuando se transforma en nuevas fuentes de producción o ensancha las existentes. Pero el desplazamiento del nacional en la explotación de las riquezas del suelo o en las industrias del comercio y la navegación, por el extranjero que no se incorpora al país, que sólo radica en él sus negocios para obtener ganancias con las cuales vivir y capitalizar en su patria, y el préstamo de capitales que en su mayor parte devoran consumos irreproductivos, aun desde el punto de vista meramente económico, distan mucho de ser síntomas de vitalidad.

Mucho más grave, aún, es la significación sociológica de semejantes fenómenos.

Ellos reflejan, en primer lugar, un estado de anemia o debilitamiento del organismo nacional entero, que se manifiesta incapaz de dominar y absorber los elementos extraños que se ponen en contacto suyo. Revelan, en seguida, una extraordinaria ineptitud económica en la población nacional, hija de la mentalidad de la raza, o, en el mejor de los eventos, consecuencia de una educación completamente inadecuada para llenar las exigencias de la vida contemporánea y para suplir los vacíos de pueblos retrasados en su evolución.

El desplazamiento económico del nacional no es, pues, una fase normal del desarrollo social, como creen nuestros economistas, políticos y periodistas. En todo el curso de la historia, no se ha realizado en la juventud de ninguno de los pueblos fuertes que han hecho el progreso, no obstante haberse encontrado varios de ellos con respecto a los viejos centros de la actividad económica, exactamente en la misma posición que Chile. Es, por el contrario, una manifestación eminentemente patológica, un síntoma inquietante para el porvenir de una civilización.

2

La paz interior y la regularidad económica se consolidaron en nuestro país muchos años antes que en las demás repúblicas hispanoamericanas. Cuando éstas se agitaban presas de la anarquía política, administrativa y económica, nosotros teníamos gobierno regular, administración ordenada y normalidad económica y financiera.

El conflicto constitucional que tuvo su desenlace en la revolución de 1891, cualquiera que sea la trascendencia que bajo otros respectos se le atribuya, des-

de el punto de vista de la estabilidad del orden interior, fue un accidente pasajero. Accidente pasajero que sólo podía perturbar transitoriamente el desarrollo de un país de vitalidad económica vigorosa, fueron, también, las emisiones de papel moneda que, abriendo un paréntesis a la sensatez tradicional de nuestra política monetaria, alimentaron la fiebre bursátil de 1906.

Sin embargo, el país no ha podido en los últimos treinta años sostener el régimen monetario normal ni producir lo suficiente para pagar con deshogo sus importaciones. Nuestra balanza de cuentas nos ha sido generalmente adversa; y el tipo de nuestros cambios extranjeros, salvo cortas mejorías, que no han reflejado una reacción acentuada y duradera, ha descendido continuamente, mientras ha ido en constante aumento el volumen de nuestras deudas públicas y privadas para con los mercados extraños: 45 5/8 de peniques en 1870, 30 7/8 en 1880, 24 1/16 en 1890, 16 4/5 en 1900 y 10 3/4 en 1910¹, A.

¹La balanza de cuentas, esto es, el estado de los saldos que los mercados se adeudan, ejerce influencia poderosa sobre el tipo de los cambios extranjeros. Cuando es adversa, determina una tendencia a la baja que se hace particularmente sensible en los momentos en que las condiciones del mercado mundial o accidentes en la economía interna del país deudor, hacen cesar la afluencia de capitales (que en países sujetos al curso forzoso se realiza siempre por medio de la internación de mercancías cuyo valor se queda adeudando) o provocan el cobro intempestivo de lo adeudado. Del propio modo, una balanza francamente favorable, provoca una tendencia al alza, que, si otros factores no lo impiden, hace imposible la subsistencia del papel moneda depreciado.

Estos hechos han servido de base a la mentalidad —aquí como en todas partes— simplista de nuestros políticos, para idear una teoría que pretende encontrar una relación matemática entre el estado de la balanza y el tipo de los cambios, prescindiendo de todos los demás factores que contribuyen a determinar ese tipo, entre los cuales hay uno, el de las alternativas de expansión y depresión de la economía nacional, de importancia capital.

A. Ver apéndice.

La balanza adversa no es por sí sola una manifestación de inferioridad. Las naciones más ricas suelen encontrarse en posición desfavorable en sus cambios extranjeros. Inglaterra y Francia han tenido repetidas veces balanza adversa, bien que sólo accidentalmente y como consecuencia de trastornos económicos y monetarios. Los pueblos nuevos que crecen con vertiginosa rapidez, tienen casi siempre una balanza desfavorable, en razón de la misma celeridad de su desarrollo, que excede el poder de las fuerzas propias y obliga a buscar en los mercados antiguos los capitales necesarios para subvenir a una evolución material excesivamente rápida. Este ha sido el caso de los Estados Unidos de Norteamérica hasta hace poco.

Pero el desequilibrio crónico de la balanza y la persistencia del curso forzoso en un país organizado política y financieramente, y que, como el nuestro, se desarrolla con lentitud, son fenómenos anormales, manifestaciones enfermizas que, como el desplazamiento económico del nacional, reflejan un estado de raquitismo o debilidad orgánica general.

3

Tomando las cifras en un sentido absoluto, nuestro crecimiento no se ha detenido; la población y la riqueza no han cesado de aumentar: mas, si fraccionamos en períodos nuestro desarrollo y lo comparamos entre sí, se advierte lentitud y debilidad en el aumento de la población y de la riqueza durante los últimos cuarenta años.

Dadas las condiciones en que la República se desenvolvió en el período 1810-1860, su crecimiento debió acelerarse en el período 1860-1910.

La introducción del riel y del telégrafo, el desarrollo de la instrucción pública, el contacto más intenso y frecuente con Europa, la adquisición del salitre; y

sobre todo, la consolidación del orden, son factores de tal entidad en un pueblo nuevo, que una expansión más rápida y vigorosa debió ser su consecuencia ineludible.

En lo que se refiere a la población, el censo arroja, no obstante, un resultado contrario.

El aumento decenal de la población, que había sido de 2,61% entre 1843 y 1854, y de 2,15% entre 1854 y 1865, baja a 1,33% entre 1865 y 1875, a 1,59% entre 1875 y 1885² y a 1,11% en el período comprendido entre 1885 y 1907³. B. Entre los años 1843 y 1875, la población dobló; entre 1875 y 1907, en un período igual de tiempo, aumentó sólo en 60%; y en este aumento está comprendido el factor extraordinario de las tres provincias incorporadas, como consecuencia de la guerra de 1879.

Si buscamos fuera de la propia casa términos de comparación, la lentitud de nuestro crecimiento se destaca con nitidez.

En 1854 teníamos 347.900 h. más que la República Argentina; en 1885 la Argentina nos aventajó en 352.791 h.; en 1909 nosotros teníamos 3.329.030 h. y la Argentina 6.490.000 h., es decir, casi exactamente el doble, C.

Brasil tenía en 1872, 9.931.000 h. y en 1908, 21.461.100, es decir, mucho más del doble.

La población de Australia era en 1870, poco más o menos, igual a la nuestra en la misma fecha, 1.900.000

²La cifra 1,59%, que acusa un mayor porcentaje que en el decenio anterior, es el resultado del aumento anormal que llevó a la población la adquisición de Tacna, Tarapacá y Antofagasta.

³He tomado el período de 22 años y no los decenios, porque, siendo pésimo el censo de 1895, separando los decenios, se llega a las cifras de 0,71% para 1885-1895 y 1,51% para 1895-1907, oscilación cuyo absurdo se comprende a primera vista.

B. Ver apéndice.

C. Ver apéndice.

h. En diciembre de 1908, alcanzaba a 4.275.306 h., excluidos los naturales⁴.

Más aún, el desarrollo de nuestra población no sólo es más lento que el de Argentina, Brasil, Australia, Uruguay y Estados Unidos, países jóvenes, favorecidos por fuertes corrientes de inmigración, sino también al de Holanda, Inglaterra y Japón, países ya saturados que sufren pérdidas considerables por la emigración a las colonias o al extranjero.

Mientras estas naciones tuvieron aumento de 1,27, 1,20 y 1,19, respectivamente, el porcentaje fue en Chile, como ya se ha visto, de 1,11 en los 22 años corridos entre 1885 y 1907.

La lentitud en el crecimiento de la riqueza es más acentuada aún que la de la población, pero la ausencia de estadísticas antiguas que puedan servir de término de comparación, y la imposibilidad de hacer en este terreno otra cosa que evaluaciones prudenciales, me retraen de invocar datos y cifras parciales.

No sólo no se ha verificado, pues, el proceso de aceleración en nuestro desarrollo, que debió ser la consecuencia de la paz, del orden y de los numerosos factores favorables que concurren a nuestro progreso desde 1860 en adelante, sino que, por el contrario, se ha debilitado y hecho más lento con relación al período anterior y al de los países jóvenes con quienes estuvimos en una época nivelados.

4

Entre los factores morales que más pesan en el desarrollo económico, ocupa el primer lugar el sentimiento de la nacionalidad; o sea, el egoísmo colectivo que impulsa a los pueblos a anteponer siempre el interés

⁴MULHALL, *Dic. of Statistics*, 4 th edition y *The Statesman's year book*. 1910.

nacional y a perseguir, en sus relaciones con los demás, sólo la prosperidad y el engrandecimiento propios.

Este sentimiento, que no es sino el instinto de conservación en las sociedades, ha decaído profundamente entre nosotros en los últimos treinta años.

El deseo de ser grandes, la voluntad de dominar y absorber a los elementos extraños que se ponen en contacto nuestro, están adormecidos.

No es fácil que el observador no habituado a los estudios psicológicos se dé abstractamente cuenta exacta de las modificaciones que se han verificado a este respecto en nuestra alma colectiva. El sentido de la percepción se embota respecto del medio que nos envuelve tanto como en la observación de sí mismo.

Sólo aquellos chilenos que habiendo visitado a la Argentina treinta años atrás, hayan vuelto a hacerlo en el último tiempo, pueden percibir con facilidad, por contraste, los cambios que, en sentidos opuestos, ha experimentado en uno y otro país el sentimiento de la nacionalidad.

En cambio, las manifestaciones concretas de la debilidad y decadencia de este sentimiento, son tan aparentes, que las pueden constatar aun las personas más ajenas a esta clase de estudios.

Hay indiferencia general por el desarrollo y prosperidad de las industrias nacionales.

Hace pocos años un distinguido industrial chileno, después de invertir en la empresa su fortuna y de gastar en ella la actividad de toda una vida laboriosa como pocas, logró implantar en el país la industria de la leche condensada. Para ahogar en la cuna al nuevo rival, las fábricas extranjeras bajaron temporalmente los precios. El derecho que en aquel entonces gravaba la internación de la leche era ad-valorem y como consecuencia del descenso ocasional de los precios y

de la revisión de la tarifa de avalúos, el gravamen de internación descendió también.

El industrial chileno solicitó del Gobierno y del Congreso que se reemplazara el derecho ad-valorem por otro específico, equivalente al monto real de aquél en el momento de iniciarse la competencia.

Fue menester hacer grandes esfuerzos para alcanzar la modificación; y —fenómeno sugestivo— las consideraciones que hicieron efecto fueron las de equidad y justicia. Se estimó justo restablecer las bases económicas del negocio a las condiciones que tenían al iniciarse. Pero, salvo una que otra excepción, el aspecto nacional del problema no interesó. No se percibían las ventajas de producir nosotros la leche condensada que consumimos, en lugar de traerla de Europa.

Más recientemente, lo ocurrido con motivo de las modificaciones que las medidas del Gobierno alemán llevaron a la economía del mercado de nuestras suelas, ha venido a evidenciar una vez más la indiferencia de los poderes públicos y de la opinión por todo lo que atañe a nuestro desarrollo económico.

Mayor es el desdén que el consumidor de todas las capas sociales experimenta por los productos de las industrias nacionales. En igualdad de precios y de calidad, preferimos invariablemente el artículo de procedencia extranjera. En las altas clases sociales esta preferencia llega hasta el desprecio de lo nacional. Un joven argentino se quitaba espontáneamente el sombrero que traía en los días del centenario, y decía a su interlocutor: »Esto es hecho en Buenos Aires«. Cualquiera de nuestros elegantes se habría avergonzado de hacer igual cosa.

Para colocar sus productos la industria nacional se ve forzada a disfrazarlos con etiquetas que simulan la procedencia extranjera. Hasta hace pocos años

existía en Santiago una fábrica de urnas funerarias que giraba en nombre de una razón social norteamericana imaginaria, porque su único dueño era un antiguo veterano de la guerra del Pacífico, chileno de nacimiento, de nombre y de apellido. Interrogado acerca del objeto de esta rara superchería, contestó que, sin ella, nada lograba vender. Sería fácil exhibir un centenar de ejemplos análogos.

En obsequio del extranjero llegamos hasta a renunciar a nuestro propio interés, y aun hasta a exponernos a los más serios peligros.

Como más adelante habrá de verse, en el extenso territorio chileno, sólo hay 200.000 km² susceptibles de ser arados o utilizados en el pastoreo de ganados, de los cuales la mitad, más o menos, a causa del clima o de la constitución geológica, sólo son aptos para la crianza de vacunos. Ni el cultivo de los cereales ni el cebamiento de ganados es posible en ellos.

El pueblo y gran parte de la opinión consciente, rechaza un impuesto de 3 ctvs. oro de 18 d. el kilo vivo del animal que se interne, establecido con el propósito de estimular el aprovechamiento y la transformación de esos suelos, en su inmensa mayoría hoy perdidos para la economía nacional.

Por temor de molestar a la República Argentina y de quebrantar la cordialidad que a ella nos une, nos negamos a cerrar temporalmente los boquetes de la cordillera, para impedir la introducción de la fiebre aftosa. A pesar de que la epidemia se desarrolló en condiciones muy benignas, la economía nacional perdió de veinte a veinticinco millones de pesos, como consecuencia del menor rendimiento en leche, del atraso de las engordas y de la merma de la producción pecuaria del año siguiente, resultado del debilitamiento de los machos reproductores y del aborto de las hembras.

No conozco ningún ejemplo de parecida condescendencia en la historia económica contemporánea. La propia Argentina, después de infectarnos, cerró sus puertas a nuestras procedencias.

La opinión pública no protestó con energía de esta indiferencia o debilidad, que pudo costarnos sesenta y más millones de pesos, si la epidemia reviste caracteres graves.

Capítulo II

Naturaleza y origen del fenómeno

1

Las manifestaciones de nuestra inferioridad económica no han pasado inadvertidas. En el Congreso, en la prensa y en el folleto, se ha llamado repetidas veces la atención hacia algunos de los hechos anormales que acabo de anotar. En más de una ocasión los que entre nosotros escriben o hablan sobre asuntos económicos han percibido la persistente anemia o debilidad de nuestro organismo y la sensación de malestar que desde años atrás flota en la atmósfera.

Por desgracia, no han comprendido la verdadera naturaleza del fenómeno, ni logrado señalar su origen. Aun personas ilustradas, de quienes había el derecho de esperar que ahondaran en el estudio de una materia de tan alto interés y de tanta trascendencia, se han quedado en la superficie o se han extraviado en estériles controversias doctrinarias.

Con rara uniformidad se ha confundido esta especie de anemia generalizada que se revela por el desplazamiento del nacional, por los cambios adversos y por la lentitud en el crecimiento, con las perturbaciones que las crisis comerciales han llevado a nuestro desarrollo económico.

Como la economía de todas las naciones, la nuestra ha sido afectada por crisis de variada naturaleza. Para no recordar sino las dos últimas, entre 1897 y 1900, alcanzó su período álgido una gran crisis de depresión, sin fiebre previa, que fue la consecuencia de los cuantiosos sacrificios de hombres y de dinero que impuso la revolución de 1891 y de la paz armada que la siguió. Una emisión de papel lanzada en el preciso instante que un

vigoroso período de expansión material alcanzaba su apogeo, encendió en 1905 una violenta fiebre bursátil que fatal e ineludiblemente tenía que liquidarse por medio de una crisis, que debía de afectar en especial a los valores bursátiles; y repercutir, algo atenuada, sobre toda la economía nacional conmovida por el trastorno.

Pero entre estas crisis comerciales y el estado orgánico que he calificado, para darle algún nombre, de inferioridad económica, media la misma distancia que entre un tifus y una anemia. En el primer caso hay una afección aguda y transitoria; en el segundo, un estado crónico, producto de la miseria fisiológica.

Lo pasajero y transitorio entran como factores esenciales en el concepto económico de crisis. La crisis consta de dos elementos, uno psíquico, la sugestión de optimismo colectivo que la prepara y la sugestión de pánico, también colectivo, que la liquida; y otro material, la perturbación aguda del juego normal del engranaje económico. Ambos órdenes de fenómenos revisten caracteres agudos y pasajeros. Perturban, pero no debilitan la economía nacional en forma duradera. De aquí el hecho, a primera vista paradójal, de que las crisis sean tanto más intensas cuanto más rico es el país.

Las manifestaciones de nuestra inferioridad económica revelan, por el contrario, un estado orgánico crónico, una postración permanente, un debilitamiento económico antiguo y persistente.

Avanzando un concepto que habré de desarrollar más adelante, en la crisis hay un fenómeno puramente económico; en el conjunto de fenómenos que constituyen nuestra inferioridad económica, hay un estado sociológico. En la crisis sólo está afectado el funcionamiento del organismo; en los fenómenos que van a ser el tema de este estudio, la afección toca al propio organismo en sus factores fundamentales, el territorio y la raza.

No han sido más afortunados nuestros intelectuales al desentrañar el origen de los fenómenos que vengo estudiando, que al apreciar su naturaleza y significación.

Las explicaciones que de ellos se han dado son numerosas.

Concretándose a sólo aquellas que han alcanzado cierto éxito en la opinión pública o han sido sostenidas por voces autorizadas, pueden estas explicaciones ser agrupadas en tres categorías: relativas al régimen monetario y a la organización del crédito, a la calidad del Gobierno y de la administración pública y a la política económica y comercial.

Han sido las de la primera categoría las que han tenido mayor éxito en la opinión. No es, tal vez, exagerado afirmar que la cuarta parte de las personas que están en condición de formar juicio sobre el desarrollo económico del país, atribuyen su lentitud y debilidad al régimen de papel-moneda, y que otra cuarta parte lo atribuye a la escasez de circulante, es decir, a la poca cantidad de papel emitido.

Para aquéllos, el régimen del curso forzoso, con su consiguiente, inestabilidad monetaria, aleja los capitales europeos que podrían fecundar nuestra riqueza, disipa los ahorros, estimula el agiotaje y perturba al industrial serio y laborioso. El curso forzoso no es la consecuencia de la debilidad del organismo económico, sino que ésta es la consecuencia de aquél.

Para los últimos, la corta cantidad de papel emitido mantiene al organismo en un estado de extrema debilidad. Así como no puede desarrollarse vigoroso el árbol sin savia abundante, o el cuerpo humano sin sangre generosa, un país que no tiene circulante barato y abundante, está condenado a arrastrar una existencia ra-

quítica y miserable. Es éste el evangelio que desde Law vienen predicando todos los apóstoles del papel-monedas.

Todavía una tercera corriente atribuye una importancia capital al régimen bancario y a la organización del crédito. El malestar que nos aqueja proviene de nuestra defectuosa organización bancaria. Bastaría reformarla para que el país se encarrilara dentro de una era de sólida y vigorosa prosperidad.

Las explicaciones de la segunda categoría, se relacionan con el Gobierno y la administración pública. Para sus adeptos, es imposible que pueda desarrollarse normalmente un país en el cual los Ministerios duran cuatro meses, es decir, el tiempo necesario para que el Ministro alcance a imponerse de la nómina de los asuntos que penden de su consideración. La ausencia de todo plan de Gobierno, el desequilibrio de los presupuestos, el despilfarro de los dineros fiscales, los empréstitos cada día más cuantiosos, las obras irreproductivas o desproporcionadas a la potencia financiera y la administración relajada y defectuosa de los servicios públicos, consecuencia de la rotación ministerial y de nuestros viciosos hábitos políticos, son causas más que suficientes para postrar a una nación.

Pero son, tal vez, las explicaciones que he agrupado en la tercera categoría las que han contado en su apoyo con voces más autorizadas.

Para distinguidos economistas y políticos, es la tarifa aduanera sobrado proteccionista, la que mantiene abatida a nuestra economía.

En esta corriente se cuentan casi todos los discípulos aún vivos de Courcelle; buen número de los que bebieron las enseñanzas de don Zorobabel Rodríguez, adepto exagerado del maestro; y la mayor parte de los aficionados a leer cartillas y textos de economía.

Según los doctrinarios de libre cambio, a los países

jóvenes les conviene dedicarse de preferencia a la explotación de las riquezas naturales del suelo. En ellos el esfuerzo aplicado a las industrias extractivas o a la agricultura rinde un resultado económico mayor que si se aplicara a la manufactura. Por consiguiente, gravar con derechos elevados las procedencias de los países fabriles es una medida contraproducente. Desvía los brazos y los recursos de las industrias naturales, en las cuales darían un rendimiento mayor, y los inclina hacia industrias exóticas, con las cuales no están familiarizados, perjudicando seriamente a la economía nacional.

Viniendo al caso nuestro, el proteccionismo ha encaecido la vida, dificultado la explotación de nuestra riqueza agrícola y minera, y creado artificialmente numerosas industrias fabriles que producen artículos de pésima calidad a precios considerablemente superiores al similar europeo. Si esa cantidad de obreros, de empresarios y de capitales, de actividad económica, en una palabra, abandonara las industrias parásitas, que viven del arancel, es decir, del resto de la economía nacional, y se aplicara a fecundar nuestro suelo, a producir trigo, cobre y salitre, el país experimentaría considerable alivio. El fardo pesado de las industrias parásitas oprime sus espaldas y le ahoga.

Dentro de esta tercera categoría, cabe, también, la explicación opuesta; esto es, la que divisa la causa de nuestra estagnación en la ausencia de derechos aduaneros prohibitivos.

Ha sido, en mi concepto, el señor Malaquías Concha quien ha desarrollado con más fuerza y asentado en más sólida base científica esta última explicación. Generalizando algunas de las ideas con que Federico List se anticipó a la sociología económica⁵ y apoyándose en el concepto de Novicow sobre la lucha entre

⁵ *Das Nationale System der Politischen Oekonomie*, 1841.

las sociedades humanas, ha sostenido el líder democrata que en el contacto comercial de pueblos a diverso grado de evolución económica, los más débiles son absorbidos por los más fuertes, si no se protegen. Y la única protección posible entre naciones, es el arancel elevado, y si fuere necesario, prohibitivo. La debilidad económica de nuestro país proviene, pues, de la insuficiencia de la protección que el arancel aduanero le presta contra la absorción de Inglaterra, Alemania, Francia y demás países de desarrollo superior. Si no ha logrado hasta hoy franquear las puertas del industrialismo, débese este retardo a la ausencia de un arancel elevado.

El fundamento científico de las ideas del señor Concha es, como se ve, exactamente el mismo de que partió el ilustre Alejandro Hamilton, creador de la política comercial de los Estados Unidos de Norte América.

3

Casi no es necesario demostrar la fragilidad de la mayor parte de las contradictorias explicaciones que se han dado del origen de nuestra inferioridad económica.

Bajo el régimen metálico se ha realizado la evolución de casi todas las naciones contemporáneas; y el papel no ha sido obstáculo para que la riqueza se haya desarrollado con vigor en otras.

Ni es nuestro Gobierno todo lo detestable que se le supone, ni tienen sus defectos gran trascendencia económica.

No hay en la historia económica ejemplos de un país arruinado por exceso de protección, ni desde su independencia ha estado Chile sometido a arancel prohibitivo.

Tampoco es difícil demostrar la insuficiencia de la explicación del señor Concha.

La absorción del más débil, es un hecho sociológico firmemente asentado, contra el cual se estrellan impotentes los esfuerzos dialécticos de la economía clásica. Schmoller ha establecido en forma incontrovertible, el hecho histórico de que sin protección enérgica, ningún país ha logrado salvar los dinteles de la etapa industrial⁶. Pero en Chile ocurre el fenómeno profundamente sugestivo de que las industrias fuertemente protegidas, no se han desarrollado con mayor vitalidad que las libradas a la concurrencia extraña. El régimen aduanero de protección parcial no ha realizado sus fines o sólo los ha cumplido muy imperfectamente; lo cual significa que, más allá de la inevitable absorción que trae consigo el contacto con organismos más fuertes, hay algo anormal en nuestra economía.

Nuestra debilidad económica deriva, en efecto, de causas bien distintas de las apuntadas. Consecuencia de la naturaleza de los factores físicos de crecimiento y de las aptitudes económicas de la población, poco tiene que ver con las frívolas cuestiones relativas al régimen monetario, con los malos hábitos de gobierno y con la política comercial.

La expansión agrícola de que es susceptible nuestro territorio, es limitada, y más que limitada, lenta, a causa del número y la naturaleza de los obstáculos que necesita vencer.

Nuestra raza, en parte por herencia, en parte por el grado relativamente atrasado de su evolución y en parte por la detestable e inadecuada enseñanza que recibe, vigorosa en la guerra y medianamente apta en las faenas agrícolas, carece de todas las condiciones que exige la vida industrial.

Nace de aquí una antinomia entre los elementos físicos tan inadecuados para una vigorosa expansión agrí-

⁶ *Principes d'Economie Politique*, t. v, etc.

cola, como admirablemente adecuados para la etapa industrial, y las aptitudes de la raza, apta para la agricultura e inepta para la actividad manufacturera y comercial, que se traduce en la debilidad y estagnación económica, cuyas manifestaciones se han descrito en los párrafos precedentes.

A este factor principal únense otros subalternos, relativos a la posición comercial del país y a la naturaleza de los territorios limítrofes.

Las causas de nuestra inferioridad económica son, pues, más sencillas que las complicadas explicaciones que de ellas han dado nuestros economistas; pero, por desgracia, son también más hondas y más permanentes.

El análisis del territorio y de la raza desde el punto de vista económico; la demostración de la antinomia que existe entre la naturaleza de aquél y las aptitudes de ésta; y el estudio de aquellos factores que, como el exceso de contacto comercial con Europa y Estados Unidos, la vecindad argentina, etc., contribuyen también, como causas subalternas, a producir nuestra inferioridad económica, constituirán el objeto de la primera parte de este trabajo. La segunda abarcará el examen de algunos de los numerosos arbitrios propuestos para estimular nuestro desarrollo económico, y muy especialmente de la educación y de la política económica, en mi concepto, los únicos capaces de obrar con alguna eficacia.

Capítulo III
El territorio chileno
desde el punto de vista económico

1

El valor sociológico de una comarca sólo puede ser estimado con relación a la raza que la ocupa.

Existen, indudablemente, grandes influencias que derivan del clima, de la configuración geográfica, de la fauna, de la flora, etc.; que obrando directamente sobre la manera de pensar y de sentir e indirectamente, por las selecciones que determinan en la constitución étnica, tienden en la sucesión de los siglos a imprimir un tipo común a las distintas razas que se radican en un lugar dado. Pero es tan lento este proceso, está de tal manera contrariado en las civilizaciones elevadas por las influencias psíquicas y morales, y son tan hondas y extensas las variaciones que la acción de un mismo medio experimenta al ejercerse sobre razas de distinto temperamento y carácter o a diverso grado de evolución, que sólo suministra indicaciones vagas y desprovistas de significación histórica. Regiones admirablemente adecuadas para servir de cuna a la civilización, son inadecuadas para su desarrollo en los grados superiores. El clima y el suelo de Grecia obraron sobre la manera de pensar y de sentir de los helenos, dolicocefalos rubios, de muy diversa manera que sobre la de los braquicefalos celto eslavos que forman la base étnica de su mezclada población actual.

Una comarca no adquiere, pues, significación sociológica definida, sino con relación a una raza determinada

Lo que ocurre en el desarrollo general de la civilización, ocurre, también, en su aspecto material o económico.

Un mismo suelo tiene valor distinto, no sólo para

razas de diversa psicología, sino, también, para los diversos estados de civilización de una misma raza. El ibero no habría, ciertamente, aprovechado el carbón y la posición marítima de Inglaterra, en la forma que el anglosajón. Los propios anglosajones no pudieron sacar de las entrañas y de la posición de sus islas el inmenso partido que les ha dado el imperio del mundo, sino cuando pasaron las puertas de la etapa industrial.

La simple descripción de las condiciones geológicas y climatéricas de un país no suministra indicaciones concretas. Un buen clima y un suelo feraz apto para la producción de pan y de carne, o favorecido con los elementos que engendran la energía motriz y con un fácil acceso a la costa, son condiciones que, donde quiera que concurren, hacen posible el desarrollo de la civilización, y nada más. Para prever el crecimiento material de la civilización que se radique en semejantes condiciones, el economista, lo mismo que el sociólogo, necesita conocer qué partido puede sacar de los factores físicos la raza que puebla la comarca. Las más admirables condiciones para la actividad manufacturera, son pérdidas, son como si no existieran para una población todavía detenida en la etapa pastoral o en la agrícola. Con ser infinitamente más fácil desandar el camino recorrido que abrir nuevas sendas para avanzar, un pueblo manufacturero, colocado en una comarca mediterránea, sin fuerza motriz y sin comunicaciones, tarda en plegarse a las nuevas condiciones de vida y en sacar de su nuevo asiento los rendimientos de que es susceptible en la ganadería y en la agricultura⁷.

⁷El sentido de la realidad, que tanto atenuó en Courcelle Seneuil, las absurdas consecuencias de los desarrollos ideológicos que sus discípulos exageraron hasta la caricatura, lo movió a reconocer que "cuando se estudia la fuerza productiva actual de un territorio, es menester considerarla desde el punto de vista del arte industrial de los habitantes, el cual saca más o menos partido de esta fuerza". *Tratado teórico y práctico de Economía Política*, t. I, p. 73.

El olvido de esta compenetración íntima, de este lazo indisoluble entre el suelo y la raza, ha sido uno de los grandes escollos de la ciencia económica, y para nuestros economistas, un denso velo que les ha impedido comprender la verdadera naturaleza de las desconcertantes peculiaridades de nuestro desarrollo material⁸.

2

Aludiendo al concepto, hasta ayer casi unánime y hoy todavía bastante generalizado, que los chilenos tienen de su territorio, tuve hace poco oportunidad de decir: »Hemos vivido hasta nuestros propios días en la convicción de que nuestro territorio es admirablemente fértil y tiene dilatado porvenir agrícola«.

»Viene este errado concepto de los propios conquistadores españoles«.

»En lugar de oro, encontraron a su paso una pequeña faja de suelo feraz, que retribuye con largueza el trabajo del hombre y cuyos productos bastaban a subvenir con exceso a sus escasas necesidades; y sin reparar en su extensión, juzgaron por ella de todo el territorio del país descubierto. Alonso de Ercilla, González de Nájera y casi todos los cronistas ensalzaron en prosa y en verso el clima y suelo de Chile. Nuestros padres aceptaron sin examen el concepto tradicional, y nosotros mismos sólo en los últimos años hemos abierto los ojos a la realidad«.

Los 757.000 Km² que aproximadamente encierra el territorio chileno, pueden descomponerse así: 6.000 Km² de suelos regados que deben contarse entre los más fértiles de los climas templados; 4.000 de suelos también regados, pero pobres o sólo medianamente fértiles; 40.000 de terreno de secano fértiles; 150.000 de cerros, faldeos y planes muy pobres, aprovechables sólo para el pastoreo de ganados; y 557.000 Km² ocu-

⁸ *Bases y orientaciones de la política económica chilena.*

pados por los desiertos del norte, la cordillera de los Andes y sus ramificaciones, las partes estériles de la cordillera de la costa y los lagos.

Las tres cuartas partes de la superficie de Chile carecen, pues, en absoluto de valor agrícola.

La simple exposición de estas cifras es una saludable advertencia para los numerosos escritores y políticos que se halagan con los resultados de las comparaciones entre el área total chilena y el área de algunas naciones europeas.

Acentuará la impresión que ella causa, el conocimiento de la proporción entre el área aprovechable y la superficie total en otros países. La República Argentina tiene una extensión total vecina a 2.800.000 Km², de los cuales, según una estimación tachada de tímida, 1.500.000, es decir, más de la mitad, son cultivables⁹. El área agrícola de la República vecina es, pues, diez veces la nuestra. Italia tiene una superficie de 286.682 Km², de los cuales 202.480 son actualmente productivos. Francia tiene un área de 556.463 Km², de los cuales 83.971 están plantados de bosques y 367.770 cultivados. Aprovecha, pues, el 78% de su extensión. Inglaterra, inclusive las aguas, tiene 314.339 Km² y aprovecha en cultivos, pastoreo y bosques, en números redondos, 257.000, es decir, más del 80%.

Un dato todavía más sugestivo. El Uruguay tiene 178.700 Km²¹⁰, es decir, menos de la cuarta parte del área de Chile, y el año 1900 aró y utilizó como campo de pastores 151.300 Km².

Pasemos ahora al estado de cultivo de los 200.000 Km², susceptibles de aprovechamiento agrícola que encierra nuestro territorio.

⁹F. LATZINA, *La Argentina considerada en sus aspectos físico, social y económico*.

¹⁰Cálculo planimétrico hecho en Gotha.

La evaluación sólo puede hacerse a ojo de buen varón. Las estadísticas de poco sirven en esta tarea. Hace pocos años, cuando me ocupaba, en unión del señor Díaz Besoain, en redactar el anteproyecto sobre "Concesión de mercedes de agua y fomento de las obras de riego", valiéndome de mi propio conocimiento del territorio agrícola y de innumerables datos suministrados por personas serias y sensatas, intenté hacer esta evaluación. Tomando como punto de referencia un tipo de agricultura semi-intensiva, es decir, un término medio entre la francesa y la chilena, y calculando prudencialmente el mejor aprovechamiento de que son susceptibles tanto nuestros suelos regados como los de secano, y el número de hectáreas con que la construcción de pantanos y de nuevos canales puede aumentar el área regada, estimé, entonces, que nuestra agricultura y nuestra ganadería aprovechan aproximadamente la tercera parte de la capacidad agrícola del territorio. Más tarde he revisado prolijamente esta evaluación, y continuo creyéndola aproximada, hasta donde es posible hablar de aproximación en cálculos de esta naturaleza.

Queda, pues, inculta y casi inaprovechada una considerable parte de la superficie del territorio chileno susceptible de ser algún día fecundada por el esfuerzo humano. Desde este punto de vista, puede decirse que nuestro desarrollo agrícola tiene, todavía, horizontes, no sólo en el sentido intensivo, sino también en el expansivo.

Pero es menester reparar en la cantidad de capital y de trabajo que requiere la incorporación de este suelo estéril al área productiva.

Las lluvias, al revés de lo que ocurre en casi todo el mundo, caen en Chile en invierno, y esta desgraciada circunstancia hace que la casi totalidad del suelo chileno requiera riegos artificiales para ser fecundo. Los canales fáciles o destinados a regar suelos feraces

están ya contruidos. Los que quedan en proyecto tienen trazados muy largos y costosos o están destinados a regar suelos pobres o medianos. Dará idea del resultado económico de estas empresas, el dato que voy a apuntar. Tengo a la mano una estadística que he formado, recogiendo de los propios labios de los empresarios de canales en los últimos cuarenta años, de sus hijos o de los ingenieros que dirigieron las obras, los datos sobre el resultado económico de las empresas. De ellas se desprende que en el ochenta por ciento de los casos el negocio dejó pérdidas; que en cerca del cuarenta y cinco por ciento, arruinó a los iniciadores; y que en el cuarenta por ciento restante sólo pudieron salvarse merced a cuantiosos recursos heredados o adquiridos en otra esfera de la actividad. Los pocos miles de hectáreas con que se ha enriquecido la zona regada de nuestro territorio en este período de tiempo, ha sido el fruto del esfuerzo tenaz, prolongado casi siempre durante la vida entera, de unos cuantos agricultores de carácter y perseverancia y de la fortuna ganada en otro género de negocios.

En el sur, el problema del aprovechamiento del suelo choca con otros obstáculos también difíciles de vencer: la pobreza, consecuencia del clima y de la constitución de la capa arable, y el desmonte o limpia. Los datos que he recogido sobre esta última faena, me permiten afirmar que, en la generalidad de los casos, su costo excede al valor comercial del suelo después de cultivado¹¹.

Una expansión agrícola condenada a realizarse en tan desfavorables condiciones, será siempre, cualquiera que sea la pujanza de la raza, extremadamente lenta. Más aún, jamás puede tener vitalidad propia.

¹¹ En este cálculo no está tomado en cuenta el valor de la madera en los terrenos montañosos, la cual es objeto de una industria especial.

Tendrá siempre que ser el resultado de la incorporación al suelo del capital amasado en otro orden de actividad. Y de hecho, la agricultura chilena debe muchos de sus avances a la acción refleja de los auges del cobre y la plata en el pasado y del salitre en el presente. Ha sido una especie de caja de ahorros que ha convertido en fuente permanente de producción parte de los veneros arrancados a nuestros desiertos.

Cabría hacer una excepción en favor de la vid y de los árboles frutales en general, cuyo cultivo encuentra en el suelo y en el clima de Chile condiciones propicias. Pero la explotación en gran escala de estas ramas de producción, se acerca mucho más a las industrias fabriles que a la agrícola, y para los efectos de este estudio, las favorables condiciones del territorio chileno para su desarrollo, deben incluirse entre sus aptitudes para la actividad manufacturera.

Tal es el valor agrícola del territorio del cual dijo a principios de siglo XVII González de Nájera: »Es toda aquella tierra tan fértil y abundante de mantenimientos en todas las partes que se cultivan, que casi todos los de las tierras de paz y pobladas, comen de valde«¹², concepto que en 1910 todavía repercute en el *Anuario estadístico* con estas palabras: »La agricultura tiene en Chile fuerzas de producción tan variadas como abundantes«.

3

Desde 1844, fecha en la cual principió a llevarse estadística comercial, hasta 1880 inclusive, la exportación chilena ha estado formada principalmente por los productos de la minería.

El valor de lo exportado por esta industria asciende

¹²Desengaño y reparo de la guerra de Chile («Colección de historiadores», t. XVI, p. 23).

en este espacio de tiempo a \$523.804.155, mientras la agricultura sólo exportó productos por valor de \$238.967.996.

Estas cifras manifiestan que, aún antes que el salitre pesara en forma sensible en nuestra economía. Chile pagaba con oro, plata y cobre, es decir, con productos de la minería, cerca de los dos tercios, de sus consumos extranjeros.

En el período 1881-1890, la minería exportó productos por \$365.000,815, y la agricultura, sólo por \$84.568,161.

En estos diez años la agricultura pagó sólo la quinta parte de nuestras importaciones. La minería pagó los cuatro quintos restantes.

En el período 1891-1900, la exportación de productos minerales suma \$815.484,854 y la de productos agrícolas \$118.512,250. Como se ve, los productos de la minería representan casi las 7/5 partes de la suma de ambas cifras.

En el período 1901-1910, la minería figura en nuestras exportaciones con un valor de \$2.171.829,465 y la agricultura con \$299.305,391 cifras que mantienen, más o menos, la misma proporción del decenio precedente¹³, D.

Estas cifras no reflejan la relación que existe entre la potencia minera y la potencia agrícola de nuestra economía, porque, mientras los productores de la minería han sido casi íntegramente exportados, los de la agricultura han debido alimentar a la población, se han consumido sin dejar huellas en la estadística del comercio exterior.

En cambio, de ellas se desprenden dos hechos, co-

¹³Para tener una idea más exacta del sobrante de productos agrícolas después de abastecido el consumo nacional, sería menester deducir de las cifras apuntadas las importaciones de artículos similares.

D. Ver apéndice.

nocidos hasta la saciedad, pero de los cuales es imposible prescindir en el estudio del territorio como factor de nuestra inferioridad económica: la importancia de la riqueza mineral del suelo chileno y la creciente concentración de las energías productoras en la minería.

Prescindiendo del carbón y del hierro, que dicen más bien relación con las aptitudes fabriles del territorio, Chile es uno de los países más favorecidos por la naturaleza en el reino mineral.

Hasta 1907 inclusive se habían extraído de las pampas de Tarapacá y Antofagasta 631.710,201 quintales españoles de salitre, con valor de 2.715.604,274 pesos; de nuestros mantos y vetas de cobre 2.128.081.483 kilogramos, con valor de \$1.750.684.135; de las minas de plata, 8.947.702.558 gramos, con valor de \$849.768.155; y de los lavaderos y otra clase de yacimientos auríferos, 328,835,411 gramos, con valor de \$608.502.040¹⁴.

Todas estas fuentes de producción mineral están vivas, si bien la importancia relativa de ellas ha variado.

La producción salitrera ascendió en 1908 a 19.707.743 quintales métricos y a 21.015.125 en 1909, E. Comparando estas cifras con las de los años precedentes, se advierte un constante aumento que, salvo grandes avances en la producción del salitre artificial, continuará seguramente en adelante. En cuanto a la cantidad de caliche existente en las pampas y a su probable duración, son tan deficientes los datos en que se apoyan los distintos cálculos que de ellos sólo se desprende con certeza el hecho de que el agotamiento de los yacimientos salitrales está aún muy distante.

¹⁴ Los valores están expresados en pesos de 18 d.
E. Ver apéndice.

Nuestra producción de cobre descendió considerablemente a partir del año 1887; pero este descenso no fue consecuencia del agotamiento de nuestros cobres, sino del agotamiento de los depósitos de ley alta fácilmente explotables y de la impotencia de los capitales y del esfuerzo chileno para la explotación industrial. Los numerosos mantos y vetas de ley pobre que, desde Tarapacá a O'Higgins cruzan en todos sentidos el desierto, la cordillera de la costa y los faldeos de los Andes, están aún intactos o apenas desflorados. La producción industrial del cobre descansa en Chile sobre bases más permanentes y sólidas que la explotación del salitre, aunque el desarrollo de aquélla sea hoy modesto delante del esplendor de ésta¹⁵. F.

La producción de oro y de plata, no obstante la reacción que respecto de la última acusan las estadísticas de 1908 y 1909, tienen horizontes infinitamente más limitados que los del salitre, y del cobre. Salvo la contingencia, poco probable, de nuevos descubrimientos, ninguno de los dos metales está llamado a pesar seriamente en la expansión económica chilena.

4

Es corriente entre nosotros, cuando se quiere dar idea del porvenir de la minería chilena, limitarse a enumerar las riquezas que encierran las entrañas del suelo. Esta enumeración es, sin embargo, un dato bien deficiente para medir la importancia de la industria minera en el desarrollo económico nacional. Una mina rica en metales de ley alta y con fácil acceso a las vías de transporte, puede ser explotada con capitales media-

¹⁵En 1908 y 1909, la producción cuprífera subió a k. 42.096.731 y a 42.726.145 respectivamente, como consecuencia de la incorporación de Collahuasi a la producción.

F. Ver apéndice.

nos y por empresarios cuyas aptitudes no excedan de las necesarias para dirigir una rutinaria faena agrícola. En cambio, las minas de ley baja o ubicadas a grandes distancias de los puertos y de los ferrocarriles, requieren cuantiosas inversiones de capital, esfuerzo perseverante y grandes capacidades administrativas y técnicas. Su explotación tiene las mismas o mayores exigencias de capital y de aptitudes que las industrias fabriles: y lo propio que la energía motriz natural y los demás factores físicos adecuados a la fase manufacturera, permanecen muertas, son como si no existieran, para las aptitudes de una población agrícola o económicamente mal educada.

Es pues indispensable, dentro de los propósitos de este estudio, señalar con exactitud las condiciones de explotación de las dos grandes ramas de nuestra riqueza mineral: el cobre y el salitre.

Las vetas poderosas de cobre de ley alta, están ya agotadas. Salvo la eventualidad de nuevos descubrimientos, que de ninguna manera variarían la fisonomía general de esta rama de la minería chilena, pasaron los tiempos de Tamaya.

Descansa hoy esta industria sobre la base de numerosos depósitos, todavía mal reconocidos, cuyas leyes, a juzgar por los datos acumulados, oscilan de 4 a 6%. Copaquire, San Bartolo, Monte Blanco, Manto Monstruo, Amolanas, Caserones, Naltagua, El Volcán, El Teniente, etc., dan el tipo de los yacimientos sobre los cuales está llamada a desarrollarse en el futuro la producción cuprífera.

La explotación de minerales de ley baja, para ser reproductiva, necesita casi siempre andariveles, caminos y ferrocarriles; y siempre, el empleo de máquinas perforadoras, de la dinamita y de todos los medios mecánicos que ha creado la técnica moder-

na para la extracción, movimiento, selección y carguío de los productos.

Todo esto presupone una crecida suma de capitales, que aumentan, todavía, las exigencias de la explotación en gran escala, indispensables en empresas que, para ser económicas, necesitan operar sobre grandes masas de minerales.

No son menores las exigencias de capacidades técnicas y administrativas. De mineral a mineral varía el problema en sus aspectos técnico y económico. Necesítase en ocasiones, optar por la concentración; en otras, por la fundición directa. Aquí cabe el uso económico de la energía eléctrica; más allá su empleo es antieconómico. El problema de unir diversos yacimientos pequeños, que en Chile se presentan casi en todas partes, requiere sagacidad y sólido criterio comercial. En fin, el manejo de grandes faenas con complicadas dependencias, exige en la alta dirección, capacidades administrativas y solidez de juicio; en el personal de empleados, competencia, espíritu y hábito de deber; y en todos, condiciones de voluntad y de preparación que sólo pueden dar una enseñanza adecuada y la práctica de largos años.

Todavía, en otro orden de consideraciones, la explotación industrial del cobre requiere, como pocas industrias, lo que más escasea en los pueblos mal educados para la actividad fabril: tenacidad y perseverancia. Antes de enterrar en ellos millones, hay que reconocer los yacimientos. Antes de producir, hay que completar las instalaciones y preparar las labores. Hay, pues, que realizar durante varios años ingentes desembolsos sin retribución.

Como se ve, desde el punto de vista de los capitales y de las aptitudes técnicas y administrativas, la industria del cobre tiene todas las exigencias de las más complicadas industrias manufactureras. Requiere capi-

tales abundantes y baratos; y más aún que capitales, valor industrial, juicio económico, capacidad técnica y administrativa y perseverancia a toda prueba. Porque, si el desarrollo de una industria de semejante naturaleza, sin el primer factor es lento y penoso, sin los segundos es prácticamente imposible.

No es menos pronunciado el carácter industrial de la explotación salitrera.

Indudablemente, la técnica del salitre es más sencilla y uniforme que la del cobre, pero no son menores las exigencias de capitales y capacidades administrativas en aquella industria que en ésta. El costo de instalación y el capital de explotación de una salitrera calculada para producir cien mil quintales mensuales, elaborando caliche de 25 a 35%, ha sido estimado en £ 97 mil 660; en números redondos, dos millones de pesos de nuestra moneda¹⁶. Y este desembolso no puede hacerse, como en la agricultura, paulatinamente, incorporando los ahorros de la misma explotación, sino de golpe, lo que presupone un desarrollo considerable del espíritu de asociación, ya que en países jóvenes la existencia de industriales millonarios es bien limitada.

Esto por lo que respecta al capital. En cuanto a la alta dirección comercial y administrativa, la salitrera requiere, sobre poco más o menos, la misma aplicación constante, los mismos hábitos y capacidades que la industria manufacturera.

5

Una de las dificultades con que ha tropezado la constitución de la ciencia de la Economía Política, ha sido la tendencia de los economistas a hacer del desarrollo

¹⁶SEMPER Y MICHELS, *La industria del salitre en Chile*, aumentada por J. Gandarillas y O. Ghigliotto S.

material un proceso independiente de la evolución general; a dar, en cierto modo, finalidad propia a lo que no es sino un aspecto —y aspecto todavía subordinado a fines superiores— del desarrollo social.

Esta especie de concepto de la riqueza por la riqueza, que disimuladamente se desliza en casi todos los economistas clásicos y en muchos afiliados a la escuela histórica, ha dado origen al grosero error, enseñado durante largos años en nuestra Universidad, de que toda riqueza es igual; y de que es indiferente para los destinos de un pueblo, explotar minas, labrar campos o manufacturar productos.

Así se explica que hayan pasado inadvertidas para la inmensa mayoría de nuestros intelectuales, las peculiaridades sociológicas de la riqueza minera. Así se explica que todavía hoy, se resistan a aceptar las consecuencias, al alcance del más vulgar buen sentido, que derivan de ellas.

Aunque ya en otra ocasión he hecho caudal de estas peculiaridades y de sus consecuencias, habré de insistir una vez más en algunas, sin las cuales no tendrían explicación varias de las manifestaciones de inferioridad económica que constituyen el tema de este trabajo.

La agricultura tiene, por su propia naturaleza, tendencias a radicar en el terreno la riqueza, y aun la actividad económica en todas sus manifestaciones. El que rotura suelos incultos o mejora los ya cultivados, sea nacional o extranjero, incorpora al suelo capital y trabajo en forma permanente. El agricultor se liga al suelo por verdaderos vínculos de afecto que, a la larga, concluyen generalmente por incorporar al extranjero a la economía nacional. Pero, aun aquel que abandona el territorio donde amasa su fortuna, deja incorporado a él gran parte de sus esfuerzos.

La absorción económica de un pueblo agrícola

es extremadamente difícil. Choca, en primer lugar, con la defensa que espontáneamente opone la tendencia radicadora del suelo. Choca, en seguida, con las dificultades que para la dirección desde lejos presenta una industria que, como la agrícola, recibe del suelo y del clima una especie de sello local, que varía de país a país, y dentro de un mismo país, de región a región.

La minería, por el contrario, no incorpora directamente riqueza al suelo; no lo mejora ni lo valoriza en forma permanente. El industrial, que explota una salitrera, sólo deja, en reemplazo del salitre que vendió, hacinamientos de fierros viejos y montones de ripios. El minero devuelve al territorio las riquezas que de él arranca con hoyos que lo deforman y con la aridez, consecuencia de los bosques que taló. El extranjero que se ausenta, se lleva consigo absolutamente toda la utilidad que le rindió su esfuerzo aplicado al salitre o al cobre.

Tampoco crea la minería lazos entre el suelo y el hombre. El industrial busca en la mina sólo los medios de amontonar recursos con los cuales volver al centro de sus afecciones. El nacional tiende a radicarse definitivamente en las tierras con vida propia; el extranjero, a regresar cuanto antes a su patria.

Es cierto que toda actividad minera derrama reflejamente prosperidad sobre la economía nacional entera; pero es ésta una prosperidad efímera, condenada a desaparecer, salvo en cuanto creó nuevas fuentes estables de riqueza, con la decadencia más próxima o más remota, pero siempre cierta, del auge minero. Copiapó con sus 30.000 habitantes, reducidos casi instantáneamente a la tercera parte, en cuanto vinieron a menos sus minas, es una imagen en pequeño de la fragilidad de una civilización basada casi exclusivamente en la minería.

La riqueza minera tiene, pues, un aspecto econó-

mico-sociológico - sumamente grave. El estadista consciente debe ver siempre en la prosperidad que ella derrama, un medio que aprovechar; jamás un fin, un término de las aspiraciones en la faz material de la evolución.

Otra particularidad de la minería es la de ofrecer un campo singularmente propicio para el desplazamiento económico del nacional por pueblos más desarrollados. Estando su explotación poco ligada a las peculiaridades climáticas y a los mil factores que acondicionan e imprimen un sello local a la industria agrícola, en ella el aborigen de inferiores aptitudes económicas, no tiene respecto del extranjero siquiera las ventajas del mejor conocimiento del suelo y del clima.

Una nación minera, por el solo hecho de serlo, está más expuesta que otras a ser absorbida económicamente, a quedar en la condición de factoría de civilizaciones más poderosas. La misma causa que ha radicado en manos chilenas buena parte de la minería boliviana, ha radicado y continúa radicando en manos inglesas, alemanas y francesas, la minería chilena.

6

Las favorables condiciones que se aunan en Chile para el desarrollo de la actividad fabril, han sido reconocidas desde antiguo.

En 1878, don Miguel Cruchaga decía: "país alguno presenta, bajo el punto de vista del territorio, condiciones más favorables para su progreso industrial"; y a continuación señalaba los hermosos horizontes que el clima y el suelo chilenos brindan a la agricultura, a la minería y a la manufactura¹⁷.

¹⁷CRUCHAGA, *Estudio sobre la organización económica y la hacienda pública de Chile*.

De estos exagerados conceptos, que revelan el escaso espíritu de observación del discípulo y continuador de Courcelle, los que encierran mayor parte de verdad, son los relativos a las condiciones favorables de nuestro territorio para la etapa manufacturera.

En efecto, la naturaleza, que fue avara con nosotros en las condiciones climatéricas y geológicas que hacen posible un vigoroso desarrollo agrícola, fue más bien generosa en los factores que permiten a los pueblos enérgicos crear civilizaciones basadas en la manufactura, en el comercio y en la navegación.

Prescindiendo de la adecuación del clima, patrimonio común a casi todas las comarcas que están fuera de los trópicos, se aunan en Chile la configuración geográfica, las fuentes de la energía motriz y el hierro, es decir, todos los factores físicos fundamentales de la actividad fabril.

La configuración del territorio, permite en toda su extensión el acceso al mar sin grandes recargos de flete terrestre. Desde este punto de vista, todo Chile puede considerarse adecuado para la ubicación de industrias fabriles.

Los yacimientos de carbón de las provincias del Sur no han sido reconocidos lo bastante para poder formar ideas definitivas sobre la cantidad, la calidad y el costo de extracción del carbón que existe en el país. Los catorce establecimientos más importantes produjeron en 1909, fuera de su propio consumo, cerca de 700.000 toneladas. La producción de las minas pequeñas ascendió aproximadamente a 100.000 toneladas más. Estas cantidades son susceptibles de aumento, y de hecho han sido ligeramente sobrepasadas en años anteriores. Pero si se considera que en el mismo año 1909, dentro del estado industrial aun incipiente de la economía chilena, hubo necesidad de consumir 1.342.649 toneladas de carbón y coke extran-

jero, es preciso convenir en que el carbón nacional, aunque auxiliar no despreciable, no podrá abastecer, cualquiera que sea el desarrollo de su explotación, los enormes consumos propios de un estado industrial más avanzado.

En cambio nuestros ríos, relativamente caudalosos de Coquimbo al sur, encierran las fuentes de una energía eléctrica que puede subvenir con exceso a las exigencias del más avanzado industrialismo. El violento desnivel de su curso superior hace posible las caídas desde grandes alturas, o sea la producción de mucha energía eléctrica con volúmenes reducidos de agua. El transporte de la fuerza desde las grandes centrales se perfecciona y se hace económico de día en día. Una distancia de 150 y 200 kilómetros no es hoy un problema, de suerte que la ubicación de las instalaciones en la zona andina no es óbice para el aprovechamiento de la energía en pleno valle central, donde la posición y el clima son más adecuados para el desarrollo industrial.

El otro factor fundamental de la etapa manufacturera es el hierro. El industrialismo, en un país que carece de él, vive de prestado, al amparo de la inferior actitud económica de poblaciones que no saben elaborar sus materias primas.

En Chile existen de un extremo a otro del territorio grandes y numerosos depósitos de óxido de hierro que, por su ley y su ubicación son fácil y económicamente aprovechables. En la imposibilidad de describirlos y enumerarlos transcribo del señor Vattier, la voz más autorizada en la materia, algunos párrafos que dan idea de la naturaleza de estos yacimientos.

Aludiendo a los de Algarrobo, Algarrobillo y Cruz de Caña, en Vallenar, dice el señor Vattier: »En una extensión continua de algunos kilómetros aparecen verdaderos cerros macizos de óxido de hierro muy puros y en todos los demás cerritos vecinos se cruzan

poderosas vetas y mantos enormes, la mayor parte de ellos de óxido puro de hierro y algunos con indicios de cobre... Creo que ni en todo el mundo, ni aún en Iron Mountain de los Estados Unidos, existen yacimientos de esta importancia y pureza».

De los depósitos del Tofo, en la Serena, adquiridos por la Sociedad Francesa de Altos Hornos, dice el mismo ingeniero: »Es verdaderamente incalculable el número de millones de toneladas de óxido puro de hierro (67 a 69% de hierro metálico, y a lo más con 0,04% de fósforo) que existe, tanto a la vista en estos mantos y diques, como en los rodados y granallas que cubren el suelo«¹⁸ G.

Depósitos de gran importancia se encuentran, también, en Tarapacá, Antofagasta, Santiago, Linares, Cautín, Arauco y Valdivia.

Cualesquiera que sean, pues, las dificultades con que habrá seguramente de tropezar la industria del fierro, la existencia de minerales, en condiciones adecuadas para su explotación y en cantidad suficiente para subvenir a las exigencias del más alto desarrollo industrial que sea sensato imaginar para Chile, es un hecho debidamente comprobado.

Finalmente, para concluir con lo relativo al territorio desde el punto de vista de la actividad industrial, hay que hacer caudal de otro aspecto, modesto y de limitado horizonte, pero del cual no puede prescindir un pueblo como el nuestro, colocado por la naturaleza en tan duras condiciones en la lucha por el crecimiento y la supervivencia: la adecuación del clima y del suelo para el desarrollo de las industrias agrícola-fabriles derivadas de la vid y de los árboles frutales. Los vinos finos no licores y algunas de las variedades de esta úl-

¹⁸ VATTIER, *La industria del hierro en Chile*, pp. 643 y 644.

G. Ver apéndice.

tima categoría y las frutas en conserva y desecadas, pueden ser en Chile producidos y elaborados en condiciones ventajosas de calidad y de costo. A medida que transcurra el tiempo, factor ineludible para el desarrollo y perfeccionamiento de toda industria, se harán más palpables estas ventajas, que hoy infiero del estudio comparativo de las diversas zonas, que son o pueden ser rivales en la vitivinicultura y en la producción de frutas secas o al jugo.

7

Es ya tiempo de formular las conclusiones a que conduce el análisis de los factores físicos que acondicionan nuestra expansión.

Esas conclusiones son las siguientes:

Las condiciones geológicas y climáticas son en Chile inadecuadas para un vigoroso desarrollo agrícola. Los 200.000 Km² de terrenos susceptibles de ser arados o utilizados en el pastoreo de ganados, cuando alcancemos el estado actual de cultivo del territorio francés, podrán alimentar de diez a doce millones de habitantes, mientras el suelo argentino, en igual estado agrícola, podrá alimentar de cien a ciento veinte¹⁹.

Los 150.000 Km² de suelos susceptibles de aprovechamiento que aún están incultos, no permanecen estériles por falta de iniciativa, como repiten nuestros economistas, sino porque requieren ser descepadados en el sur y regados en el norte; y estas operaciones, sobre ser lentas, son tan caras, que no podemos en Chile cultivar nuevos suelos, sino para subvenir a nuestro propio consumo de productos agrícolas.

¹⁹El señor Alberto Edwards, la única persona que ha hecho esta evaluación sobre bases serias, a pesar de haber seguido un camino diverso en la estimación comparativa de la riqueza del suelo, llegó a conclusiones muy próximas a las mías.

El desarrollo de la agricultura carece en Chile de vida propia. Hoy está encadenado a la minería y mañana deberá estarlo a la industria manufacturera.

En la minería, el salitre y el cobre constituyen dos fuentes abundantes de riqueza, pero que, por sus grandes exigencias de capitales y de aptitudes técnicas y administrativas, deben ser asimiladas a las industrias fabriles.

El cobre y el salitre, por la naturaleza económico-sociológica de la riqueza que crean y de la actividad que desarrollan, no pueden ser el término de nuestra evolución económica, so pena de emplazar nuestros días. En cambio, son un buen medio, un sólido punto de apoyo para orientarnos hacia el industrialismo propiamente dicho.

La configuración geográfica, la abundancia de las fuentes generadoras de la energía motriz y la existencia de grandes depósitos de hierro, aunan en Chile todas las condiciones fundamentales para la expansión fabril y manufacturera. Sobre estos factores, todavía inaprovechados, descansan nuestros destinos.

Es, pues, nuestro territorio una de aquellas comarcas que condenan a las razas débiles o mal educadas económicamente, cualquiera que sea su pujanza en otras esferas de la actividad, a arrastrar una existencia lánguida y precaria, pero que ofrecen amplios horizontes a la audacia y a la tenacidad de las razas fuertes en los grados superiores de la evolución. En él la naturaleza es poco y el hombre es mucho.

Capítulo IV
Psicología económica
del pueblo chileno

1

En el estudio de la psicología de un pueblo hay que detenerse mucho en las capas superiores. Son ellas las que dominan sin contrapeso el presente, y son ellas las que moldean, en gran parte, el futuro, por la sugestión que ejercen sobre la manera de pensar y de sentir de los elementos que deben reemplazarlas.

Y esta preferencia, que en todo bosquejo psicológico es una necesidad impuesta por el papel —cada día más evidenciado por la ciencia— que los elementos sociales superiores juegan en los grados altos de la civilización, en el caso concreto de que se trata, es la consecuencia ineludible de la imposibilidad de obrar en otra forma.

Los rasgos o caracteres psicológicos de los pueblos no nacen a un tiempo; no se desarrollan como una onda concéntrica. Cuando la psicología militar está ya moldeada, la psicología económica está todavía en embrión. Formada esta última por un tejido de influencias psico-físicas que se van haciendo sentir paulatinamente a medida que el tipo militar se transforma en industrial, en los elementos sociales poco evolucionados, constituye una masa aún informe.

De aquí que al estudiar la psicología económica del pueblo chileno me sea forzoso extraer los elementos principalmente de las altas capas. El grueso fondo social, la fuente más pura, la menos contaminada con ideas y sentimientos ajenos a la idiosincrasia nacional, al propio tiempo que la más fácil de aprovechar, no puede, en este caso, ser utilizada sino en muy pequeña escala y con gran precaución.

Si se interroga a cien chilenos padres de familia acerca de la profesión que desean para sus hijos, sobre poco más o menos, ochenta dirán que desean la abogacía, la medicina o la ingeniería; quince, la agricultura, y cinco, el comercio o las industrias fabriles. Todavía en este cinco por ciento figurarán muchos chilenos radicados en Valparaíso, Valdivia, Magallanes o en los puertos del norte, cuyas ideas han sufrido la influencia del contacto estrecho con el elemento extranjero y sus descendientes.

Si esta encuesta se hubiera realizado veinte años atrás, creo poder afirmar, sin temor de equivocarme, que habría sido menester reservar una categoría especial, entre las propias profesiones liberales, a la abogacía.

Cuando se desciende algo en la escala social, nuevas profesiones entran en juego; pero el sentido de la orientación no se modifica.

Ser abogado, médico o ingeniero antes que agricultor; agricultor antes que comerciante o industrial; pedagogo, periodista o empleado público antes que empleado de fábrica o de casas de comercio; normalista, escribiente de notaría, etc., antes que mecánico o electricista; tal es el anhelo nacional frente a las diversas profesiones que canalizan la actividad humana.

Más adelante, al hablar de la educación y de su influencia en el desarrollo material del país, tendré oportunidad de ahondar en la psicología y en el origen de esta orientación de la actividad chilena. Por el momento me limitaré a señalar sus consecuencias.

El número de individuos que absorben las profesiones liberales es en definitiva corto. Entre el deseo y la meta media un abismo. Las aptitudes intelectuales, los recursos pecuniarios y la perseverancia que presu-

ponen los estudios superiores, constituyen una criba de apretadas mallas, en la cual son pocos los que pasan y muchos los que quedan.

Pero la sangría que estas profesiones abren a las industrias no está en relación con la cantidad, sino con la calidad de los elementos que les substraen.

En un país en donde la abogacía, la medicina y demás profesiones análogas constituyen una aspiración nacional, se orientan hacia ellas, no sólo los talentos especiales, sino todos los talentos. Cuanto la juventud encierra de más vigoroso, intelectual y moralmente hablando, se aleja de la vida económica para esterilizarse en profesiones que, a pesar del prejuicio social que las ennoblece, salvo el profesorado, son factores subalternos en la vida de los pueblos.

El pleito y la enfermedad son calamidades excepcionales. Ni de pleitos, ni de leyes, ni de enfermedades, ni de medicinas vive una colectividad; y sin embargo, a ellos se sacrifican entre nosotros las mejores energías sociales. Para la actividad económica, para la elaboración de la savia de que depende el vigor y la propia vida del agregado social queda la broza, lo que, por ausencia de ingenio o falta de perseverancia no llega a la meta.

La generalidad de nuestros intelectuales no se da cuenta exacta de la trascendencia que esta selección tiene en el desarrollo material del país. La disimulan a sus ojos el prejuicio de que la actividad industrial no requiere talento ni carácter, y el hecho de que el exceso de elementos atraídos por las profesiones liberales vuelve pronto a la vida de los negocios.

El prejuicio de que la actividad económica no requiere talento, es hijo de un concepto groseramente erróneo del talento. Si por talento se entiende el poder del discurso o de la dialéctica, poca falta hace en la actividad económica. Ni con juegos de palabras ni con ra-

zonamientos hermosos se produce trigo o se fabrica acero, como no se hace la guerra, no se gobierna a un pueblo ni se desarrolla la ciencia. Pero, si por talento se entiende lo que debe entenderse, o sea la fuerza de la inteligencia para conocer la realidad, pocos empleos de la actividad humana requieren mayor gasto de ingenio que las industrias. Es casi imposible comparar aptitudes tan heterogéneas como las que hacen al gran abogado y al gran comerciante, por ejemplo. Pero, si dejando a un lado los talentos peculiares de cada rama de la actividad se mide el conjunto de fuerzas intelectuales que cada una moviliza, la abogacía resulta bastante mal librada. Se requiere más ingenio para ser gran comerciante que abogado eminente.

»Las profesiones —ha dicho un observador inteligente e imparcial— forman espíritus clarividentes pero estrechos. Los negocios, por el contrario, requieren un juicio amplio. En ellos el hombre se ve obligado a tratar una gran variedad de asuntos continuamente renovados. Necesita conocer el presente y calcular el futuro del país propio y de aquellos con los cuales sostiene relaciones. Ha de poseer las más raras de las cualidades: la de saber conocer a fondo a los hombres; debe ser capaz de dirigirlos; tener el don raro de la organización; y, finalmente, la capacidad de ejecutar resoluciones rápidas y eficaces... Ninguna otra profesión abarca tantos problemas o exige igual amplitud de vista²⁰.

Esto por lo que respecta al ingenio; que en cuanto al carácter es difícil encontrar quien ignore que en las modernas sociedades industriales la lucha económica consume más energía nerviosa que la lucha armada en las antiguas sociedades militares. Si el ca-

²⁰ A. CARNEGIE, *El dominio de los negocios*.

rácter sin la inteligencia en la actividad industrial es una fuerza perdida, el ingenio sin el carácter es un adorno inútil. Sin carácter se puede ser profesor, médico o ingeniero eminente; pero no se puede ser buen empresario en la más humilde rama de la producción.

Es efectivo que la mayor parte de los elementos atraídos por las profesiones liberales vuelven total o parcialmente a la actividad industrial tan pronto como las circunstancias se lo permiten. Es éste un hecho muy interesante. Evidencia de una manera incontrovertible que en Chile se canaliza artificialmente a la juventud hacia rumbos que no se armonizan con las inclinaciones y aptitudes especiales del individuo. Pero, como atenuación de las consecuencias que la concentración de la actividad en las profesiones liberales tiene para nuestro desarrollo económico, su importancia es escasa. Ni el abogado agricultor, ni el médico banquero, ni el ingeniero industrial, realizan una labor económica apreciable. Solicitada su energía en distintas direcciones, en ninguna se aplica con vigor. Moldeados en la juventud para las profesiones liberales, jamás en la edad madura logran borrar el sello impreso en los primeros años. En las duras condiciones de la lucha en la actividad industrial contemporánea, el amateur no tiene plaza. Para abrir surco hondo en la agricultura, en el comercio, en la minería o en la fábrica, hay que poner en juego desde la juventud todas las energías y todas las aptitudes del individuo, especialmente educadas para que den el máximo posible de eficiencia y rendimiento. Los médicos, abogados o ingenieros que se hacen agricultores, industriales o comerciantes, o se arruinan o vegetan perdiendo su tiempo y obteniendo una mísera utilidad del dinero que amasaron en su profesión.

Se pueden citar numerosos profesionales que han tenido éxito en los negocios; más aún, no es difícil

exhibir a algún agricultor distinguido o minero de gran empuje que empezó siendo abogado, médico o ingeniero. Estos hechos son perfectamente lógicos. Como observaba hace poco, en Chile las profesiones liberales absorben todo lo que más vale, en ingenio, en moralidad y en carácter, en una palabra, la mejor materia prima. Resulta de aquí que el individuo que llega a la actividad económica después de pasar por las profesiones liberales, es generalmente más inteligente y de más carácter que el común, y suple con las fuerzas superiores con que le adornó la naturaleza las deficiencias creadas por la educación y por los hábitos profesionales. Es, pues, un éxito alcanzado a pesar de la profesión anterior y no merced a ella; es una manifestación que sólo evidencia la extraordinaria capacidad del individuo; una muestra de lo que hubiera podido ser, si temprano se hubiera orientado y educado en relación con sus inclinaciones y grandes medios. Se trata de individuos que fueron abogados o médicos porque tenían mucho ingenio y mucha fuerza de voluntad naturales, y no de talentos y caracteres creados por la abogacía y la medicina, como cree el vulgo, sugestionado por una ilusión muy natural.

Queda, todavía, otro capítulo por el cual la obsesión de las profesiones liberales debilita la capacidad económica: el de los fracasados. El número de los individuos realmente absorbidos por las profesiones es, como observaba, escogido pero corto. En cambio, el de los aspirantes es crecido. Por cada joven que llega a la meta, quedan en el camino diez o más. Estos jóvenes que desde temprano dirigieron sus anhelos hacia las carreras liberales cursando los estudios secundarios, cuyos métodos y programas, buena preparación para esas carreras, de muy poco sirven en la vida práctica, al fracasar salen a la calle sin título y sin oficio conocido, ineptos para su país y para sí mismos.

Resumiendo, tenemos, pues, que existe en Chile una verdadera obsesión por las profesiones liberales; que estas profesiones absorben los mejores elementos, y que el anhelo general de alcanzar los títulos de abogado, médico o ingeniero, canaliza a la inmensa mayoría de los jóvenes dentro de un programa de instrucción que atrofia el desarrollo de sus capacidades para la vida económica, como lo demostraré más adelante.

3

En Chile, como en todos los pueblos hispano-americanos, el empleo del tiempo deja un margen de filtraciones más amplio que el normal en los países manufactureros.

Voy a anotar algunos de estos desperdicios de actividad, que fatalmente tienen que traducirse en merma del rendimiento económico del individuo.

Como lo decía hace poco, la mayor parte de nuestros jóvenes abandona el colegio sin otro bagaje que los conocimientos que adquieren en la instrucción secundaria. Aunque las atrasadas ideas que aún dominan en el campo de la educación mantengan vivas entre los educacionistas las ilusiones de Spencer, que la ciencia ha quebrantado seriamente, los programas y los métodos de la instrucción secundaria, aceptables como preparación para las carreras liberales, son completamente inadecuados como preparación para la vida industrial. Si se exceptúa, pues, a los alumnos de las escuelas militares y de los pocos institutos de enseñanza agrícola, minera, comercial, fabril o artística que poseemos, los jóvenes que no siguen carreras liberales, abandonan el colegio sin preparación profesional alguna, ineptos para todos los empleos útiles de la actividad.

Si a esta ausencia de preparación técnica se agregan la falta de vocación por el trabajo, la carencia de hábitos de disciplina y el vacío moral, consecuencias de una enseñanza completamente inadecuada para el alma nacional, se comprenderá en qué condiciones empieza a pelear la jornada de la vida el muchacho que termina humanidades. Sin aptitudes técnicas, sin voluntad, sin hábito de trabajar y sin espíritu de deber, o es una carga para la familia o un parásito que pierde su tiempo y vive a expensas de la colectividad, desempeñando empleos públicos innecesarios.

Padres conozco que, a fin de librarse de la molestia de mezclar en sus negocios a muchachos ineptos, sin exponerlos a los peligros de la ociosidad, les hacen seguir los estudios de una profesión liberal que no han de ejercer.

Resulta de aquí que, mientras en Inglaterra, Alemania, etc., el joven desde que abandona el colegio es un empleado modelo, que contribuye eficazmente a la obra de la producción al propio tiempo que educa su juicio y adquiere la práctica necesaria al futuro jefe y empresario, entre nosotros el período comprendido entre los 18 y los 25 años es casi enteramente perdido.

Es cierto que pasados los veinticinco años la reflexión y, sobre todo la experiencia de la vida llenan en parte los vacíos que dejó la enseñanza; pero, aun prescindiendo del crecido porcentaje de los que no reaccionan, ¿quién devuelve el tiempo perdido?, ¿cuánto sufre por este capítulo la expansión económica nacional?

A esta pérdida de actividad en la juventud, se une otra que deriva de un atardecer prematuro.

Hasta hace pocos años, la educación física estuvo en Chile reducida a los juegos espontáneos de la

niñez, y hoy mismo ocupa un lugar demasiado subalterno para que pueda cumplir sus fines. Pasada la primera juventud, los juegos propios de ella desaparecen sin que nada les reemplace, porque los hábitos de la gimnasia y de los deportes, cuando no se adquieren en la niñez, no se practican más adelante. El chileno no hace gimnasia ni practica sistemáticamente los deportes.

Como consecuencia de esta omisión, el apoltronamiento, la falta de elasticidad y de vigor físico, llegan entre nosotros a una edad en que el hombre debiera estar en toda su energía. A la decadencia física se sigue ineludiblemente una disminución correlativa de actividad, una pérdida de capacidad económica.

Desde los cuarenta y cinco a los cincuenta años, la actividad decae en el chileno con gran rapidez.

Si se considera que es precisamente después de los cuarenta años cuando el hombre de negocios alcanza la plenitud del desarrollo de sus facultades, y si se repara en que, de ordinario sólo pasada esa edad consigue reunir grandes capitales, darse a conocer, inspirar confianza y abrir de par en par las puertas del crédito, se comprenderá lo que el abandono o la desatención prematura de los negocios significa para el desarrollo económico de un país.

Sería tarea larga la de continuar enumerando todas las pequeñas pérdidas de actividad, que son la consecuencia de nuestro estado social, de la educación que recibimos o de hábitos heredados o adquiridos.

La inexactitud, vicio profundamente arraigado en todas las capas sociales, la falta de método en el trabajo, la ociosidad del pequeño propietario rural, que sólo trabaja para subvenir a sus necesidades más premiosas, cuando no las satisface con el robo, etc., son otras tantas fuentes de dilapidación del tiempo,

que repercuten desastrosamente sobre el rendimiento del esfuerzo económico.

Aun prescindiendo de los hábitos del pueblo, de los cuales habré de hacer caudal al hablar del obrero como factor de la expansión económica, el aprovechamiento del tiempo deja en Chile mucho que desear.

Se tiene todavía poca conciencia de su valor.

4

Una de las características más acentuadas del chileno de la generación precedente, fue el espíritu de empresa. Aludiendo a ella dijo uno de nuestros más distinguidos oradores: "¿A dónde no fuimos? Proveíamos con nuestros productos las costas americanas del Pacífico y las islas de la Oceanía del hemisferio del Sur, buscábamos el oro de California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao del Ecuador, el café de Centro América; fundábamos bancos en La Paz y en Sucre, en Mendoza y en San Juan; nuestra bandera corría todos los mares, y empresas nuestras y manos nuestras trabajaban hasta el fondo de las aguas en persecución de la codiciada perla"²¹.

Esta iniciativa audaz, casi aventurera, fue la primera víctima de la educación clásica y de su hermana gemela y sucesora, la educación científica. Durante setenta años hemos luchado encarnizadamente por rebajar el carácter, para poder aprisionarlo dentro de las cuatro paredes de un escritorio; por formar poetas y retóricos ayer, dilettanti científicos hoy; por crear una juventud incapaz de soportar las lluvias y las nieves, las privaciones y penalidades, que nuestros padres afrontaban sonriendo.

Pueblo mestizo, cuyos caracteres ancestrales lisociados por un extenso cruzamiento forman una

²¹MAC-IVER, *La crisis moral de Chile*.

masa plástica sensible a todas las influencias, la acción de la enseñanza cayó en campo fecundo. La iniciativa, el espíritu de empresa y el carácter en general, han decaído. Hoy sabemos más, pero nos atrevemos menos que cincuenta años atrás.

Sin embargo, era tanto el espíritu de empresa que animaba al antiguo chileno que, con todas las reducciones que ha sufrido, todavía hoy somos un pueblo emprendedor. Allá en el fondo del alma, adormecida pero aún no extinguida, queda mucha de la iniciativa aventurerá de nuestros antepasados. No nos arredran las distancias ni los peligros. Ninguna empresa nos parece inaccesible. En cada chileno hay algo del carácter atrevido, emprendedor e inquieto de aquel Vicente Pérez Rosales, agricultor en Baldomávida, fabricante de aguardiente en Colchagua, comerciante, médico yerbatero, pintor de decoraciones teatrales, once años contrabandista a través de las pampas argentinas y de los boquetes de los Andes, minero en Copiapó, buscador de oro en California, escritor y agente de la colonización alemana del sur.

Pero si todo lo acometemos, por desgracia en casi todo fracasamos cuando salimos de las labores agrícolas.

Sin duda que en el frecuente fracaso del empresario chileno entra por mucho la falta de preparación técnica y de práctica administrativa y directiva. Pero intervienen, también, otros factores en los cuales es difícil distinguir la parte que corresponde a la inexperiencia de la que deriva de la psicología de la raza.

A pesar de ser la mentalidad chilena eminentemente positiva, el criterio comercial e industrial es ligero e iluso. El autor de los *Recuerdos del pasado*, aludiendo a su estado de ánimo al emprender el primer negocio de alguna consideración, dice: »creí, como creen en el

día muchos jóvenes pobres, pero enamorados, que con sólo tomar un fundo rústico en arriendo, sin más recursos que dineros prestados a corto plazo, con tal que abundase el deseo de trabajar, bastaba para meter en casa, juntamente con la esposa, la dicha y la riqueza²². Como es natural, la edad disipa buena parte del optimismo candoroso de la juventud; pero no consigue abrir los ojos del chileno de par en par delante de la realidad. Continúa siendo poco cuidadoso de la exactitud de los datos y de la legitimidad de los cálculos que en ellos basa. Creo no exagerar si digo que en el cincuenta por ciento de las empresas que languidecen antes de tomar cuerpo se ha medido mal la distancia que se quiere recorrer o las fuerzas de que se dispone para la jornada. El buen sentido, tan acentuado en otras manifestaciones de la actividad, nos abandona con frecuencia en el terreno fabril y comercial.

Otra de las más poderosas causas de fracaso, es la falta de perseverancia.

Para probar la tenacidad chilena, se citan con frecuencia los casos de don Patricio Larraín Gandarillas y de don José Tomás Urmeneta. Por mi parte, podría añadir sin dificultad un centenar de ejemplos análogos. Pero estos casos corresponden a la excepción y no a la normalidad. Si así no fuera, lejos de resaltar pasarían para el común de los observadores inadvertidos, como pasan los rasgos normales del alma colectiva. Si chocan, si hieren la atención dentro de la propia casa, es precisamente por su rareza.

El chileno carece de perseverancia. Delante de las dificultades y de los tropiezos se desvía o se arredra.

²²El ya citado Vicente Pérez Rosales, el chileno que mejor condensó las grandes cualidades y los defectos de su raza, y que supo vaciarlos en la obra más original que hasta hoy ha producido el ingenio hispanoamericano.

Su voluntad es enérgica y audaz, pero inconstante. Se trate de una mina en un desierto, de una adquisición de ganado en la Patagonia, devora las distancias y soporta animosamente las fatigas; mas, reacio aún a la actividad metódica y perseverante, desde que el negocio adquiere los caracteres de una explotación industrial o de un tráfico regular, pierde para él parte de su incentivo.

Nunca oigo hablar de negocios a un chileno sin que me recuerde por asociación de ideas el más acentuado de los rasgos de la psicología económica del conquistador: la obsesión de la fortuna de un golpe, ganada en un barretazo o en una aventura extraña. Tipo aún semimilitar, no vacilaba en correr mares y tierras ignotas tras de un tesoro quimérico; pero renunciaba a adquirirlo si para ello era necesaria la labor metódica de algunos años. Las condiciones del medio físico de Chile, tan propicias para la actividad regular y constante del industrial como adversas para el aventurero buscador de oro, en más de tres siglos no han borrado por completo esta característica²³. Las huellas de tan lejano atavismo reaparecen con extraordinaria frecuencia. Ya no corremos locas aventuras tras de tesoros quiméricos; pero continuamos creyendo en la fortuna llovida del cielo, llegada de cualquier parte. El propio agricultor, sesudo y ladino dentro de sus tareas habituales, pierde los estribos y se vuelve iluso cuando participa en empresas salitreras, mineras o comerciales.

El trabajo metódico y permanente, que dentro de las condiciones de la actividad industrial contemporánea es base ineludible del éxito, repugna, todavía, al chileno. En lugar de incorporarse como empleado subalterno al ramo de negocios en que piensa desarro-

²³La minería basada en los alcances aleatorios de otra época, ha contribuido enérgicamente a conservar este rasgo del antiguo aventurero español.

llar su energía, para formar su juicio, adquirir conocimientos prácticos de la técnica y del mercado, inspirar confianza y abrirse las puertas del crédito, se lanza aturdidamente a la vida industrial o comercial, para caer vencido y descorazonado y acabar sus días de empleado público, o en el mejor de los casos, vegetar supeditado por extranjeros menos inteligentes, menos enérgicos, pero más preparados, más metódicos y más perseverantes.

5

En el fenómeno de la lucha universal por la existencia, la asociación adquiere paulatinamente tal importancia que Novicow ha podido decir que sus límites en el futuro escapan a toda previsión²⁴.

En la lucha económica ocurre lo que en la lucha química, astronómica, biológica y social. Entre la primitiva cooperación económica familiar y las grandes sociedades anónimas de nuestros días; entre los gremios de antaño y los modernos carteles o trusts, en que se aúnan para la defensa o para el ataque, para limitar o hacer más intensa la lucha las grandes sociedades que tienen en sus manos una rama de la producción, media una distancia que, posiblemente, sólo es una débil muestra de la que mediará entre los organismos del presente y las grandes asociaciones del futuro.

Esta creciente importancia de la asociación da en las modernas sociedades industriales al espíritu de cooperación, a la capacidad para obrar en común dentro de la actividad económica, una importancia análoga a la que, desde el punto de vista militar, tiene en las primitivas sociedades guerreras.

El ancestral español nos legó en este terreno una herencia poco envidiable. En parte como consecuen-

²⁴NOVICOW, *Les Lutttes entre Sociétés Humaines*, p. 50.

cia de la configuración topográfica del país, pero, sobre todo, como rasgo propio del ibero, cargado de sangre berebere o afrosemita, el español ha mostrado siempre gran capacidad aun para la cooperación más primitiva: la militar. Tenaz para defender el terruño, sólo se concertó para obrar en el exterior sugestionado por el godo, que hizo las guerras de Carlos v y capitaneó la conquista de América. Carrera disputando con O'Higgins en Rancagua sobre la forma de la defensa, hasta olvidar la defensa misma; nuestros congresales, discutiendo los detalles de los puertos hasta dejarnos sin puertos; nuestros ediles abandonizándose en las diversas clases de pavimentos, hasta dejarnos sin ninguno, nos recuerdan que, a pesar de los anhelos del malogrado doctor Palacios, la sangre ibera corre por nuestras venas.

Sin embargo, hay que reconocer que la incapacidad hereditaria para la acción colectiva, si no ha desaparecido del todo, ha sufrido, por lo menos, considerables atenuaciones entre nosotros. La configuración del territorio, el largo régimen militar impuesto por la guerra de Arauco y otras influencias que no es ésta la oportunidad de analizar, han contribuido a este resultado. La temprana consolidación del orden y la extraordinaria capacidad para la acción militar en el exterior, no podrían explicarse sin esa atenuación. Y hasta donde es posible afirmar tratándose de rasgos todavía mal definidos, de caracteres movedizos aún en plena ebullición, estimo que la atenuación en la psicología económica, mucho menos intensa que en la militar, es más acentuada que en la política.

Pero si la materia prima chilena es desde este punto de vista incuestionablemente superior a la española, fuerza es reconocer que está aún casi sin cincelar.

El chileno no concibe, todavía, con nitidez a la entidad social llamada a realizar fines propios y a obrar con entera independencia de los móviles e intereses puramente personales de los individuos que la componen.

La sociedad es para él una prolongación de su personalidad, un auxiliar de sus propósitos individuales.

Cada vez que el conflicto estalla, sacrifica, si puede, el interés social al interés individual, las más de las veces sin darse cuenta del mal que indirectamente se causa a sí mismo.

Como consecuencia de este vasto concepto de la entidad social, cuando no tiene un interés personal directo, cuando no persigue un propósito individual, presta poca atención a los negocios sociales, gasta en ellos una iniciativa y actividad muy inferiores a la que es capaz de desarrollar frente a los negocios personales.

Finalmente, aunque muy atenuada, la incapacidad atávica para obrar en común no ha desaparecido. Concede excesiva importancia a la manera de ver personal. Si no se obra conforme a su criterio, procura impedir que se obre. No comprende que si un error de procedimiento puede ser perjudicial, la paralización es la muerte. Está siempre inclinado a sacrificar el conjunto a los detalles, el fin a la manera de realizarlo.

Sociedad chilena cuyo directorio queda compuesto de varios hombres de carácter y de competencia, cada uno de los cuales es capaz por sí solo de manejar los intereses sociales, es sociedad perdida.

Para que una sociedad pueda subsistir entre nosotros, es menester que, por las circunstancias, la dirección quede, de hecho o de derecho, en manos de un solo socio de capacidad y carácter, del cual el resto del directorio sea comparsa inconsciente.

Se puede controvertir la parte que en este rasgo corresponde a la herencia; se puede discutir la parte mayor o menor que debe cargarse a los defectos de educación; pero el rasgo mismo no puede ser contestado por persona que tenga mediano espíritu de observación.

La capacidad de asociación es, en el chileno, mediocre; las aptitudes para la cooperación y la actividad colectiva en el terreno económico, están poco desenvueltas.

6

La moralidad juega en los negocios un papel comparable al que desempeña la asociación. Hablo de la moralidad en la verdadera acepción de la palabra, de la moralidad dentro de la cual caben la disciplina, la exactitud y, en general, la observancia de los hábitos y métodos seguidos en la actividad industrial y comercial.

Como resumen de la experiencia de su vida, noble y fecunda como pocas, ha dicho Carnegie: »El hombre que no es honrado, sincero y leal, no consigue en la vida de los negocios ningún éxito verdadero«²⁵. El industrial y el comerciante necesitan, en efecto, una moralidad más elevada que el común de los profesionales. Un médico competente, pero de honradez dudosa, suele ser tolerado. Ha habido grandes artistas y escritores, rebeldes a la puntualidad y al orden.

La posibilidad de un gran banquero ladrón o de un gran comerciante inexacto y desordenado, resulta un poco más difícil.

Si la moralidad es un poderoso factor del éxito individual, si en igualdad de ingenio y demás facultades naturales el triunfo será siempre del más moral,

²⁵CARNEGIE, *El dominio de los negocios*.

desde el punto de vista del interés colectivo, su importancia es aún mayor.

Sin una moralidad elevada, la asociación no puede desarrollarse vigorosa. Si los asociados no cumplen puntualmente sus obligaciones, si no miden el derecho ajeno con el mismo cartabón que el propio, la acción colectiva se resiente. El concierto de voluntades, las concesiones mutuas que ella presupone, sólo se alcanzan cuando todos ajustan su conducta a un criterio moral. Sin administradores y sin empleados competentes, laboriosos y honrados, la marcha y aun la propia existencia de las grandes sociedades, se hace prácticamente imposible.

No es menor la importancia de la moralidad como factor de la concurrencia económica. Dad a los comerciantes e industriales de un país reputación de inexactos y trapalones, y los tendréis colocados en manifiesta inferioridad respecto del tipo de interés del dinero, de las primas de seguro, de la confianza con que el productor les entrega la materia prima y el consumidor recibe sus productos y de mil detalles más que, poco aparentes a la simple vista, son, sin embargo, a la larga decisivos en la prosperidad o en la ruina industrial y comercial.

Para formar concepto cabal de la población chilena como factor del desarrollo económico, es, pues, indispensable detenerse en aquellos rasgos y hábitos morales que entran por más en el hombre de negocios. Pero antes de entrar en este terreno, séame permitida una aclaración que evitará aparentes contradicciones y precisará el alcance de mis palabras.

Es frecuente inferir nuestro grado de moralidad de la comparación de las estadísticas chilena y europeas en todos aquellos renglones que la ciencia conceptúa reflejos de la moral de los pueblos.

Palacios protestó contra la legitimidad de infe-

rencias basadas en semejantes comparaciones; y protestó con razón, porque ellas presuponen la ausencia de todo criterio científico y la ignorancia de la génesis y desarrollo de la moral colectiva. No pueden ser medidos con el mismo cartabón los pueblos europeos de hoy día y el pueblo chileno, mestizo, una de cuyas razas, la más civilizada, la española, experimentó por el hecho de la emigración una selección moral regresiva; y la otra, la araucana, no había traspasado la Edad de la Piedra ni salido del fraccionamiento tribal. Para medir nuestra moralidad es menester apartar las manifestaciones propias del estado social. Para hacer comparaciones legítimas, hay que retroceder algo en la historia de los pueblos europeos; reparar no sólo en lo que son, sino, también, en lo que fueron. Para calcular el porvenir, hay que mirar al pasado; contemplar la distancia que media entre el punto de partida y el grado de elevación moral que hemos alcanzado.

Hecho esto, la perspectiva cambia. Si es lícito inferir el futuro del pasado, los horizontes que se extienden delante de nosotros son altamente halagadores. No conozco absolutamente ningún pueblo cuyo nivel moral haya subido más en igual tiempo. Y si se considera que este ascenso se ha realizado hasta 1850 sin el concurso de la enseñanza, y después de esa fecha a pesar de ella, hay el derecho de mirar con optimismo el futuro, no obstante la desviación transitoria en que estamos envueltos.

La comparación que voy a hacer entre los rasgos y hábitos morales del pueblo chileno y los de las viejas naciones manufactureras no tiene, pues, alcance sociológico; responde a un propósito meramente económico: el de medir el valor actual del chileno como factor de la expansión material.

Al hablar del aprovechamiento del tiempo, hice una ligera alusión a la inexactitud. Somos inexactos. No diré que esto está en nuestra sangre; pero sí que es uno de nuestros hábitos más firmemente arraigados. El obrero no conoce la exactitud, el pequeño comerciante o industrial la mira como cosa de poco más o menos y el hacendado no la practica más que nuestros contados fabricantes. Entre los pueblos que participan en la concurrencia fabril o parecen llamados a concurrir en un futuro inmediato, no hay otro que adolezca de este vicio en más alto grado que el nuestro.

No se hicieron los plazos para nosotros. Se trate de concluir un trabajo manual, de entregar una mercadería o de afrontar vencimientos, días más no se cuentan, atrasos de meses, importan poco.

No tenemos día ni hora para nada que diga relación con nuestros negocios. Es fácil encontrar personas que gastan puntualidad en llegar a horas determinadas a la charla del club, y que son, sin embargo, incapaces de cumplir sus deberes comerciales dos días seguidos a una misma hora. Si no fuera un contrasentido, diría que tenemos más moralidad en el ocio que en el trabajo.

La dejación, el desorden y la ausencia de todo método, son entre nosotros normales.

Aun las personas más ajenas a los estudios de psicología colectiva, pueden darse cuenta de la trascendencia social de estos defectos. Compárese entre las personas que nos rodean las que más se acerquen en ingenio, carácter y preparación, médanse los rendimientos que cada una obtiene de sus dotes, repárese en la parte que en él corresponde al orden y al método, y en seguida, méditese en las proyecciones que esos hábitos adquieren cuando se trata de pueblos enteros. Tengo para mí por muy dudoso que cien industriales chilenos, colocados idealmente en las mismas condi-

ciones de ingenio y carácter naturales, de competencia técnica y de recursos que cien industriales ingleses, pero que en lo relativo al orden y al método conservarían la característica nacional, fueran capaces de hacer siquiera el sesenta por ciento de la labor de estos últimos.

Nuestra honradez es, todavía, deficiente.

El respeto a la propiedad en un pueblo, uno de cuyos ancestrales hace poco más de trescientos años aún no había llegado a la propiedad individual, tiene, por la fuerza de las cosas, que ser menos acentuado que en pueblos que llevan más de mil años de propiedad divisa.

Debo señalar algunas de las consecuencias de este concepto aún rudimentario de la propiedad.

La división de la propiedad no es sólo lastre social, sino también factor de eficiencia económica. Las estadísticas lo demuestran respecto de Europa, y los que entre nosotros hablan y escriben sobre cuestiones económicas y sociales repiten mecánicamente que lo mismo ocurre en Chile. Las cosas no pasan así, sin embargo. La división moderada de la propiedad trae efectivamente un aumento sensible de producción; pero la división intensa, sobre todo en regiones alejadas de las grandes ciudades, va acompañada de un decrecimiento en la productividad, del desarrollo del robo y del asesinato, y de un retroceso general en el grado de civilización. Tengo un abundante caudal de observaciones que en éste, como en casi todos los fenómenos relacionados con nuestra evolución social, obligan a modificar los conceptos corrientes.

En cuanto se substraen al control y al contacto de los elementos sociales superiores más civilizados que él, el campesino cargado de sangre araucana desciende en moralidad, en cultura y en todo lo que constituye la civilización. Se hace perezoso, aventurero y ladrón.

Pierde toda iniciativa económica, desperdicia su actividad, lleva la incertidumbre a los contornos; y, en lugar de aumentar el rendimiento económico lo disminuye, directamente con su menor esfuerzo e indirectamente con las perturbaciones que lleva a las comarcas vecinas.

La rudimentaria evolución de la masa de la población chilena hace, pues, antieconómica, por el momento, la forma de explotación agrícola que la experiencia europea ha demostrado ser la más eficaz²⁶.

A medida que se sube en la escala social, el concepto de la propiedad se acentúa con rapidez; pero queda todavía bastante atrasada con relación a las sociedades europeas. En el centro del país no cree robar el hacendado que extrae el agua de su vecino, ni en el norte, el minero que arrebató un descubrimiento o altera los deslindes de la pertenencia. Todo lo cual se traduce en gastos extraordinarios de vigilancia, en juicios, en paralización de trabajos, en una palabra, en desperdicio de tiempo y de actividad.

Más deficiente es aún la moral en aquellos actos que no constituyen delitos penados por las leyes, ni tienen una sanción inmediata.

El empleado chileno, en general, no percibe con claridad que el éxito de su patrón es su propio éxito. No comprende que su actividad, su honradez y su competencia, tienen que llevarle, al cabo de algunos años, a la posición que sus facultades naturales le permiten. Parece ignorar que al que tiene aptitudes y carece de capitales, nada le granjea la confianza y le abre las puertas al crédito en forma más amplia y más sólida que los antecedentes honrosos de su jornada de empleado. Limitase, de ordinario, a evitar los motivos de despe-

²⁶ Me refiero a la propiedad de tres a cinco hectáreas de suelos feraces y a su equivalente en productividad en serranías o rulos.

dida, procura gastar la menor iniciativa y el menor esfuerzo compatibles con sus obligaciones y falta a ellas cada vez que puede hacerlo sin ser sorprendido. Con lo cual se condena a vegetar toda su vida en la mediocridad, al propio tiempo que dificulta el giro del negocio del empresario.

Se habla frecuentemente de negocios inmovilizados por falta de capitales; son numerosos los que dormitan por defecto de empresarios hábiles, y más numerosos aún, los que hacen imposible la incompetencia y la inmoralidad de los empleados.

Igual cosa ocurre en lo que en sentido restringido llamamos moralidad industrial y comercial. Fabricar un artículo con el menor costo posible, pero sólido, bueno y apto para cumplir con su destino, es algo que no entra aún en nuestras prácticas. En cuanto la marca de un vino se acredita, se le falsifica por el propio productor, adquiriendo mostos aquí y acullá y vendiendo un artículo de clase inferior al que conquistó el mercado. Es difícil encontrar un fabricante que renuncie a la ganancia inmediata que procura la elaboración de artículos de buena apariencia, pero ordinarios, frágiles e inadecuados para los fines que deben llenar.

Las consecuencias no se hacen esperar. La desconfianza estalla; y detrás del éxito pasajero, viene la reacción y la ruina. Se ganó como uno y se perdió como dos; pero la ganancia era inmediata y la pérdida estaba distante.

Y las consecuencias no se detienen en el individuo o en la industria especial a que se dedica. Las sugestiones de confianza y desconfianza son, como todas las sugestiones sociales, inconscientes, ciegas; hieren justa e injustamente. Que la mayoría de los fabricantes de un país sean inmorales, y la desconfianza los envolverá a todos, colocando a los honrados casi en peores

condiciones que a los inescrupulosos. El desprecio que aun dentro del país se profesa por los productores de la manufactura chilena, deriva tanto de una sugestión de esta naturaleza como de una admiración excesiva por la perfección de las procedencias europeas.

Finalmente, el respeto escrupuloso a las leyes y a las ordenanzas deja mucho que desear. Nos detiene lo demasiado grueso, lo que compromete el orden social, pero en lo modesto, en los mil detalles de la vida diaria, las respetamos poco y mal. Las medidas de higiene y de policía sanitaria, de conservación y seguridad de las vías públicas y mil más que dicen relación con servicios públicos que son factores económicos de primera entidad, las trasgredimos a cada paso. Clamamos contra la importación de epizootias que arruinan la producción pecuaria; mas, antes que respetar las medidas adoptadas para impedir las o renunciar a las ganancias de algunos cientos de pesos, preferimos que la economía nacional pierda millones. Por no arrancar oportunamente algunas malezas, infestamos y desvalorizamos regiones extensas; por no sacrificar el valor de un animal, propagamos una epidemia al país entero.

7

Al hablar del aprovechamiento del tiempo, llamé la atención hacia la ausencia completa de preparación técnica con que ingresan a los negocios los jóvenes que fracasan en su empeño de obtener títulos en las profesiones liberales, y aquellos titulados que, comprendiendo que han errado su vocación o no encontrando campo favorable, vuelven a la actividad económica.

Debo, ahora, señalar las consecuencias desgraciadas que esta circunstancia tiene para el futuro hombre de negocios.

Un joven que carece de conocimientos técnicos es un empleado molesto, al cual sólo se tolera por consi-

deraciones de familia o en obsequio a grandes cualidades de carácter y moralidad, que son el patrimonio de uno en mil. Si a esta ausencia de preparación técnica se añade el vacío moral que produce la educación científica, se comprenderá fácilmente la repugnancia con que agricultores, fabricantes, mineros y comerciantes, aceptan los servicios de los bachilleres. Nuestra juventud escogida se encuentra, por este capítulo, mal colocada para hacer carrera de empleado en la actividad económica.

Por su parte, ella cojea del otro pie. Si el hombre de negocios acepta sus servicios de mala voluntad, ella se los presta de peor. El joven que ha recibido nuestra deleznable educación general no oculta su repugnancia por los negocios; su alma, formada en el culto de la ciencia, desprecia al que sabe menos, aunque física, moral e intelectualmente (en la verdadera acepción de esta palabra), valga cien veces más que él. Siente una repugnancia invencible por los empleados subalternos de profesiones que desprecia. Sólo después de agotar todas las posibilidades de ser empleado público, de vivir de sus rentas o a expensas de su familia, se resuelve a solicitar un empleo en la actividad económica, para sufrir generalmente un rechazo.

Resulta de aquí que los mejores elementos de nuestra juventud, que no son absorbidos por las profesiones liberales, no pasan por los empleos subalternos de las industrias. El que no encuentra destinos públicos ni puede vivir de sus rentas, se hace empleado de banco o corredor de comercio, o se lanza a los negocios sin recursos, sin preparación y sin juicio; es decir, hace cualquiera cosa, menos lo que debe hacer.

Ni los padres ni los jóvenes se dan cuenta de que con esto han consumado el suicidio de su porvenir, condenándose a perpetua mediocridad. Porque es imposi-

ble que el joven alcance el dominio de los negocios sin recorrer gradualmente los escalones de la carrera. Sólo la práctica permite el aprendizaje paulatino de los métodos comerciales y de la técnica de los negocios en general; sólo ella familiariza con los mercados y con los mil detalles que escapan a toda enseñanza. Un año de práctica en el contacto de hombres avezados forma el juicio más que diez años de educación sistemática.

En ningún terreno puede el hombre desenvolver sus facultades, dar de sí el máximo de lo que ellas le permiten, si no las ejercita metódicamente. El joven que ingresa a los negocios sin haber sido antes empleado, llega con un número de probabilidades de fracaso mucho mayor que el que lo fue a causa del estado embrionario del desarrollo de sus aptitudes. Una experiencia cara y dolorosa puede corregir muchos defectos y llenar algunos vacíos, pero jamás reemplaza a la disciplina metódica que desde los primeros años moviliza y desenvuelve todas las fuerzas del joven que hace peldaño sobre peldaño la carrera de los negocios.

Llega, en seguida, nuestra juventud a la actividad económica con un vacío gravísimo que, para colmo de males, alcanza, también, a los pocos jóvenes que reciben la enseñanza de nuestros defectuosos institutos agrícolas y mineros y de nuestros pasables institutos comerciales: la ausencia de todas las fuerzas psíquicas que permiten al hombre de negocios seguir desarrollándose por impulso propio.

Voy a explicarme.

No hay, tal vez, educacionista que lo ignore, aunque apenas haya uno en diez mil que lo practique, que el fin individual de la educación, no es dar al niño tales o cuales conocimientos, sino despertar en él todas aquellas fuerzas que impulsan el desarrollo, que le permiten

dar de sí el máximo compatible con sus facultades²⁷. Cuanto mayor sea la posibilidad de desarrollo que dé al niño, y menor la cantidad de conocimientos ingeridos directamente, tanto más cumple con sus fines la educación general.

Ahora bien, las fuerzas que impulsan el desarrollo del hombre de negocios derivan de un corto número de ideas y sentimientos, relativos al empleo de la vida.

En Inglaterra, en Estados Unidos, etc., estos ideales los da la herencia y los perfecciona su prolongación, el medio social. El amor al esfuerzo por el esfuerzo, el deseo intenso del poder y de la grandeza, la ambición ilimitada, el orgullo de raza y la fe en sí mismo, son ideas y sentimientos que el niño trae consigo al nacer y que el medio que lo envuelve y aprisiona se encarga de consolidar y desarrollar.

La educación desempeña en la formación del hombre de negocios, un papel subalterno. Se limita a desarrollar el vigor físico y la fuerza de voluntad necesarios para que aquellas ideas y sentimientos puedan traducirse en acciones, y a suministrar los conocimientos generales y la enseñanza técnica que faciliten el desenvolvimiento.

No necesita crear las fuerzas psíquicas, porque la herencia las suministra abundantes.

Entre nosotros las ideas y sentimientos que constituyen el nervio, la trama íntima del hombre de negocios; es decir, las fuerzas que movilizan y dan empuje al noventa por ciento de la actividad nacional, están, todavía en embrión, no han sido fijadas definitivamente por la herencia, a causa de nuestro bajo grado de evolución.

²⁷ Claro es que este fin individual está subordinado a los fines sociales; en otros términos, que las fuerzas deben ser despertadas y dirigidas en consideración al ser social y a la sociedad.

La educación general puede llenar en parte este vacío. Ese es su deber; existe para eso. Su fin social es conservar lo bueno de la herencia, atenuar lo malo y llenar sus vacíos.

El pueblo chileno está en circunstancias particularmente favorables para ser moldeado por la educación. La disociación de sus caracteres, consecuencia de cruzamiento, le hacen una masa plástica extremadamente sensible a todas las influencias. Lo que constituye su más grave defecto encierra al propio tiempo la posibilidad de su grandeza. Pero no hay entre nuestros intelectuales personas que tengan la preparación científica necesaria para comprender deductivamente la diferencia fundamental que desde el punto de vista de la educación existe entre el alma chilena y la europea, o el espíritu de observación lo bastante agudo y desenvuelto para llegar inductivamente al mismo resultado. Y de aquí que nuestros programas y métodos de enseñanza no sólo no suplen ni corrigen a la herencia, sino que agravan sus defectos, destruyendo la energía de la voluntad y contrariando las más fecundas de las fuerzas psíquicas: la ambición inexhausta, la fe fanática en el propio esfuerzo, el deseo del poderío y de la grandeza.

Todos nuestros niños, desde el hijo del más humilde gañán hasta el más encumbrado señor, desde el flamante bachiller hasta el titulado en nuestros institutos técnicos, salen del colegio desprovistos de las ideas y sentimientos que son los motores de la actividad económica. La enseñanza no les desarrolló el deseo y la voluntad firme de no dejarse supeditar, ni les ennoblecó la finalidad del esfuerzo industrial, base del poderío y de la grandeza de los pueblos en la hora actual.

Falta a nuestros jóvenes la ambición intensa e ilimitada, el estímulo que mueve al hombre a consumir

la existencia en una actividad devoradora, en la cual el individuo puede destrozarse pero la colectividad se engrandece. Carecen de la educación física y de la disciplina de la voluntad, sin las cuales la ambición languidece o se agita impotente.

La consecuencia es ineludible y fatal; el chileno se desarrolla poco; sus aptitudes naturales para la lucha económica o permanecen adormecidas o no dan de sí lo que son susceptibles de dar. Observad los comienzos y el desarrollo de los jóvenes ingleses y de los jóvenes chilenos. Los primeros no cesan de avanzar; llegan a ser como empresarios, gerentes o simples empleados más que lo que prometían sus humildes principios. Los últimos, por el contrario, defraudan las expectativas que legítimamente se cifraban en sus capacidades.

Resumiendo tenemos:

Que el hecho de no pasar nuestra juventud por buenos institutos técnicos, con métodos prácticos y programas adecuados a las necesidades del país, priva a la economía chilena de un núcleo abundante de empleados subalternos competentes.

Que no pudiendo nuestra juventud hacer la jornada de empleado en la actividad económica por su incompetencia técnica y la naturaleza de los estudios de humanidades, está privada de la única escuela que puede formar al futuro hombre de negocios.

Que no supliendo la educación general los vacíos de la herencia en todas aquellas ideas y sentimientos que constituyen la trama psíquica del hombre de negocios, el chileno, aunque reciba instrucción técnica, se desarrolla poco, no da de sí lo que sus fuerzas le permiten dar.

Que como consecuencia de los dos factores anteriores, la economía chilena no sólo carece de buenos

empleados, sino también de empresarios enérgicos, competentes, audaces y perseverantes.

8

Un bosquejo de la psicología económica del pueblo chileno, no puede prescindir de nuestro obrero. Menos aún puedo omitirlo en este estudio, cuyo propósito es avalorar los distintos factores del desarrollo material. Al hablar del obrero, para no hacer distinciones innecesarias, me refiero a todo el que hace un trabajo manual, así sea una rutinaria siega de trigo o el pulimento de la pieza de una máquina.

El trabajador chileno es vigoroso. De él ha dicho un historiador perteneciente a la más fuerte y orgullosa de las razas modernas: "Posee una fuerza y una resistencia pasmosa. No hay europeo capaz de tal resistencia física"²⁸. Un largo contacto personal con obremos de distintas nacionalidades me ha convencido de que no es exagerado este concepto. Algunas de las razas de elevada estatura de Europa pueden competir con él en fuerzas físicas; pero ninguna de ellas puede rivalizar en resistencia a la labor prolongada, a la intemperie, a las lluvias, al calor y a las privaciones. Se añan en él la pujanza de las razas fuertes de Europa y la excepcional resistencia de algunos pueblos de otros continentes.

El obrero chileno es inteligente. Comprende y asimila con una rapidez que desconcierta al aficionado a estudios psicológicos. Le basta un caudal de conocimientos previos tan escaso que ningún otro obrero puede hacer igual labor con igual saber.

Tiene la conciencia instintiva de su superioridad. La siente y la hace pesar. En estado confuso, embrionario, tiene un concepto de sí mismo que recuerda

²⁸URIEL HANCOCK, *Historia de Chile*, p. 377.

de lejos el orgullo del romano de la antigüedad y del inglés de nuestros días. Esta gran fuerza en devenir puede llegar a ser la fuente de las más grandes energías, si, en lugar de destruirla como lo ha hecho una educación inadecuada respecto de las clases superiores, la desenvuelve y canaliza una educación calculada para ello.

La materia prima es, pues, de primer orden. Por desgracia; el grado de evolución en que se encuentra no permite obtener, por hoy, el rendimiento de que ella es susceptible. Circula abundante por las venas de nuestro pueblo la sangre del aborígen araucano; y aunque esta sangre es generosa, no puede salvar en tres siglos la distancia que los pueblos europeos han recorrido en cerca de dos mil años. Nuestra evolución ha sido más rápida que la germana, a su turno casi vertiginosa con relación a las precedentes; pero, así y todo, no ha podido llenar lagunas que, desde el punto de vista económico, tienen trascendencia considerable.

Si hubiéramos de inferir la labor que realizan nuestros obreros de su pujanza, serían pocos los pueblos que podrían exhibir resultados iguales. La realidad es, sin embargo, desconsoladora. El obrero chileno, con todo su vigor y toda su inteligencia, hace menos obra que la corriente en los países europeos.

A este resultado concurre, sin duda, la escasez e imperfección en los medios mecánicos de multiplicar el rendimiento del trabajo, propia de todos los países hispanoamericanos; la incompetencia administrativa de los elementos dirigentes; la falta de educación técnica; y algunos factores más que están fuera de su voluntad: más, también contribuye, por su parte, con vicios y hábitos que merman considerablemente su rendimiento económico.

Nuestro obrero desperdicia mucho el tiempo. La concurrencia a los talleres baja el día lunes al sesenta por ciento, y a veces, a menos. Esta proporción aún baja

más entre los obreros libres. Para objetos frívolos, para menesteres que pueden desempeñarse en algunos minutos, pierde días enteros.

Y el desperdicio del tiempo en la ciudad, sólo es pálida imagen de lo que ocurre en los campos. El pequeño propietario rural derrocha lastimosamente su tiempo y su actividad. Sólo trabaja lo estrictamente indispensable para subvenir a sus necesidades más inmediatas. Tal vez no exagero si digo que emplea útilmente la tercera parte de su tiempo. El inquilino de hacienda, forzado por el patrón hace un trabajo más regular; pero que dista mucho de aproximarse al que puede hacer sin detrimento de su organismo. De cada familia, un hombre trabaja diariamente, cumple lo que nuestros campesinos llaman la obligación. Los demás trabajan tres o cuatro días en cada semana, con vigor, y dilapidan en borracheras o en la ociosidad los restantes.

A pesar de su extraordinario vigor físico, de su inteligencia y de su orgullo, el obrero chileno es incapaz del trabajo regular y sostenido propio de los pueblos bien evolucionados. Puede trabajar varios días consecutivos como sólo él puede hacerlo; pero en cualquier momento abandona su labor para ir a una francachela a consumir el tiempo conjuntamente con el dinero ganado. En el fondo está en él intacta la repugnancia del aborígen por la actividad manual. Trabaja constreñido por la necesidad e influido por los elementos más civilizados que le rodean. Que cese esa necesidad, aunque sea momentáneamente, o que se substraiga a esta influencia, y el atavismo araucano, demasiado inmediato, estalla con violencia.

En el número precedente, al hablar del chileno como hombre de negocios, hice notar que la práctica y la experiencia no lo desarrollan con igual energía que al hombre de otras razas; y dije que la causa de este

fenómeno está en la poca acentuación de las fuerzas psíquicas que estimulan la actividad económica.

En el obrero ocurre igual cosa, y por igual motivo.

En un pequeño folleto, que entre nuestras numerosas publicaciones me ha interesado vivamente, porque es una de las primeras tentativas que el pensamiento chileno hace para dejar las muletas, una de las pocas veces que se ha atrevido a mirar los hechos sin los lentes de refracción del pensamiento europeo, encuentro los siguientes párrafos, que transcribo como un homenaje al espíritu de observación y a la sinceridad moral de su autor: »Los socios consideran humillante ocupar un banco escolar y prefieren pasar toda su vida ignorando cosas que debieran saber, careciendo de la instrucción a veces indispensable a su educación, u oficio, por no querer reconocer su necesidad intelectual, su falta de los conocimientos necesarios al hombre...« »En lo referente a la cultura profesional, al deseo de perfeccionar nuestro oficio, a objeto de adquirir una situación mejor, más holgada e independiente, nuestra pereza es también manifiesta«. »Nos falta en absoluto la iniciativa, no tenemos confianza en nuestras propias fuerzas y preferimos vivir confiados en el destino...«. »No tenemos la hermosa ambición de subir, de ser algo más; siquiera sea para servir mejor a nuestras familias, a nuestros compañeros y a nuestros semejantes«²⁹.

El obrero chileno carece, en efecto, de la ambición de surgir, que es la fuente de la iniciativa, de la invención y de la perseverancia. Sus capacidades se atrofian o dormitan perdidas para la actividad económica, como las del empleado y las del empresario. Su energía, falta de estímulo y de rumbos, se enerva o se extravía. Su obra sufre en cantidad y en calidad.

²⁹ ONOFRE AVENDAÑO, *Examen de conciencia*.

Todavía debe contarse entre las causas del escaso rendimiento económico de nuestro obrero, el hábito nacional por excelencia: la inexactitud. Sólo el industrial que ha experimentado de cerca sus consecuencias, puede medir la trascendencia de este hábito fatal en la obra de la producción. La inexactitud del obrero perturba y desordena el giro todo de la industria, hace ilusoria toda base de cálculo y coloca al industrial en condiciones de inferioridad. En la concurrencia las ventajas, en igualdad de las demás circunstancias, están por quien disponga de obreros más exactos. »Se prefiere al obrero extranjero sobre el nacional —dice el señor Avendaño en el folleto citado— porque, aunque sea su trabajo inferior y más caro, tiene al menos la ventaja de ser seguro«.

A este mismo resultado concurren, también, numerosos vacíos y defectos morales que, como los anotados, disminuyen directamente el rendimiento económico, o que, como la embriaguez y el juego, debilitan las fuerzas sociales en general. Al hablar del aumento de la población y del ahorro tendré oportunidad de insistir en algunos de ellos.

9

Uno de los rasgos del alma española que primero hiere la atención del observador, es el respeto que profesa a la ociosidad. Aludiendo a él, Sáenz y Scartín, ha llegado a decir que en muchas regiones se atribuye cierta superioridad a la vida ociosa, por mezquina que sea.

No es, pues, necesario devanarse los sesos para desentrañar el origen de las consideraciones que entre nosotros rodean a la ociosidad.

Nuestra sanción social no toma en cuenta a la actividad y al esfuerzo al juzgar sobre el empleo de la vida.

El mismo respeto rodea al rentista ocioso, que omi-

te cumplir el deber social de poner en juego todas sus energías, que al industrial esforzado o al agricultor progresista. Las mismas consideraciones se guardan al joven inepto o perezoso que vive a expensas de su familia, que al emprendedor y laborioso. Que, por un medio u otro, se procure el individuo los recursos para sostenerse dentro de su posición es lo que importa para nuestro criterio. La actividad que para procurárselos gaste no aumenta en un ápice nuestra estimación.

De este respeto a la ociosidad derivan consecuencias fatales para el desenvolvimiento económico.

El joven perezoso que vive a expensas del padre mientras llega la hora de heredarle, siente tanto menos la vergüenza de su conducta cuanto más se la disimula la estimación social. El propio padre repararía más en no desmoralizar al hijo, impidiendo que la necesidad le estimule y regenere, si su acción fuera afeada por el concepto público.

El rico heredero no permanecería inactivo si la sanción social le reprochara su ociosidad.

En una palabra, el respeto a la ociosidad estimula a ella a la mayor parte de los que están en situación de practicarla, y cohonesto la conducta de aquellos que, sin estarlo, la practican.

Determina, también, un concepto desgraciado de la beneficencia y de la hospitalidad.

Cuando hacemos el bien, cuando queremos proteger, damos limosna. Y eso lo hacemos no sólo con las personas absolutamente imposibilitadas, sino también con aquellas que, con ligeras indicaciones o con un pequeño auxilio de nuestra parte y un poco de voluntad de la suya, pueden ganarse honradamente la vida.

Es posible que en esta conducta entre por algo el deseo de no molestar. Siempre será menos fastidioso dar algún dinero que preocuparse de enderezar fracasados. Pero no es este móvil egoísta el único motivo

que determina nuestra manera de comprender la beneficencia. Nos parece natural que, el que vino a menos rehúse aceptar la lucha en la nueva posición; encontramos que se degrada menos haciéndose un parásito que descendiendo. Una niña que, señorita ociosa alimentada por su padre, con la muerte de éste se ve forzada a ganar la vida como cajera en una casa de comercio o como escribiente de una oficina, se rebaja en nuestro concepto.

En cambio, no creemos rebajarla, habituándola a la limosna.

A la misma causa obedece el hábito, bastante generalizado en todas las esferas sociales de recoger y albergar a aquellos deudos o amigos que no quieren darse la molestia de pelear la batalla de la existencia, hábito altruista, si se quiere: pero profundamente desmoralizador y perjudicial para una sociedad.

El respeto por la ociosidad se traduce, pues, en una elevación del porcentaje de parásitos, esto es, de individuos que, directa o indirectamente, viven de la colectividad sin entregarle el contingente de su propio esfuerzo. Con lo cual, por una parte, disminuye la eficiencia productora de la población, y por otra, hace gravitar sobre los hombros de los activos y laboriosos un fardo pesado.

10

La prodigalidad y el afán de la ostentación han sido señalados desde antiguo por todos nuestros escritores como uno de los rasgos más acentuados de la psicología chilena.

Describiendo el estado social de Chile durante los primeros treinta años del siglo xvii, dice Barros Arana: »Los habitantes de Chile, como los que poblaban las otras posesiones españolas, tenían una incli-

nación que puede llamarse hereditaria por el lujo y la ostentación; y desde que se formaron algunas fortunas más o menos considerables, sus poseedores dieron, en la medida de sus fuerzas, rienda suelta a estos gustos³⁰.

Estos conceptos reflejan con fidelidad los datos suministrados por los documentos de la época. No recuerdo haber leído uno solo de los cronistas en el cual no haya encontrado alguna alusión a las inclinaciones de los colonos a la ostentación, inclinaciones que tenían, por lo demás, que llamar necesariamente la atención por su violento contraste con la pobreza y las condiciones generales de la vida colonial.

Con posterioridad a la independencia, aludiendo al empleo de las utilidades realizadas por nuestros agricultores y comerciantes durante la bonanza que los descubrimientos de California en 1848 y los de Australia en 1851 trajeron a la economía chilena, decía en 1857 Courcelle Seneuil: »Gran parte de las nuevas ganancias han sido empleadas en dar ensanche a los goces de los propietarios; el mayor número de éstos se han puesto a construir soberbias casas y comprar suntuosos amoblados, y el lujo de los trajes en las señoras ha hecho en pocos años progresos increíbles; el número de carruajes particulares ha más que duplicado; los gastos de mesa, y en suma, todos los gastos ordinarios de familia han aumentado inmensamente«. Y, refiriéndose a las clases trabajadoras y al alza de sus salarios, continúa: »casi todo lo que ha ganado ha sido consumido al juego o en el bodegón, en una palabra, derrochado por satisfacer las exigencias de un lujo grosero«. »Se puede decir, en resumen, que mientras los labradores gastaban en locas diversiones, los aumentos de sus entradas, los propietarios emplea-

³⁰ *Historia General de Chile*, t. IV, p. 285.

ban las suyas en aumentar goces más durables; pero unos y otros han capitalizado muy poco³¹.

En nuestros propios días el señor Zegers ha dicho: »Para figurar, el hombre compra automóvil y recorre los centros más poblados y los paseos, tocando la corneta y atropellando carruajes y peatones«.

»La mujer olvida que es preferible al excesivo ornato del cuerpo una elegante sencillez. Encarga a Europa su ajuar personal y perifollos, aterrorizando a padres y maridos. No la arredra el recargo de cincuenta por ciento en oro«.

»Muchos jóvenes, antes que tener una profesión lucrativa, van a París a despedirse —dicen— de la juventud, y derrochan allí en placeres fáciles pero caros, el haber paterno...«

»En todas partes aparece la sed de lujo para hacer figura, en los edificios, en los ajuares, en los carruajes y joyas³².

Si hubiera de continuar reproduciendo opiniones contextes con las que acabo de anotar, posiblemente me vería obligado a transcribir trozos de todos los que entre nosotros han escrito sobre temas económicos y sobre costumbres.

Estas citas manifiestan que el hábito del derroche y el deseo de la ostentación, son características nacionales que, adormecidas en las horas de pobreza, avivadas en las de prosperidad, pero jamás extinguidas, han llegado a través de las vicisitudes de nuestro desarrollo, desde los albores de la colonia hasta nuestros propios días³³.

³¹ *Revista de Ciencias y Letras*, Santiago, 1857, pp. 509 y 510.

³² *Estudios económicos*, p. 8.

³³ La prodigalidad y el afán de la ostentación, han sido estimados entre nosotros uniformemente como caracteres heredados del antecesor español. Yo mismo, sin desconocer la parte que en ambos rasgos corresponde al estado social, contribuí en otra época a difun-

Veamos, ahora, las consecuencias económicas de estas inclinaciones y hábitos.

Desde antiguo han sido uniformemente señalados por nuestros economistas como uno de los principales factores de la debilidad de nuestro desarrollo.

Este juicio está conforme con las doctrinas económicas corrientes. »Los pueblos más prósperos —ha dicho Leroy Beaulieu, resumiendo la opinión general de los economistas— no son siempre los que producen más, sino con frecuencia los que, sin cercenar la satisfacción de sus necesidades, ponen más orden en sus consumos»³⁴.

No es difícil demostrar el grave error científico de este aserto, reflejo de la posición en que ocasionalmente se encontraron los distintos pueblos europeos durante parte del siglo XIX. Pero, ni es ésta la oportunidad de hacerlo, ni tiene objeto práctico desde el punto de vista en que vengo discuriendo. Porque, si el exceso de ahorro conduce al debilitamiento de las fuerzas motoras de la actividad económica, paraliza el aumento de la población y lleva a un suicidio disimulado, como le ocurre a Francia; el despilfarro y la prodigalidad, contrarían, a veces seriamente, el desarrollo de la riqueza.

En el caso nuestro, la perturbación es grave.

Como ya lo he demostrado, la naturaleza de los factores físicos de crecimiento obliga a encauzar nuestra actividad dentro de la minería industrial, de la manufactura y del comercio, industrias todas cuya instalación y giro presuponen la acumulación abundante de capitales. La expansión económica, requiere

dir este error. La parte que corresponde a la herencia es, en realidad, limitada; no va más allá de la forma como se manifiestan tendencias propias de todos los pueblos en igual estado social y colocados en condiciones análogas de medio.

³⁴ *Traité d'économie politique.*

por este motivo, en Chile mayor empleo de capitales que en la generalidad de los pueblos jóvenes.

Se comprenderá con esto cuáles son para la economía nacional las consecuencias de la desidia para conservar los objetos, de la falta de método y de la prodigalidad en los gastos ordinarios, de vida, de los consumos de lujo, de la inveterada tendencia a la ostentación; en una palabra, de todos los hábitos que contrarían entre nosotros la capitalización.

En un país joven, condenado para cumplir sus destinos a luchar en condiciones difíciles con los viejos centros industriales, ellos serían un tropiezo, aunque lo poblara una raza bien evolucionada y bien adiestrada para la actividad productora. En un país cuya población tiene poca capacidad de producción, en un país que necesita pedir al extranjero los artículos de lujo que consume, su existencia hace poco menos que imposible la lucha. Hasta el bienestar y la actividad transitorios que provoca el exceso de consumos suntuarios, va a fecundar economías extrañas.

Aunque nuestra prodigalidad puede, en mi concepto, ser utilizada para desarrollar alguno de los caracteres psicológicos que pesan más en la vida contemporánea el día en que la educación abra los ojos delante de los amplios horizontes que ya le brinda la ciencia, por hoy debe contarse entre los factores de debilidad y estagnación que contrarían nuestro desenvolvimiento.

11

La tendencia de una población a estagnarse o a aumentar con rapidez, es uno de los más poderosos factores de la vitalidad económica.

Esta tendencia, resultado complejo de numerosas influencias, no puede ser contada entre las caracterís-

ticas psicológicas de un pueblo, aunque en parte considerable ella derive de las concepciones relativas a la vida, a su empleo y a su finalidad. Pero, como por una parte no debo prescindir en este estudio de un factor de semejante entidad, y por otra, no encuentro lugar más propio para hacer caudal de él, lo he colocado como apéndice en el bosquejo de la psicología económica del pueblo chileno.

Dije en otra parte que el aumento de la población chilena ha sido durante los últimos veintidós años de 1.11%, porcentaje inferior no sólo al de los países jóvenes, favorecidos por corrientes de inmigración, sino también al de Holanda, Inglaterra y Japón, naciones saturadas y sujetas a las pérdidas que ocasiona la emigración.

Felizmente para el futuro de nuestro país, el origen de este fenómeno no está en la natalidad. Chile tiene una natalidad elevadísima (39,2 por mil), superior a las de Uruguay y Argentina e inferior sólo a las de Rusia, Bulgaria y Rumania, H.

El mal viene de la mortalidad, y dentro de sus distintos renglones, de la pérdida de niños menores de un año. En el clima templado y sano de Chile, murieron en 1909, 40.767 niños de esa edad. Perdimos dentro del año el 38,9% de los niños que nacieron, o sea, más de la tercera parte, I.

Darán una idea de la gravedad de esta pérdida las cifras que voy a anotar. Mientras en Chile perdimos el 38,9% de nuestros recién nacidos, la mortalidad de menores de un año fue en Río de Janeiro de 12,3, en Montevideo de 10,7 y en Buenos Aires de 10,5%; es decir, menos de la tercera parte de la nuestra.

Esta horrorosa mortalidad infantil, explica el he-

H. Ver apéndice.

I. Ver apéndice.

cho, a primera vista extraño, de que nuestra mortalidad general sea de 31,5 por mil, igual a la de Rusia e inferior sólo a la de México; pues la mortalidad en los países civilizados es, 21,8 en Italia, 19,3 en Brasil, 19 en Francia, 19 en Argentina, 14,7 en Inglaterra, 14,6 en Uruguay, 9,1 en Nueva Zelandia.

La mortalidad infantil, causa determinante de la extraordinaria elevación de nuestro coeficiente de mortalidad general, es, por suerte, independiente del clima. Nos tocó en lote una naturaleza dura y avara para el ocioso, pero propicia y generosa para el audaz y esforzado, y admirablemente adecuada para el desarrollo y conservación de la vida. Del clima de la India se ha dicho que la primera generación inglesa que nace y se cría en él degenera, que la segunda es raquítica y que de la tercera nadie ha oído hablar. Por el contrario, en Chile la antigua raza española, a pesar del mestizaje, ha conservado su vigor y pujanza mejor que en la propia España. Dése a la selección la parte que en este hecho le corresponde, y siempre quedará algo para el clima.

La extraordinaria mortalidad infantil, desconcertante para el extraño que conoce las condiciones geológicas y climatéricas del país, ha sido repetidas veces explicada satisfactoriamente dentro de la propia casa, donde el conocimiento del estado higiénico de las ciudades y de los hábitos nacionales es más completo.

A ella concurre con cuota no despreciable, la ausencia de las grandes obras de higiene y salubridad públicas, en las grandes ciudades. Estamos a este respecto en manifiesta inferioridad con relación, no sólo a las ciudades europeas, sino también a Río, a Buenos Aires, a Montevideo y a otras ciudades hispanoamericanas.

Uno de los grandes anhelos, una de las aspiraciones más hondamente sentidas, del progresista mandatario

señor Pedro Montt, fue la de dotar a las ciudades chilenas de obras de saneamiento e higiene en armonía con las exigencias de la civilización contemporánea. Al revés de nuestros críticos, eterno estorbo de toda iniciativa útil, comprendía que cualquiera que fuera el número de millones invertidos y la cuantía de los empréstitos que para obtenerlos hubiéramos de contraer, esos millones serían devueltos con usura antes de veinte años en vidas humanas.

Sería injusto, si omitiera dejar también constancia de la campaña enérgica y perseverante que en el mismo sentido ha hecho el señor Emilio Rodríguez Mendoza, uno de los contados escritores chilenos que se han atrevido a separarse de los libros, para encarar directamente los fenómenos sociales, dando un ejemplo que, si fuera imitado, cambiaría en corto número de años el ambiente intelectual que nos envuelve, repetición mecánica del pensamiento europeo aplicado a una evolución social que no puede ser comprendida por él.

Empero, si la ausencia de obras modernas de higiene en las ciudades es un factor de la mortalidad infantil, su causa más poderosa está en los hábitos y en las condiciones de vida de nuestro grueso fondo social.

Se ha hecho muchas veces caudal de estos hábitos; pero nunca se ha señalado con firmeza y precisión su origen. Creo que es conveniente hacerlo, aunque para ello sea menester una digresión algo inconexa con la materia en que me ocupo. Querer corregir los males sin conocer su origen, es exponerse a causar otros mayores.

En los orígenes de la Francia, Italia, y España de nuestros días, y en general en el de todos aquellos pueblos en que la civilización grecorromana fue recubierta por una capa de bárbaros de procedencia germana, hubo, como en el caso nuestro, cruzamiento

de razas a distinto grado de evolución. Pero el orden de superposición de las capas raciales fue diverso. En los pueblos europeos que acabo de mencionar, los bárbaros quedaron ocupando la primera estrata social, a título de conquistadores, mientras los elementos grecorromanos pasaron a segundo término. En el punto de partida de los pueblos mestizos de Europa, el vasallo era más civilizado que el señor, aunque éste le aventajaba en lo que da el dominio: el carácter. Paulatinamente la actividad militar fue cediendo terreno a la actividad industrial, y los restos de la civilización grecorromana fueron ascendiendo socialmente, mientras se agotaban o descendían algunos de los elementos bárbaros que constituían la nobleza. Se alcanzó, así, mediante la endosmosis social, si no la uniformidad en el grado de civilización, por lo menos una mejor preparación de las distintas capas sociales para seguir una evolución paralela. En otros términos, los elementos bárbaros y los elementos civilizados, al cabo de algunos siglos se encontraron semifundidos y en igual proporción en toda las capas sociales, sin perjuicio de que los individuos que más valían en carácter y moralidad, cualquiera que fuera la raza, ascendieran a la clase directiva.

En Chile el conquistador español se cruzó con el aborigen que aún no salía de la edad de la piedra. Y sobre ser mucho mayor la distancia de civilización entre estos elementos, que entre los que constituyeron la base étnica de las naciones modernas de Europa, las capas se depositaron en una forma sumamente desfavorable para la endosmosis social. Arriba quedó el español puro y en seguida vino el mestizo en gama descendente para la sangre española hasta concluir en el aborigen puro. Nuestra raza, formada por dos elementos étnicos y cruzados en buenas condiciones biológicas, tiene una relativa unidad antropológica; pero en el

grado de civilización no sólo carece de unidad, sino que está separada en sus distintas capas por verdaderos abismos.

Todos estos elementos raciales, entre los cuales media la acción de miles de años, quedaron obligados a seguir la misma evolución social, a hacer una jornada paralela. Y como si esto no fuera bastante, en razón de la aceleración que viene observándose en el desarrollo del progreso desde que la humanidad salió de la prehistoria, nuestra evolución ha sido más rápida que la europea. Nuestras bajas capas que, después del cruzamiento, quedaron en un estado de civilización poco superior al del término medio de los bárbaros invasores del Imperio Romano, han tenido que hacer en tres y medio siglos la jornada que los pueblos europeos han recorrido en catorce.

Nuestro pueblo ha hecho un esfuerzo supremo, admirable, para seguir esta carrera vertiginosa, sin precedentes en la historia; pero como era inevitable, su desarrollo ha sido irregular. Ha quedado retrasado en todos los rasgos de más difícil y tardío desenvolvimiento. Mirada en su conjunto, la evolución social del pueblo chileno hace el efecto de las inundaciones poco caudalosas que recubren irregularmente el suelo, siguiendo sus depresiones y dejando aquí y acullá numerosos espacios enjutos. Nuestro desenvolvimiento intelectual, por ejemplo, está más avanzado que el conjunto. En cambio, hemos quedado sumamente rezagados en la moral y en el desarrollo de las aptitudes para la lucha económica.

De este hecho, el más trascendental, el más fecundo en consecuencias, que nuestros intelectuales, se niegan obstinadamente a ver, derivan los hábitos de vida de nuestro pueblo, que con razón han sido señalados como las causas de la mortalidad infantil.

El obrero chileno, salvo contadas excepciones, juega o emplea en beber la mayor parte de su salario. »Con qué inmensa angustia, con cuánto sobresalto espera la pobre mujer del hombre bebedor, el día sábado, temerosa de que, como de costumbre, todo el jornal de la semana, ganado con tanto sacrificio y llamado a satisfacer tantas necesidades, pase íntegro al bollón negro de la negra conciencia del tabernero³⁵. Estas palabras del señor Avendaño, escritas en 1908, manifiestan que nuestro obrero en este terreno ha avanzado poco, que es el mismo obrero del cual decía en 1857 Courcelle: »El aumento de sus salarios habría determinado progresos durables, en las clases trabajadoras si hubiera existido espíritu de familia, orden y economía...«, pero todo lo han consumido al juego o al bodegón³⁶.

Las bonanzas económicas, las alzas de los salarios no le aprovechan. Que gane cuatro o diez pesos diarios, sus condiciones de vida no se modifican sensiblemente. El exceso de ganancia lo dilapida en su mayor parte en unas cuantas horas de taberna o de jolgorio.

Nuestro obrero se condena, así, a condiciones miserables de existencia. Vive al día, en constante estrechez y expuesto a que un accidente o una enfermedad lo entregue a la beneficencia pública, mientras su familia queda en la miseria.

Otra de las grandes lagunas en la evolución de nuestro pueblo, que contribuye al fenómeno casi tan pesadamente como la imprevisión, es la irregularidad en la constitución de la familia. En 1909, sobre 80.642 nacimientos, 48.691 fueron ilegítimos. En el último quinquenio la proporción de los nacidos fuera de matrimonio ha sido de 35%, mientras que en Espa-

³⁵ AVENDAÑO. *Examen de conciencia*, p. 23.

³⁶ Palabras citadas con anterioridad.

ña fue de 5,50% y en Austria, que arroja el coeficiente más alto de Europa, fue de 13%, J.

Si se toma como criterio de moralidad el grado de respeto del individuo a los hábitos y costumbres del país, las elevadas cifras de la natalidad ilegítima, no deben asustarnos; pero no por eso se atenúan sus consecuencias sobre las probabilidades de supervivencia del recién nacido.

La mujer, cuando no se ve forzada a disimular las consecuencias de su caída, enviando su hijo ilegítimo a una casa de huérfanos, carga casi siempre sola con el peso de su crianza. Para ello tiene que afrontar trabajos duros, fatales para la salud de su hijo y a veces de la suya propia. Con frecuencia se ve obligada a abandonarlo a manos de parientes o amigos, mientras ella gana su sustento como nodriza en algún pueblo distante. El niño mal alimentado y mal cuidado, fallece, en la mayor parte de los casos, antes del año.

Todavía, entre las causas de la mortalidad infantil que derivan de las irregularidades de nuestro desarrollo social, debe contarse el alcoholismo en sus efectos directos sobre la raza. Según la expresión del más célebre de los antropólogos contemporáneos, si el alcohol es el más enérgico de los agentes de degeneración, es también, un poderoso agente de selección, porque elimina a los mismos que degeneró³⁷. La posteridad de los alcohólicos desaparece con rapidez; lo cual, si es un bien, por cuanto evita que nuestro país se llene de criminales, locos y enfermos, no deja, por eso, de concurrir con su cuota a nuestro porcentaje de mortalidad.

Finalmente, el mismo origen que la imprevisión, la natalidad ilegítima y el alcoholismo, tienen la ausencia de toda higiene, las preocupaciones tradicio-

J. Ver apéndice.

³⁷ LAPOUGE, *Les Selections*, p. 152.

nales y la grosera transgresión de las más elementales reglas de crianza de los niños, que se observan en nuestro pueblo. Lagunas de una civilización desarrollada en desenfrenada carrera, sólo las podrá llenar y con extrema dificultad, una enseñanza racional, aplicada a llenar los vacíos, en vez de tender a producir un desequilibrio todavía mayor, educando lo que tenemos en exceso: la inteligencia.

Antinomia entre los factores físicos de expansión económica y las aptitudes de la población

Como se ha visto, las condiciones geológicas y climatéricas, hacen imposible en Chile una vigorosa expansión agrícola. Nuestra agricultura sólo puede desarrollarse lentamente, dentro de horizontes muy limitados, merced al perfeccionamiento de los cultivos y a su extensión en suelos difíciles de aprovechar. Salvo los aumentos que los futuros avances de la técnica agrícola lleven a la productividad del suelo, no es probable que pueda alimentar más de doce millones de habitantes.

Las industrias extractivas del salitre y del cobre, en la actualidad las fuentes de riqueza más copiosas, después de la agricultura, son verdaderas industrias fabriles, porque tienen las mismas exigencias de capitales y aptitudes que ellas.

En las industrias fabriles, deben, también, cumplirse los destinos de nuestro país, si está llamado a figurar honrosamente en la civilización del futuro.

El medio físico obliga, pues, a Chile, a ser ya un pueblo manufacturero, comercial y navegante, si no quiere interrumpir su desarrollo.

Entretanto, las inclinaciones y las aptitudes de la raza van por caminos muy diversos de aquellos que la naturaleza trazó a sus destinos.

En parte como consecuencia del estado social y en parte como resultado de la educación, el chileno desprecia la manufactura y el comercio. Las considera como tareas vitales, indignas de su actividad. Su ideal es ser abogado, médico, ingeniero o agricultor, y en defecto de estas profesionales, empleado o funcionario público.

Física e intelectualmente fuerte, dotado de voluntad enérgica y audaz, sin embargo, carece o tiene mal desenvueltos todos los rasgos del carácter y todas las aptitudes que dan el éxito en la actividad industrial: la regularidad, el orden y el método, factores del buen aprovechamiento del tiempo; el espíritu de observación y la prudencia en los cálculos, bases del juicio industrial y comercial; la perseverancia; la competencia técnica; la capacidad para la asociación; la moralidad elevada que requiere la concurrencia económica contemporánea; la ambición inexhausta, que pone en juego todas las fuerzas del hombre; y el sentimiento fuerte de la nacionalidad y el deseo de la grandeza colectiva, que hacen llevaderos los más duros sacrificios y fáciles las más grandes empresas.

No quiero decir que el chileno adolece de incapacidad económica, en el verdadero sentido de esta expresión. No; entre las razas hispanoamericanas, la chilena es la más fuerte y la de mayor porvenir, aun económicamente hablando. Bajo más de un respecto, tiene la posibilidad de desarrollar caracteres de que carecen algunas de las poblaciones de Europa que, no obstante su ausencia, han figurado con honor. Hoy mismo, con todos sus vacíos y defectos, lucha en la agricultura con el extranjero y lo vence. El desplazamiento agrícola es, en Chile, menor que en todas las demás naciones sudamericanas; y en el centro del país es tan insignificante que puede afirmarse que no existe. Los propietarios de fincas rurales que residen en el extranjero, en poco tiempo se ven forzados a venderlas.

La incapacidad económica del chileno es relativa; se refiere sólo a la vocación y a las aptitudes para la actividad fabril y manufacturera; y deriva del estado social y de la educación, monstruosamente absurda para ese estado, que recibe. Si el inmigrante arrojado de Europa en la lucha por la existencia, vence y desplaza en la concurrencia comercial a nuestro flamante bachiller, no es por-

que tenga más carácter o más talento que él, sino porque nuestra enseñanza inculca al joven el desprecio por el comercio y le atrofia el desarrollo de todas las capacidades que dan el éxito en los negocios y hacen al hombre un ser útil en las sociedades modernas.

Colocados en un medio agrícola, como el de Argentina o Uruguay, no sólo no nos habría desplazado el extranjero, sino que nuestro desarrollo habría sido extraordinariamente rápido y vigoroso. Prenda de ello es nuestro crecimiento entre 1820 y 1865, realizado mediante el cultivo extensivo de la pequeña área de suelos fértiles y fácilmente cultivables que encierra el territorio. Pero, agotada la incorporación al cultivo de suelos de esa clase, la naturaleza nos ha colocado en la disyuntiva de quedar pigmeos o de ser industriales y comerciantes. La población carece del deseo y de las aptitudes necesarios para afrontar la lucha dentro de los nuevos rumbos. Incapaz de la perseverancia que presupone la minería industrial del cobre y del salitre, entrega al extranjero sus pertenencias por unos cuantos miles de pesos, para derrocharlos en Europa en atavíos y menajes, o en el mejor de los eventos, para vegetar a expensas de la renta en Santiago o invertirlos en fundos rústicos. Nuestra clase media, antes que navegar y transportar los productos, transmonta los Andes y va a fecundar una economía extraña, que ofrece campo a su actividad agrícola. Los yacimientos de cobre y de salitre que no pueden venderse en el extranjero, la energía motriz de los ríos, los mantos de hierro y todos los factores del desarrollo industrial que la naturaleza aunó en nuestro territorio, permanecen muertos, mientras nuestra juventud sigue carreras liberales o entera sus días en una pecha repugnante y desmoralizadora por los destinos públicos; y mientras, nuestros hombres de negocio vegetan, luchando con la naturaleza en una actividad agrícola condenada fatalmente a ser factor subalterno de nuestro crecimiento.

Esta antinomia entre los ideales y las aptitudes del chileno de hoy, y los rumbos que el medio físico trazó a nuestro crecimiento, es el más fundamental de los factores que determinan los fenómenos que, como la lentitud en el crecimiento, el desplazamiento económico del nacional y demás manifestaciones patológicas descritas en el Capítulo I, constituyen en su conjunto un verdadero estado de inferioridad económica por el cual atraviesa nuestro país en estos momentos.

Otros factores de inferioridad económica

1

Como observaba en el capítulo precedente, el factor fundamental de nuestra inferioridad económica es la falta de armonía que existe entre los rumbos trazados a nuestro desarrollo por los elementos físicos y las actuales aptitudes de la población para la actividad económica. Mas, quedan otros factores, subalternos al lado de éste, pero sin cuyo conocimiento es difícil explicarse algunas anomalías de nuestro desarrollo material. Voy a pasar en revista algunos de ellos.

La vecindad argentina debe ser contada entre los factores de nuestra inferioridad económica. No es ésta una causa permanente de inferioridad. En el pasado su acción, si bien impidió el cultivo y la consiguiente transformación de nuestros suelos aptos para la ganadería, en cambio derramó alguna actividad industrial y comercial a lo largo de casi todo el territorio chileno. En un futuro lejano, hasta puede llegar a ser factor favorable. Pero, entre 1860 y 1911, ha sido esta vecindad, a la vez sangría que nos ha debilitado y árbol que nos ha hecho sombra.

Mientras el desarrollo agrícola nacional se realizó dentro de la extensión de suelo feraz fácilmente cultivable, el chileno recorrió las pampas argentinas, que en aquel entonces tenían difícil acceso al Atlántico, sólo en calidad de comerciante. Recogía los productos de ultra cordillera para entregarlos al industrial chileno, que, a su turno, los libraba a la exportación. La ganadería argentina alimentó las matanzas chilenas, que elaboraban el sebo y el charqui destinado al litoral del Pacífico.

Pero, a medida que nuestros terrenos feraces y fácilmente regables fueron incorporándose a la producción,

y la agricultura extensiva se vio en la necesidad de aprovechar suelos pobres o de difícil cultivo, el chileno se sintió más y más estimulado a radicar negocios estables en la Argentina. Su incapacidad para la minería industrial, la manufactura y el comercio, por una parte, y la ausencia de buenos suelos aún incultos, por otra, le empujaron hacia las pampas orientales, donde su audacia le daba el dominio de regiones entonces desiertas e inseguras y donde la riqueza brotaba sin otro esfuerzo que colocar toros y vacas en campos gratuitos.

Al principio estas inversiones fueron benéficas para nuestra economía. El chileno conservaba más allá de los Andes intacto su espíritu de nacionalidad, ya muy desarrollado. Las regiones andinas y sur argentinas, sin salida al Atlántico, llegaron a ser una prolongación económica y social de Chile fuera del alcance de su soberanía.

Nuestros estadistas de aquel entonces ignoraban la tendencia nacionalizadora de la agricultura y de la ganadería, tanto como los de hoy ignoran la naturaleza económico-sociológica de, la riqueza minera. No es, pues, extraño que no presintieran que todo el esfuerzo desarrollado por el brazo y el capital chileno allende los Andes debía, andando el tiempo, perderse fatalmente para Chile. Tampoco presintieron que la corriente comercial que derivaba de esa actividad, iba a encauzarse hacia direcciones que la alejarían para siempre de nosotros.

El riel unió a Mendoza y a Tucumán con Buenos Aires, y al Neuquén con Bahía Blanca. Los artículos que en otro tiempo se veían forzados a buscar salida o entrada por el Pacífico, después de atravesar nuestro territorio, quedaron definitivamente orientados al Atlántico, y poco a poco disminuyó la intensidad del tráfico comercial chileno-argentino.

Mientras por este capítulo perdíamos todas las ventajas del antiguo intercambio, el poderoso espíritu de nacionalidad que anima a la Argentina y la acción radicalizadora del suelo hacían, lenta pero constantemente, su obra. La mayor parte de los chilenos emigrados, y casi todos sus hijos, se incorporaron a la nueva patria conjuntamente con la fortuna que en ella ganaron. Se estimaba en 1905 que en el Sur de la Argentina, incluidas las gobernaciones del Neuquén y la Pampa, había 32.000 chilenos e hijos de padres chilenos nacidos en suelo argentino.

Lo que en un tiempo fue fuente de prosperidad, concluyó por tornarse sangría debilitante, evidenciando una vez más la fragilidad de las máximas económicas que no se apoyan en la sociología y en la experiencia.

Más fatal que la absorción de energía económica, consecuencia casi ineludible de la vecindad de dos países nuevos, uno de los cuales tiene factores de expansión agrícola inmensamente superiores al otro, ha sido para nuestro desarrollo la influencia argentina sobre la transformación y mejoramiento de nuestro suelo.

Los primeros españoles que se radicaron en Chile, siguieron en la extensión de sus cultivos el orden que universalmente se observa en todos los países nuevos con tierras sobradas para el poder de trabajo de sus pobladores. Principiaron por cultivar los suelos más feraces de los contornos de las ciudades, y a medida que crecían sus consumos, ensanchaban sus explotaciones a suelos más distantes o de inferior calidad.

Este proceso se realizó sin perturbaciones respecto de los cultivos agrícolas. Forzados por la necesidad, puesto que la ubicación geográfica del país y la naturaleza de las comunicaciones hacían imposible el acarreo de los cereales y de los demás productos de la agricultura propiamente dicha, los pobladores fueron aprovechando los suelos más pobres o más distantes, a medida que el con-

sumo aumentaba y se hacía insuficiente la producción de los suelos ricos y de fácil cultivo.

No pasó igual cosa respecto de los campos de ganadería.

En los primeros tiempos que siguieron al descubrimiento, limitado el consumo a las necesidades de la colonia, había exceso de producción con sólo las crías que alimentaban las praderas naturales, que no podían ser muy abundantes, atendidas las condiciones geológicas y climáticas del país; mas, cuando en la última mitad del siglo xvii la exportación de sebo y charqui al Perú dio vida a las matanzas, el ganado llegó a ser insuficiente. Los ganaderos chilenos se encontraron en la necesidad de regar y empastar nuevos campos para aumentar la producción pecuaria y subvenir a la nueva demanda. Pero, en lugar de cultivar nuevos suelos en Chile, fueron a buscar el ganado a las pampas argentinas que, a diferencia de los campos chilenos, no han menester riegos, desmontes y pastos artificiales, para alimentar el ganado. »En la segunda mitad del siglo xvii —dice Barros Arana— los explotadores del negocio de matanza comenzaron a introducir ganados de las provincias situadas al lado oriental de las cordilleras, utilizando para ello los boquetes del sur y los servicios de los indios. De esta manera, los ganados conservaron un precio sumamente bajo, hasta el punto de valer una vaca sólo un peso y medio, mientras el precio corriente de una fanega de trigo era en la misma época de dos pesos y más³⁸.

Dado el precio ínfimo del ganado argentino, no fue negocio adaptar en Chile artificialmente suelos para su producción, aunque esta adaptación era menos costosa que la que requerían los cultivos agrícolas, y la cría de ganado ocupó durante la colonia un lugar subalterno. Fue una especie de explotación complementaria destina-

³⁸ *Historia General de Chile*, t. v, p. 294.

da a aprovechar los residuos de la agricultura y de las engordas: los pastos naturales, los rastrojos y las retalas.

Como consecuencia de este hecho la actividad económica de los colonos se encauzó en la agricultura, cuyos productos, carísimos en el siglo xvii, llegaron a abundar tanto en la época de la independencia que, satisfechas las necesidades internas y abastecida la exportación al Perú, no se les podía cultivar en mayor escala por falta de mercado³⁹.

En cambio, el país no pudo desde el siglo xvii en adelante abastecer su propio consumo de ganado, porque los suelos pobres, gredosos o delgados, y en general todos los que por su falta de fertilidad o por el clima no eran adecuados para la agricultura, permanecieron incultos, aunque en ellos la ganadería puede desarrollarse en espléndidas condiciones.

Como consecuencia de la vecindad de la Argentina, cuyas pampas, excepcionalmente favorecidas por la naturaleza, producen el ganado en condiciones que excluyen toda posibilidad de competencia, regiones enteras del territorio chileno, pobres e inadecuadas para la agricultura, pero aptas para la ganadería, han permanecido hasta hoy estériles. Y si se considera que nuestra actividad ha sido hasta hace poco inepta para todo otro empleo que la agricultura, y que esa actividad estuvo repetidas veces detenida por falta de mercado para los productos agrícolas, se reconocerá que, a lo menos durante todo el siglo xviii y la primera mitad del xix, no recuperamos en otra esfera lo que la riqueza nacional perdió por este capítulo.

2

Otra causa de inferioridad económica, es nuestra posición frente a los viejos países fabriles y manufactureros.

³⁹ MANUEL DE SALAS. *Representación al Ministerio de Hacienda de España en 1796.*

Como ya se ha visto, los elementos físicos no nos permiten un amplio y vigoroso desarrollo agrícola. Tampoco podemos, sin emplazar nuestros días, confiar nuestros destinos a la minería. Como pueblo productor de materias primas, el porvenir no nos abre sus puertas. Estamos forzados, si queremos ser grandes, lo mismo que los fenicios de la antigüedad, los ingleses, suecos y otros pueblos de hoy, a explotar nuestros yacimientos de hierro, a elaborar productos propios y ajenos, y a hacer el comercio y la navegación.

Nuestros destinos nos conducen, pues, a luchar, hoy dentro de la propia casa y mañana en la concurrencia universal, con los grandes pueblos manufactureros del presente: Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, etc.

Es ésta una lucha desigual en que todas las ventajas están de parte de nuestros adversarios. Ellos tienen una población más densa, lo cual, si no constituye una condición incluíble para que un pueblo pueda entrar en la etapa fabril, es por lo menos una ventaja dentro de ella. Ellos tienen acumulados inmensos capitales; han adquirido, merced a la educación y a la práctica, aptitudes manufactureras y comerciales superiores; y todavía, ocupan la plaza, lo que por sí solo es una gran ventaja.

Tienen, pues, los viejos centros fabriles en favor suyo factores de gran entidad, a los cuales no podemos oponer otras ventajas que la energía motriz de nuestros ríos y la extensión y calidad de los yacimientos de hierro, ventajas que, muy reales y efectivas respecto de algunos, no lo son respecto de otros, tanto o más favorecidos por la naturaleza que nosotros mismos.

Dentro de la propia casa, el arancel aduanero puede y debe nivelar las condiciones de la lucha; pero, fuera de ella, estamos librados, sin defensa, a los rigores de una concurrencia excepcionalmente dura.

Las dificultades que hoy necesita vencer el pueblo que aspire a abrirse lugar en la concurrencia fabril, son ma-

yores que hace un siglo. El inmenso desarrollo alcanzado por las grandes naciones hace extremadamente difícil el camino del débil. Las comunicaciones, singularmente abundantes y rápidas, favorecen más al que ocupa la plaza que al que quiere tomarla.

Sólo un exceso de energía de parte nuestra puede darnos el éxito. Sólo estaremos seguros de llegar a la meta el día que podamos decir de nosotros mismos lo que Alfredo Marshall dijo de sus compatriotas: »Los hombres de raza anglosajona no sólo trabajan sin descanso en todas partes del mundo, sino que también hacen más obra en un año que todas las demás razas«⁴⁰.

3

Llego al tercero y último de los factores subalternos de nuestra inferioridad: la penetración industrial y comercial europea. Este fenómeno, efecto de nuestra inferioridad, como ocurre en casi todos los fenómenos sociales, obra, a su turno, como causa agravante del fenómeno que lo determinó.

Si digo que el noventa y nueve por ciento de los que entre nosotros hablan y escriben sobre ciencias sociales consideran el contacto frecuente y estrecho con Europa y con Estados Unidos como un gran factor de civilización y de prosperidad desde todos los puntos de vista, tal vez no exagero.

Al incluirlo entre los factores de inferioridad, voy, por consiguiente, contra una de las convicciones más generales y más firmemente arraigadas en la opinión. Esta circunstancia excusará que me detenga algo al ocuparme en este factor; y que, contrariamente a lo que he hecho en el curso de este estudio, no sólo señale el origen y las consecuencias del fenómeno, sino que dé, además, los fundamentos científicos de mi manera de ver.

⁴⁰ *Principles of Economics*, t. I, p. 730.

El defecto más grave de la mentalidad chilena es la tendencia al simplismo, y la consiguiente estrechez, que no le permite abarcar varias ideas a la vez, ni percibir las causas complejas que se entrecruzan, obrando en distintos sentidos.

No es, pues, extraño, que en el fenómeno que me ocupa, haya visto sólo el anverso de la medalla, o sea, el aumento inmediato de civilización y riqueza que generalmente sigue a la penetración íntima de una economía atrasada por otra considerablemente superior; ni que se admire de que haya quienes, sin ser retrógrados cerrados a todas las manifestaciones del progreso, hagan salvedades y restricciones a las ventajas del contacto con los grandes centros de civilización.

Para desentrañar las complejas reacciones que se producen entre pueblos a diverso grado de evolución, que se ponen en contacto, hay necesidad de ahondar algo en los móviles que gobiernan la aproximación de las colectividades humanas.

No son sentimientos altruistas los que determinan la aproximación. Jamás pueblo alguno se ha acercado a otro para civilizarlo o cederle voluntariamente parte de su poder o de su riqueza. Toda nación busca el contacto de las demás para acrecentar su propio bienestar, eliminándolas o subordinándolas. Se aproxima obedeciendo a las mismas leyes que presiden las relaciones de los astros en el espacio, y de las plantas, de los animales y de todos los seres sobre la superficie de la tierra; pues en el contacto de las sociedades humanas la lucha por la existencia domina con igual energía que en el resto del universo. Sólo cambian las formas de las alianzas y de los combates.

En las sociedades de tipo militar de evolución atrasada, la guerra es el procedimiento usual. En las modernas sociedades industriales, los antiguos procedimientos de

exterminio o vasallaje han tomado formas nuevas. Pero, tanto los móviles como los resultados, son los mismos.

Cuando un pueblo quiere conservar un mercado propio amenazado o adquirir uno ajeno, procura eliminar al rival, ahogándole si así le conviene y es ello posible, o disminuyendo su poder, debilitándole, a lo menos.

Cuando, por el contrario, de las economías en contacto, una es tan débil que no puede ser, todavía, un estorbo a la expansión de la poderosa —y éste es el caso de los pueblos hispanoamericanos en sus relaciones con Europa y con Estados Unidos— ésta procura subordinar a aquélla, convirtiéndola en un auxiliar de su desarrollo y su poder. El pueblo poderoso busca las simpatías y la admiración del débil; pero no para servirlo, no para crearse un futuro rival, sino para aumentar su bienestar y su poder, para hacer un satélite que facilite su crecimiento y le auxilie en la lucha con los demás pueblos.

Novicow ha observado con razón que aún las guerras más ajenas a todo provecho material, como las religiosas de otra época, han tenido por móvil la expansión y el dominio; el deseo de subordinar al extraño a la manera propia de pensar y de sentir.

Desde el momento en que dos economías se ponen en contacto, estalla un duelo. La más fuerte intenta dominar a la más débil y hacerla servir a sus necesidades y propósitos. Esta, a su turno, se defiende instintivamente; al principio, cerrándose a la penetración extraña, en seguida, imitando los métodos del invasor que logran despertar sus simpatías y sus aptitudes, y, finalmente, volviendo contra él sus propias armas.

En cuanto a las reacciones que nacen del contacto, miradas desde el punto de vista del organismo débil, son a la vez benéficas y fatales.

Su primera consecuencia es el aumento de riqueza. Las mayores aptitudes y los procedimientos muy perfeccionados, propios de las civilizaciones elevadas, cuando

se aplican a los territorios casi vírgenes de los pueblos jóvenes, movilizan fuerzas económicas perdidas para el aborigen, aumentando la actividad y la producción.

Aun cuando el pueblo superior no lo quiera, aun cuando esto sea contrario a sus propósitos e intereses, el contacto despierta y estimula el desarrollo de la capacidad industrial de la población inferior. La superioridad al irradiar y comunicarse, necesariamente, determina una influencia también benéfica para el pueblo débil.

Veamos ahora el reverso de la medalla.

La observación manifiesta que en la economía débil penetrada por otra superior se desarrolla una gran capacidad de consumo, sin el correspondiente aumento de la capacidad de producción.

La causa de este fenómeno es perfectamente conocida.

En todo orden de hechos sociales, la imitación pasiva precede a la activa. »El gusto de leer versos, de mirar cuadros, de oír música o piezas de teatros —dice Gabriel Tarde— ha llegado a todos los pueblos por imitación de un vecino, mucho tiempo antes de adquirir el gusto de versificar, de pintar, de componer tragedias u óperas»⁴¹. Del propio modo, los deseos de consumo se comunican por imitación con mucha mayor rapidez que los correspondientes deseos de producción. De aquí que el contacto de una civilización avanzada con otra inferior, enseñe a esta última a consumir antes que a producir, llevando a su desarrollo una perturbación profunda que tiene las más graves repercusiones económicas y morales.

Su penetración intensa y prolongada, destruye, también, el espíritu de nacionalidad. El pueblo dominante, para subordinar al inferior, necesita conquistar su admiración, inculcarle sus gustos y debilitar los deseos de expansión y los ensueños de poder. Si un desarrollo material excesivamente rápido, no contraría la acción des-

⁴¹ *Las leyes de la imitación*, p. 372.

nacionalizadora, despertando en el alma colectiva vértigo de grandeza, como ocurre en la Argentina, el pueblo subordinado concluye por renunciar, inconscientemente y hasta con agrado, a su propio interés en obsequio del pueblo fuerte. Le ocurre lo que al individuo sugestionado, que sacrifica su tiempo y su interés en aras de los fines de la persona que admira.

Por último, los lazos que al principio fueron vínculos de afecto concluyen fatalmente siendo dogal. En parte por el desarrollo espontáneo de las fuerzas sociales, y en parte por el estímulo que deriva del contacto con civilizaciones superiores, el pueblo débil avanza en su evolución. De la imitación pasiva intenta pasar a la activa; llega un momento en que quiere producir lo mismo que consume. El conflicto de interés estalla; y la economía superior aprovecha las posiciones que tomó mediante la penetración, para impedir que se escape el mercado, que el satélite se independice. Procura ahogar en germen la evolución hacia la fase superior, impedir el cumplimiento de los destinos que no se armonizan con sus intereses.

Viniendo al caso nuestro, no es posible desconocer las ventajas que la economía chilena ha obtenido de la penetración europea. Bajo un régimen de mayor aislamiento, nuestro desarrollo industrial y nuestra civilización en general estarían menos avanzados.

Pero son, también, hondas las perturbaciones que ha traído a nuestra evolución. De ella deriva el consumo verdaderamente enorme, atendida nuestra potencia económica, que hacemos de mercaderías suntuarias. El contacto despertó nuestro gusto adormecido por la ostentación, y, con el refinamiento, estimuló los deseos de consumo, sin desarrollar paralelamente la capacidad de producción. El valor de nuestros productos agrícolas, convertidos en salitre y en cobre por el industrial extraño, en su mayor parte, va a Europa a pagar vestidos, carruajes, joyas, muebles, viajes, etc. En lugar de aplicar-

se a cultivar nuevos campos, a crear fábricas y a rescatar nuestra minería, va a fecundar la economía de pueblos extraños. La imitación de los refinamientos, sin la imitación de la capacidad productora, viene, así, a ser un serio estorbo para nuestro desarrollo, y una sangría que, en medio de una civilización más rica y más culta, nos mantiene en mayor estrechez que nuestros padres, menos activos, pero también mucho menos refinados que nosotros.

La penetración europea es, también, la principal causa de la violenta crisis por que atraviesan el espíritu de nacionalidad y, en general, todas las fuerzas morales que constituyen el nervio de la vitalidad económica.

Nuestra voluntad está postrada. El alma nacional no siente con fuerza el deseo de la grandeza y del poder. Han disminuido la confianza y el valor en la lucha económica. Casi ha desaparecido el espíritu de sacrificio del presente en aras del porvenir. Las altas clases desdeñan sistemáticamente las producciones de la manufactura nacional, incapaz de satisfacer sus gustos educados por la industria extraña. El pueblo rechaza un impuesto de 3 centavos oro sobre el kilo del animal, establecido con el propósito de dar vida a más de cien mil kilómetros cuadrados hoy incultos, y que en espacio de cincuenta años pueden ser adaptados totalmente a la ganadería primero, y a la agricultura en seguida.

Esta decadencia del deseo del dominio y de la superioridad, para la generalidad es un fenómeno inofensivo, y para algunos, un progreso que nos aleja de los sentimientos egoístas y nos pone a cubierto de los peligros ajenos a las grandes ambiciones.

En respuesta a esa indiferencia y a este error, fruto de una confusión lamentable entre las cualidades útiles al individuo y las útiles a la nación, me limitaré a consignar el hecho de que en todo el curso de la historia no ha habido un solo pueblo que haya logrado abrirse paso sin estar

animado de un espíritu feroz de nacionalidad, ni que haya sobrevivido a su decadencia; y de que hoy mismo, con todos los cercenamientos que este espíritu ha experimentado, son Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, es decir, los tres pueblos animados de un sentimiento más intenso de la nacionalidad, los que van dominando la civilización contemporánea.

Finalmente, la penetración nos obliga, para sentar plaza en la concurrencia fabril, a librar una batalla más que las que tuvieron que afrontar, para dar igual paso, las naciones europeas. Eliminados por ellas del comercio, de la navegación y, en gran parte, de la minería, necesitamos desalojar de la propia casa la competencia extraña. Nuestra manufactura necesita luchar para nacer; y esto es un obstáculo serio que nos obstruye el camino, porque la industria, lo mismo que las plantas, es extremadamente débil y sensible a todos los rigores durante los primeros pasos.

La intensidad del contacto con economías considerablemente más avanzadas, benéfico en otra época desde el punto de vista del desarrollo de la riqueza, constituye en la hora actual su más serio estorbo. Colocados por la naturaleza en la necesidad ineludible de ser pueblo manufacturero y comerciante, la realización de nuestros destinos tropieza con los hábitos de consumos improductivos, con el debilitamiento de las fuerzas morales y con la competencia dentro de la propia casa, originados por él. No es, pues, una paradoja, como a primera vista parece, contarle entre los factores de nuestra inferioridad.

**Esquema de la evolución económica de Chile
entre 1810 y 1875⁴²**

Están ya reunidos los datos que permiten señalar el origen de las diversas manifestaciones patológicas de que hice caudal en el capítulo primero. Están, también, acumulados los antecedentes necesarios para poder apreciar la verdadera naturaleza del estado sociológico que ellas caracterizan, e inferir su trascendencia sobre el futuro desarrollo de nuestro país.

Para hacer la síntesis, bastaría agrupar estos datos en relación de causa a efecto.

Sin embargo, en mi anhelo de fijar mejor las ideas, voy a coordinar previamente los hechos en el tiempo, haciendo un ligero bosquejo del desarrollo económico de la República, acentuando las modificaciones producidas en los factores de nuestra evolución material y los efectos que han sido su consecuencia.

Entre 1810 y 1875, la expansión agrícola chilena se realiza, lo mismo que durante la Colonia, casi exclusivamente, sobre los 6.000 km² de suelos feraces que encierra nuestro territorio, ubicados en el valle central, sobre todo desde Chillán al norte, y en los valles transversales formados por los ríos del norte y del centro.

Como consecuencia de la internación de ganado a precio ínfimo desde la Argentina, el desarrollo se canaliza con gran fuerza en el aprovechamiento de los suelos aptos para los cultivos agrícolas y para el cebamiento o engorda de animales. La adaptación artificial de suelos inadecuados para la agricultura propiamente dicha, con el propósito de establecer crianzas de ganados, es muy limitada.

⁴²Le he denominado esquema, forzando algo la palabra, por cuanto mi propósito al hacer este bosquejo, es representar el conjunto complejo de procesos que constituyen nuestra evolución material, por medio de un corto número de hechos y fenómenos fundamentales que lo reflejan.

La minería explota los yacimientos de plata, cobre y oro de ley rica, con fácil acceso a las vías de comunicación, que requieren poco capital y poco arte industrial.

El desarrollo de la manufactura y de la industria es nulo. Uno que otro molino de propiedad de nacionales o de extranjeros residentes en el país, se encuentra en la región central, vecinos a los ríos navegables por lanchas. La cara y escasa producción industrial de la Colonia languidece y muere a medida que aumentan las comunicaciones con Europa.

El comercio exterior está en manos de unas pocas casas extranjeras que tienen sucursales en Valparaíso. El nacional toma en él una participación irregular, que se hace muy sensible en la época de los descubrimientos de California y de Australia, que revolucionaron transitoriamente la economía comercial del Pacífico.

En cambio, el comercio interior está en manos de nacionales; pero hay que advertir que durante todo el período no cesa de avanzar el proceso de desplazamiento del comerciante chileno.

Nuestras exportaciones son principalmente minerales: plata, cobre y oro. Los productos de la agricultura siguen a los de la minería a corta distancia. Exportamos trigo, harina y algunos productos de la chacarería a lo largo de la costa del Pacífico, a Europa, al Plata, a Río y, ocasionalmente, a Australia.

El contacto con Europa es escaso. Las comunicaciones son difícil y tardías. Pero paulatinamente se hacen más frecuentes, y hacia el fin del período el contacto es ya intenso.

La capacidad productora del chileno es menor que hoy; mas sus consumos no son menores, sino infinitamente menores. El aislamiento, la falta de contacto con civilizaciones ricas y refinadas mantiene adormecida la afición al lujo y a la ostentación. La vida es sencilla y barata.

A pesar de la pobreza franciscana del erario público y de la modestia de la fortuna privada, hay relativa holgura particular⁴³, existe equilibrio entre la producción y los consumos; entre los deseos y los medios de satisfacerlos. Al extranjero se le debe poco por el Estado y por los ciudadanos.

El país se desarrolla con rapidez pasmosa. Entre 1843 y 1875, no obstante dos revoluciones y la ausencia de vías de comunicación, la población duplica. El porcentaje de su crecimiento es entre el mismo año 1843 y el de 1865, doble del actual⁴⁴. Y este aumento es fruto del solo crecimiento vegetativo.

La evolución moral del pueblo chileno, especialmente de sus capas superiores, adquiere proporciones vertiginosas. La moralidad se eleva en una forma desconocida en la historia de los pueblos.

Chile llega a ser, a pesar de su aislamiento, la primera de las naciones hispanoamericanas, después de haber sido la más pobre y la más atrasada de las colonias.

⁴³Casi todos nuestros escritores, que han hecho la historia de algunos períodos o de alguna de las fases de nuestro desarrollo económico, han incurrido en un error grave. Juzgan del desahogo de la población y de la fortuna privada por los datos recogidos en los momentos de crisis, únicos que logran herir su espíritu de observación poco desenvuelto. En esos momentos se produce en la colectividad una sugestión de pánico que se refleja siempre en una literatura económica exagerada y falsa. Así se ha formado sobre nuestra antigua pobreza privada una tradición incompatible con el vigor y rapidez de nuestro desarrollo. Un conocimiento detenido de esa literatura, de la cual he llegado a reunir una colección curiosa, me permiten poner en guardia respecto de sus tendencias y de su veracidad, a los que aspiren a ahondar en el estudio de nuestro desarrollo económico.

⁴⁴2,61% entre 1843 y 1854, y 2,15% entre 1854 y 1865. Entre 1865 y 1875, se produjo el descenso en la celeridad del crecimiento, para no reaccionar, sino por factores anormales, como la incorporación a nuestra soberanía de varias provincias extranjeras.

**Modificaciones
en los factores económicos**

1

Entre 1865 y 1885 se producen grandes mudanzas en las condiciones dentro de las cuales se venía realizando el desarrollo económico del país.

Hacia 1865 están ya incorporados al cultivo extensivo casi todos los terrenos que forman los 6.000 km² más fértiles del área regada. La expansión agrícola principia a encauzarse dentro del mejor aprovechamiento de los suelos ya cultivados, y sólo muy lentamente continúa extendiéndose sobre terrenos cada vez más pobres en el sur y de más difícil y costoso regadío en el centro.

Algo parecido tiene lugar en la actividad minera.

Las minas ricas y de fácil trabajo se agotan. Paulatinamente el minero chileno empieza a verse ante yacimientos de cobre y de salitre cuya explotación exige capitales cuantiosos, competencia técnica y administrativa y perseverancia.

Estos cambios en los factores materiales de la producción son trascendentales. Por una parte, las nuevas condiciones exigen en el desarrollo agrícola y minero mayores aptitudes en la población. Por otra, el esfuerzo del individuo, al aplicarse a suelos menos fértiles y a minas menos ricas, tiene necesariamente que dar menor rendimiento económico.

2

En la economía mundial se verifican, también, hacia esta misma época, mudanzas llamadas a repercutir hondamente en nuestra propia economía.

La apertura del canal de Suez y el creciente desarrollo

de la navegación a vapor alteraron la ruta y las condiciones del tráfico entre Europa y pueblos de otros continentes.

El riel se interna en la India, al propio tiempo que las obras de regadío se extienden con gran rapidez. Este país, que en 1873 sólo exportó 197.900 quintales métricos de trigo, cinco años más tarde, enviaba a Europa 3.186.500; y en 1886 producía 91.031.134 hectolitros, y exportaba 11.131.674.

Contra todas las previsiones, pasaba, pues, a ser uno de los graneros de Europa.

Por su parte, los Estados Unidos, cuya producción había sido en 1870, de 83.125.768 hectolitros, merced al aumento de sus líneas férreas en 1879, cosechaban 161.920.578.

Las mismas causas convirtieron, sucesivamente, al Canadá, a Rusia y a Australia en países exportadores de cereales.

La propia República Argentina, antes consumidora de los trigos y de las harinas de Chile, rebasa sus necesidades y principia a enviar a Europa el sobrante de su producción. La exportación de trigo, limitada a 17.050 quintales métricos en 1882, en 1893, alcanzaba a 10.081.370 quintales métricos⁴⁵.

El advenimiento de estos nuevos países a la concurrencia universal, que los progresos en las comunicaciones, especialmente la penetración del riel en las regiones mediterráneas, hicieron posible, determinó, a partir de 1873, un descenso en el precio de los cereales que en 1896, esto es veinte y tres años más tarde, llegó hasta reducirse justamente a la mitad⁴⁶.

⁴⁵F. LATZINA, *La Argentina*, etc., p. 42.

⁴⁶El índice de SUAERBECK marcó 106 en 1873 y 56 en 1896 para los productos de la agricultura, oscilación mucho más violenta que el descenso general de los precios que se realizó en este período, como consecuencias de causas más generales.

Paralelamente al descenso de los precios de los productos de la agricultura, y a la creciente pobreza y al aumento de las dificultades que presentan para el cultivo los suelos en que se verifica su expansión agrícola, Chile pierde el lugar que ocupaba como país exportador de cereales. Este renglón de la estadística comercial, que paulatinamente había subido hasta 15.859.000 pesos de 44 5/8 peniques, en 1873, descendió con rapidez. En 1881 llegó sólo a \$ 9.967.000 de 30 15/16 de peniques, y poco después se compensó con las importaciones⁴⁷.

3

La incorporación a la soberanía chilena de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, constituye el último de los grandes cambios que durante este período, se operaron en los factores de nuestro desarrollo económico.

El contacto comercial con estas provincias no fue para nuestra economía una novedad. Desde antiguo, el Perú y el litoral de Bolivia eran mercados de nuestras exportaciones de productos agrícolas.

La trascendencia económica de este suceso deriva del rápido desarrollo que bajo nuestra soberanía, tomó la industria del salitre, en Tarapacá primero, y en Antofagasta después.

He aquí un cuadro de la producción de salitre en los treinta y dos años corridos entre 1879 y 1910:

1879	594.441	1885	4.359.880
1880	2.239.740	1886	4.510.300
1881	3.559.940	1887	7.727.700
1882	4.922.460	1888	7.673.720
1883	5.897.200	1889	9.513.720
1884	5.589.920	1890	10.751.580

⁴⁷Deducido el valor de los productos de la agricultura que Chile ha internado durante los últimos 20 años para su consumo, el valor de sus exportaciones agrícolas es insignificante.

1891	8.619.940	1901	12.737.998
1892	8.039.880	1902	14.004.075
1893	9.695.123	1903	14.449.200
1894	11.030.332	1904	14.875.976
1895	12.604.460	1905	16.698.064
1896	11.580.883	1906	18.221.439
1897	11.486.598	1907	18.460.358
1898	12.835.634	1908	19.709.743
1899	13.898.225	1909	21.015.125
1900	14.600.995	1910	23.595.983

La nueva industria se radicó, casi totalmente, en manos de extranjeros domiciliados en Londres. Las utilidades, sobre todo las de las oficinas de Tarapacá, han salido del país, sin dejar en él huellas sensibles.

Sin embargo, su desarrollo derramó sobre la economía nacional entera extraordinaria intensidad de vida. Su influencia se reflejó en las importaciones, en los consumos, en la producción, en la economía de las exportaciones, y lo que es más trascendental, modificó los rumbos de nuestra expansión material.

De aquí que el desarrollo de la industria del salitre deba ser contado entre los tres grandes cambios verificados en los factores económicos de nuestra evolución.

Más adelante, al hablar de las consecuencias de estos cambios, tendré oportunidad de señalar el sentido de su influencia.

Capítulo ix
Cambios en las
condiciones sociológicas

1

Con la adquisición de Tarapacá se inicia para el Fisco chileno un período de desahogo. El impuesto al salitre, cuyo rendimiento aumenta paralelamente al mayor consumo de este abono, le permite subvenir a las crecientes exigencias de la administración pública impuestas por el desarrollo del país, sin necesidad de elevar las contribuciones existentes ni de crear otras nuevas.

De este cambio en la situación financiera fiscal ha tomado pie una teoría, aceptada hasta hoy sin contradicción por la unanimidad de nuestros intelectuales, que explica por el desequilibrio entre la riqueza fiscal y la fortuna privada, las perturbaciones morales que el alma chilena ha experimentado en los últimos años.

No es difícil señalar el origen de este exagerado concepto sobre la influencia que el impuesto al salitre ha ejercido en nuestra crisis moral.

Desde mediados del siglo XIX, la disolución política, financiera y social en que el Perú había vivido desde antiguo, encontró en los recursos que suministraba el guano al Erario público, campo propicio a su desarrollo.

Lo que se ha llamado la orgía financiera y moral de aquel país, no son sino manifestaciones, aparentes para el vulgo de una enfermedad antigua, resultado de un complejo tejido de influencias, cuyo origen remonta a las condiciones en que se desenvolvió la vida colonial en el antiguo virreinato. Pero esas causas, hoy fáciles de señalar merced a los avances de la sociología y de la psicología colectiva, en 1880 eran tan inaccesibles para la observación superficial de los contados extranjeros que estu-

diaron las sociedades hispanoamericanas, como para la mentalidad simplista de las jóvenes repúblicas.

El guano coincidió con la época de mayor disolución en el Perú; luego el guano fue la causa de la disolución: tal era la idea dominante en América sobre el origen de la desmoralización peruana al adquirir Chile las provincias de Tarapacá y Antofagasta, que debían darle el monopolio del salitre y crearle una fuente de recursos, bajo algunos respetos, análoga a la que el guano había procurado al país vencido.

Dada la existencia de este prejuicio, no es extraño que desde el momento mismo en que Chile adquirió la nueva riqueza asomara en muchos el temor de que ella pudiera ser la tumba de nuestras virtudes públicas y privadas, por aquello de que las mismas causas pueden surtir los mismos efectos.

Aun antes que se hicieran aparentes las manifestaciones de nuestra crisis moral, flotaba, pues, en la atmósfera la idea de que el salitre iba a causar en Chile los trastornos que el guano en el Perú. En las Cámaras, en la prensa y en el folleto, se hacían frecuentes alusiones a siniestros vaticinios que se ponían en boca de eminentes estadistas o de extranjeros distinguidos.

Entre estas profecías, más o menos antojadizamente forjadas sobre algún ligero fondo de verdad por la inquietud o desconfianza sobre los destinos del país que dominaba ya en la conciencia nacional, es célebre la de Sir Horace Rumbold.

En la memoria que al término de su misión el distinguido diplomático presentó a su Gobierno sobre el estado social, económico y político de Chile, resumió su opinión en las siguientes palabras: »Las páginas que preceden habrían sido escritas inútilmente si no diesen al lector la idea de una nación sobria, práctica, laboriosa, bien ordenada, gobernada prudentemente y formando un gran contraste con los otros estados del mismo

origen, y de instituciones semejantes que se extienden en el continente americano. Chile debe los beneficios de que goza a las tradiciones implantadas en su administración por los fundadores de la República; a la parte preponderante que la clase educadora y acomodada ha tomado en la dirección de los negocios públicos; a la feliz extinción del militarismo; al cultivo esmerado de los instintos conservadores innatos en él; a la ausencia casi completa de esas fuentes accidentales de riqueza que la Providencia ha prodigado tan abundantemente en las naciones vecinas; a la necesidad, por consiguiente, de recurrir a un gran trabajo, rápidamente recompensado por un suelo generoso; a la constancia paciente y a la aptitud para el trabajo de su población; y sobre todo esto, quizás, a la negligencia de sus antiguos señores, que lo obligó, cuando hubo sacudido el yugo, a crearlo todo por sí mismo, apelando a los esfuerzos excepcionales de la nación. Todo esto puede resumirse en dos palabras: trabajo y cordura⁴⁸.

En este bosquejo del pueblo chileno y de los factores que lo diferenciaron de los demás pueblos hispanoamericanos, en el cual —dicho sea de paso— hay mucho de exacto y mucho de contestable, se hace una alusión accidental a los millones del guano, dentro de las ideas de aquel entonces causa de la perdición del Perú. De las numerosas influencias que Rumbold pasa en revista, la que más se grabó en nuestros políticos y escritores, fue esta alusión que concidía con sus temores; y simplificando el juicio del diplomático inglés hasta la caricatura, concluyeron por hacerle decir que Chile fue honrado, práctico y laborioso, porque fue pobre.

Cuando algunos años más tarde las manifestaciones de la crisis moral principiaron a hacerse percepti-

⁴⁸Estos conceptos del señor RUMBOLD han sido varias veces reproducidos, entre otros, por don FRANCISCO VALDÉS VERGARA, en su estudio sobre *La situación económica y financiera de Chile*, 1894.

bles para el vulgo, estos temores pasaron a la categoría de predicciones clarividentes, que se cumplían, robusteciendo la convicción de que los millones del salitre nos han extraviado como los millones del guano extraviaron al Perú.

De esta suerte, el convencimiento de que las hondas desviaciones morales que el alma nacional experimentó durante el último tercio del siglo XIX derivan únicamente de la riqueza salitral, ha llegado a ser lo mismo que en otra época la decantada riqueza agrícola de nuestro territorio, uno de aquellos axiomas que no se discuten, una de aquellas verdades evidentes que se aceptan a ojos cerrados.

No es extraño que los pocos escritores que han estudiado nuestro desarrollo social no hayan reparado en las graves alteraciones, en los ideales de la vida, producidos con algunos años de anterioridad a la guerra del Pacífico. Se concibe que los propios temores de la conciencia chilena delante del salitre, que la falta de fe en sí misma que ellos revelan, manifestaciones eminentemente patológicas para todo psicólogo, nada les hayan sugerido. Se explica sin dificultad el hecho de que los síntomas precursores de la tormenta hayan quedado inadvertidos, porque las observaciones psico-sociológicas requieren una facultad de intro-inspección muy desenvuelta y su interpretación una prolongada familiaridad con este género de estudios, condiciones ambas que no se reúnen ni pueden reunirse con facilidad en los pueblos jóvenes.

Bastante más difícil es explicarse cómo ha podido pasar desapercibida la incongruencia entre la naturaleza de los fenómenos que constituyen nuestra crisis moral y la naturaleza del hecho económico que se supone ser su causa. Se comprende que un impuesto percibido en una forma que no sólo no duele a la gran masa de la nación, sino que, todavía, aleja de las clases dirigentes

hasta la más remota idea de gravamen, como ocurre con el que pesa sobre la exportación del salitre, sea un estímulo a la prodigalidad fiscal y un incentivo para el desarrollo de la empleomanía. Pero no se comprende, por mucho que se sutilice, cómo puede el desahogo del fisco destruir el sentimiento de la nacionalidad, tornar derrochador a un pueblo que fue económico; y lo que es aún más trascendental, alterar ideales de la vida que nada tienen que ver con la economía fiscal.

Se ha intentado explicar esta falta de concordancia, por las repercusiones que todo cambio en un rasgo del alma nacional ejerce necesariamente sobre el conjunto de ideas y de sentimientos que la constituyen. Así, el despilfarro fiscal habría quebrantado el sentimiento de la nacionalidad, disminuyendo la fe en el porvenir; el bienestar que derrama la prodigalidad fiscal habría desarrollado en el pueblo una extraordinaria capacidad de consumo, y con esto y con el contagio directo, habría tornado pródiga a una población que fue económica.

Esta explicación, que repetidas veces ha sido prohiada por personas que tienen gran ascendiente intelectual en el país, revela —empleando las palabras más benévolas— un atolondramiento y una superficialidad inexcusables tratándose del problema más hondo y trascendental de cuantos afectan a nuestro porvenir.

Para modificar los hábitos y tendencias del alma colectiva, todo factor necesita accionar en un mismo sentido durante largo tiempo. Todo cambio ha sido precedido invariablemente de un trabajo psicológico silencioso y lento, desarrollado con mucha anterioridad a sus manifestaciones aparentes. Lo propio ocurre en las reacciones. Para que la alteración de un hábito y aún de un rasgo del carácter repercuta sobre otros, es menester que medie la influencia prolongada durante algún tiempo.

Ahora bien, entre los que han escrito sobre nuestra crisis moral y sus graves repercusiones de carácter económico ¿ha habido quien se haya tomado el trabajo de concordar en el tiempo el advenimiento de la riqueza salitrera con las acciones y reacciones sobre el alma nacional que se le atribuyen? No lo creo, porque esta sencilla concordancia habría despertado las sospechas, aún de personas enteramente ajenas a los estudios psicológicos. La metamorfosis súbita de un pueblo, hoy sobrio, laborioso, ordenado y sano, que mañana despierta derrochador, desmoralizado y herido hasta en el más vital de sus instintos, el de la nacionalidad, no repugna menos al buen sentido de todo escritor sensato que al criterio del sociólogo, familiarizado con los fenómenos de esta índole. En mi concepto, ha habido más que ignorancia distracción intelectual en nuestros aficionados a estudios sociales. Repitieron sin examen lo que la opinión pública venía repitiendo, también sin examen, desde tiempo atrás.

Es fácil demostrar que todos los cambios en las ideas y sentimientos de la colectividad, de que derivan las perturbaciones morales que hoy nos alarman, estaban producidos con bastante anterioridad a la guerra del Pacífico; también es fácil constatar que la mayor parte de los hábitos y tradiciones que creemos haber perdido después de 1891, estaban ya profundamente debilitados entre los años 1885 y 1888: pero en mi deseo de no ahondar demasiado en el estudio de nuestra crisis moral que, dentro de los propósitos de este trabajo sólo figura como uno de los factores que explican ciertas peculiaridades de nuestro desarrollo material, quiero dar de barato que sólo en 1894 se hayan hecho aparentes sus manifestaciones⁴⁹.

⁴⁹En esta fecha el señor FRANCISCO VALDÉS VERGARA constató casi todas las manifestaciones de nuestra crisis moral, y formuló los más pesimistas vaticinios para el futuro del país. (Estudio ya citado).

El año 1886 marca el punto de partida del aumento del presupuesto, y por consiguiente, del pretendido desequilibrio entre la riqueza fiscal y la fortuna privada. Las entradas, que venían mermando desde 1883, aumentan anormalmente en veintiún millones de pesos, en números redondos. Los gastos suben, por su parte, en catorce millones, también en números redondos.

Esta elevación de las entradas y de las salidas sólo en pequeña parte proviene del salitre, pues la exportación de esta sal no excedió de \$4.527.782 y el rendimiento del impuesto que la grava de 7.244.451 de 38 d.⁵⁰. Quiero, sin embargo, conceder.—lo que dista mucho de ser efectivo— que ya en 1886 la riqueza de Tarapacá alimentara a un fisco rico en un país pobre.

Pues bien, entre 1886 y 1894 corren sólo ocho años; y ¿hay quien crea que, sin mediar otras causas, el desahogo fiscal puede en este lapso destruir las tradiciones y los hábitos de un pueblo moralmente sano? ¿Cabe cuerdamente suponer la posibilidad de que esas pérdidas puedan repercutir sobre el alma nacional, alterando sus ideas y sentimientos?

Si no es fácil explicarse cómo ha pasado inadvertida para los escritores que han estudiado nuestro desenvolvimiento económico y social la ausencia material del tiempo indispensable para que las acciones y reacciones que se suponen derivar de la riqueza salitrera hubieran podido desarrollarse, su desidia para constatar la propia efectividad de los trastornos que el salitre

En el Congreso, en la prensa y en el folleto, se encuentran en gran abundancia observaciones que corroboran lo dicho por el señor VALDÉS.

⁵⁰El aumento anormal de las entradas proviene del ingreso de la mayor parte del empréstito anglo-chileno. Durante el ejercicio financiero de 1886 la cantidad ingresada por este capítulo fue de \$ 23.403.480.

causó en la economía fiscal, es sencillamente incomprensible⁵¹.

Como ha podido verse en el cuadro inserto en el párrafo precedente, el incremento de la producción salitrea ha sido paulatino. La exportación y, por consiguiente, la renta fiscal, han guardado paralelismo con la producción.

No ha habido, en consecuencia, un cambio brusco en la economía fiscal, ni en sus relaciones con la fortuna privada. El advenimiento de una riqueza eventual que todo lo trastornó, es sencillamente un mito inventado para explicar fenómenos, cuyo origen muy anterior a la guerra del Pacífico, inaccesible para los políticos, es, sin embargo, de una sencillez extrema para toda persona que posea algún bagaje sociológico.

Para demostrar este aserto voy a exhibir uno solo de los numerosos cuadros demostrativos que reservo para un estudio posterior sobre la crisis moral de Chile.

He aquí un cuadro de las entradas del fisco chileno entre 1875 y 1894, fecha esta última —lo repito una vez más— en que las perturbaciones morales alcanzaron una notoriedad acaso mayor que hoy:

⁵¹La explicación es fácil para los que sabemos cómo se hacen en Chile los estudios sociales y económicos. Jamás se estudian los hechos para inducir. Cuando el autor no se limita a simples desarrollos ideológicos, que carecen de todo valor, parte de algunos postulados, hijos de sus prejuicios o sugeridos por las pasiones que brotan en los momentos de trastornos económicos; y acude a los hechos, no para interrogarlos, sino para acumular todo lo que haga verosímil su tesis preconcebida.

Mientras nuestros jóvenes no se habitúen a los métodos modernos, cuyo A. B. C. estriba en partir siempre de los hechos y en respetarlos aunque no concuerden con las ideas preconcebidas del investigador, la historia de nuestro desarrollo económico y social continuará siendo lo que es hoy: un tejido de prejuicios reñidos con la ciencia y con el sentido común.

1875 . . .	21.092.683
1876 . . .	19.102.971
1877 . . .	18.729.130
1878 . . .	18.095.786
1879 . . .	28.096.621
1880 . . .	44.410.417
1881 . . .	44.433.352
1882 . . .	42.685.341
1883 . . .	47.810.308
1884 . . .	39.199.236

1885 . . .	39.585.052
1886 . . .	60.701.329
1887 . . .	68.279.683
1888 . . .	52.923.667
1889 . . .	62.453.226
1890 . . .	59.064.892
1891 . . .	104.950.576
1892 . . .	80.626.149
1893 . . .	80.575.548
1894 . . .	86.420.611

Se observan en el cuadro precedente varios aumentos anormales en las entradas fiscales; pero todos son ajenos a la renta del salitre. Así, los aumentos de 1879, 1880 y 1891, provienen de las emisiones de papel moneda lanzadas durante la guerra del Perú y durante la revolución de 1891; las elevaciones anormales de 1886 y 1887 reflejan, como ya se ha dicho antes, el ingreso del empréstito anglo-chileno. Absolutamente ninguna de las irregularidades —lo repito— reconoce como causa determinante el rendimiento del impuesto al salitre.

Ahora, examinando de veinte en veinte años el crecimiento de las entradas fiscales, tenemos⁵²:

Año	Entrada	Tipo de cambio
1817	1.939.000	
1834	2.235.853	45 3/4
1854	6.208.510	45
1874	15.661.724	44 3/8
1894 ⁵³	28.376.556	45

⁵² Hemos tomado la serie 1834-54-74-94, porque en ella no hay perturbaciones producidas por el ingreso del producto de empréstitos o por emisiones de papel moneda. Si en lugar de tomar los años terminales, se toma el promedio de cada serie, la perspectiva no cambia.

⁵³ Las entradas fueron en 1894 de 69.317.337 pesos papel, con poder de cambio de 12 8/16 peniques, y 17.103.274 pesos oro de 24 peniques. Para poder hacer comparaciones legítimas los reduje a pesos de 45 peniques.

Como se ve, el crecimiento de las entradas fiscales, lejos de acelerarse, se modera: entre 1834 y 1854 triplican; entre 1854 y 1894, no alcanza a doblar⁵⁴. Guarda paralelismo completo con el desarrollo general del país, que como se ha hecho notar en otra parte, en lugar de acelerarse, se ha hecho más lento.

De las cifras que acabo de exhibir se desprende:

Que los derechos percibidos por el Fisco sobre la exportación de salitre y yodo han aumentado lentamente, sin que en ningún momento hayan llevado a la economía fiscal trastornos o cambios bruscos.

Que sus únicas consecuencias han sido liberar a la agricultura y a las demás industrias, del aumento progresivo de las contribuciones que el desarrollo social y la extensión y el perfeccionamiento de la administración pública hacían ineludibles.

Que, por consiguiente, lejos de influir en el sentido de crear un Fisco rico en un país pobre —como se repite diariamente— han obrado más en el sentido de desarrollar la riqueza privada que en el de acrecentar las rentas fiscales.

Si el chileno rehúye hoy las solicitudes de la actividad económica y se orienta hacia los empleos públicos, la causa debe buscarse en otra parte. El salitre, lejos de empujarlo hacia los destinos públicos, abrió a su actividad productora horizontes de que antes carecía, liberando a las industrias del aumento en las contribuciones y creándoles en el extremo norte del país un gran mercado de consumo, defendido de la competencia por el arancel aduanero.

Si de sobrios nos hemos tornado derrochadores; si hemos perdido las tradiciones políticas y los hábitos administrativos que mecieron la cuna de la República,

⁵⁴El enorme aumento aparente proviene del descenso en el poder de cambio de la moneda, el cual de 45 peniques y más se redujo a 18, a 11 y, ocasionalmente, a menos aun.

no es porque nuestras virtudes fueran tan frágiles y el poder corruptor del salitre tan grande como para operar mudanzas tan súbitas que más semejan cuentos de »Las mil y una noches« que modificaciones sociológicas.

La verdad es que algunas de las virtudes que nos atribuimos en el pasado jamás las tuvimos, y que las perturbaciones morales que realmente hemos experimentado, son la consecuencia ineludible de cambios en los rasgos del alma nacional producidos con mucha anterioridad a la guerra del Pacífico y al salitre.

Las grandes causas de esos cambios son las modificaciones en las condiciones sociológicas de que habré de hacer caudal en los dos números siguientes: la educación y el contacto más intenso con Europa. La educación en cuanto omitiendo ennoblecer el ideal económico, dar la educación moral, la del carácter y en general la de todas las aptitudes que emplea el hombre de negocios y la enseñanza técnica, hizo al chileno inepto para la actividad económica, y acrecentó el desprecio por el trabajo manual, por el comercio y por la manufactura que, como ocurre en todos los pueblos mal evolucionados, aún circulaba por nuestras venas. La propia educación y el contacto intenso con Europa, en cuanto estimulando la extraordinaria capacidad de imitación pasiva de todo pueblo atrasado, nos refinaron violentamente, despertando grandes deseos de consumos, sin darnos los correspondientes deseos y capacidades de producción, y rebajaron la moralidad en la misma medida en que desequilibraron el alma nacional.

2

En Chile, lo mismo que en las demás repúblicas hispanoamericanas, el deseo de imitar a los países europeos y de nivelarse con ellos germinó junto con la idea de la

independencia, o para hablar con más exactitud, fue uno de los móviles de la emancipación. Entre los elementos directivos se produjo desde los albores de la República dualidad de criterio en cuanto al camino que convenía seguir para llegar a la meta. La juventud ardorosa e irreflexiva, que no se resignaba a la evolución lenta y gradual; y algunos ideólogos como Infante y Lastarria, reacios a la observación, con una ingenuidad que no excusan los tiempos, creían que el simple advenimiento de la libertad, la copia de determinadas instituciones y la difusión de la enseñanza, borrarían en corto plazo los abismos que mediaban entre las jóvenes nacionalidades derivadas de España y las viejas civilizaciones europeas. Los espíritus observadores como Portales, Montt y Varas, en quienes el apego a los hechos, el sentido innato de la realidad, constituía una especie de instinto científico, fiaban menos en las mágicas virtudes civilizadoras que la filosofía de la época atribuía a la libertad y a las instituciones, y no aceptaban, sin beneficio de inventario, las excelencias de la enseñanza. Anticipándose en medio siglo a la sociología, comprendían que lo esencial era modificar paulatinamente las ideas y sentimientos de la colectividad, estimulando un desarrollo uniforme de las fuerzas materiales, morales e intelectuales. Pero unos y otros perseguían un mismo ideal: la nivelación con las civilizaciones europeas.

Se engañaría, sin embargo, mucho quien, juzgando por este deseo de nuestros dirigentes, creyera que la influencia de la civilización europea pesó con fuerza sobre el alma chilena desde la independencia.

La sugestión producida por el contacto intelectual, por la fuerza de las cosas, quedó al principio limitada a los políticos y a los escritores; al deseo de copiar las instituciones y la literatura. Sólo mucho más tarde,

por una larga serie de acciones y reacciones alcanzó al temperamento y al carácter de la raza.

En cuanto al contacto social propiamente dicho, fue en el primer tiempo poco frecuente y poco íntimo. No obstante la proximidad y el fácil acceso al mar de todo el territorio chileno, la distancia y los medios de que en aquella época disponía la navegación nos mantuvieron en relativo aislamiento.

El alma nacional continuó por cerca de medio siglo su desenvolvimiento espontáneo. Las ideas y pasiones heredadas de las razas progenitoras y los hábitos adquiridos durante tres siglos de vida común, sometida a los mismos medios y a la misma historia, continuaron regulando la vida privada e informando en lo sustancial la actividad cívica.

Este orden de cosas sufrió una modificación trascendental durante la segunda mitad del siglo pasado. Los mismos agentes que hasta entonces habían mantenido entre nuestra civilización y la europea un contacto débil y de escasa importancia sociológica, sirvieron de vehículo a un contacto intenso, que marca el advenimiento de un nuevo factor destinado a influir pesadamente en nuestra evolución.

El primero de estos agentes es el extranjero que afluye a nuestro país. Viene como jefe o como empleado de empresas comerciales, y en menor número, de empresas mineras. El bracero, sobre llegar en corta cantidad, después de algunos meses se hace comerciante o trasmona los Andes.

La esfera de acción del industrial extranjero, cuarenta años antes limitada a una que otra casa comercial mayorista, en el último tercio del siglo XIX abarca ya todo el campo de la actividad comercial, fabril y minera.

Durante la primera mitad del siglo pasado el organismo social absorbió con relativo vigor estos elemen-

tos extraños que aisladamente se ponían en contacto con él; pero a medida que aumenta su número y que se canaliza su actividad en la minería y en el comercio, la absorción se debilita hasta llegar casi a desaparecer en las postrimerías del siglo.

La influencia económica del industrial y del comerciante extranjero, aquí, como en todos los pueblos atrasados y de desarrollo débil, se tradujo en los fenómenos ya conocidos de estímulo a la actividad productora y de desplazamiento del nacional. Su influencia sociológica aportó un valioso contingente al fenómeno de la subordinación de nuestra sociedad a las civilizaciones europeas, como habrá de verse un poco más adelante.

Paralelamente al crecimiento del predominio minero y comercial del extranjero no absorbido, la influencia del pensamiento europeo, limitada al principio, como se ha dicho, a un corto número de espíritus escogidos, se extiende a la sociedad entera. El libro extranjero, sobre todo el de origen francés, constituye el único alimento intelectual. Nutre al maestro; guía los primeros destellos de la inteligencia del niño; llena las horas de ocio del adulto, e informa hasta en sus menores detalles la obra del político, del literato y del periodista.

Al calor de esta influencia nació una actividad intelectual que recuerda a la precursora del Renacimiento. Los chilenos de la segunda mitad del siglo xix imitan la producción intelectual europea con el mismo esfuerzo penoso, con la misma inhabilidad que los precursores italianos y franceses de los siglos xiv y xv, las obras de la antigüedad greco-romana. Nuestra mentalidad, sin fuerzas y sin valor para adueñarse de los métodos científicos y de los procedimientos artísticos y literarios para hacer obra propia, se limita a repetir lo que otros pensaron y sintieron. Cierra asustada los ojos delante de la percepción directa de la realidad.

No concibe la verdad y la belleza sino revestidas de la expresión o forma que les dio el pensamiento extraño. La palabra de toda eminencia europea llega a ser verdad de fe que se acepta sin examen. El aficionado a estudios sociales se explica ideológicamente los fenómenos con arreglo a tesis preconcebidas formadas en la lectura servil del autor A o B. El político copia, sin consideración ni al estado social ni a las peculiaridades nacionales, todo cuanto lee en los programas de los partidos o en los discursos de los estadistas extranjeros. Si se exceptúan los *Recuerdos del pasado*, obra en que se vacía el alma de nuestra raza a mediados del siglo XIX, y uno que otro trabajo de menor aliento, nuestra producción literaria sólo tiene de nacional los nombres de los personajes y de los lugares y las descripciones de algunas escenas de la vida chilena. La trama íntima, las ideas y sentimientos que la animan, son exóticos; lo mismo que el corte o forma que la moldea, reflejan la sugestión de civilizaciones extrañas.

De esta suerte, la producción intelectual chilena pesó sobre el alma nacional en el mismo sentido que el pensamiento extranjero; obró como auxiliar de la influencia que le dio vida.

El tercer factor del contacto entre el viejo mundo y las jóvenes nacionalidades americanas lo constituye el viajero.

A medida que las comunicaciones marítimas se desarrollan el chileno va a Europa, en viaje de placer o de estudio, con creciente frecuencia; y en corto número, se establece definitivamente en las grandes capitales, sobre todo en París.

El hispanoamericano que recorre Europa y se radica en ella por algunos meses o años, no recibe en toda su amplitud la influencia intelectual y moral de las sociedades que visita. Con excepción de los rarísimos aficionados a estudios sociales, sólo se pone en contac-

to con los monumentos, con los edificios y con algunas manifestaciones artísticas, como el teatro, la pintura, la escultura, el vestuario, el menaje, la etiqueta. La verdadera influencia social, la que va más allá de la corteza, la que alcanza al ser moral e influye en los ideales de la vida, la recibe de un medio sui géneris, muy distinto de las sociedades francesa, inglesa, italiana, alemana, etc., el de los trasplantados parisienses.

El ansia de goces materiales, los deseos de lustre y de ostentación, los atractivos del lujo, de la cultura y del refinamiento y las desilusiones de la vida, reúnen en París un abigarrado conjunto de extranjeros llegados de los cuatro puntos cardinales. Desde el noble ruso hasta el general hispanoamericano, arrojado del Gobierno y del país por una revolución; desde la mujer elegante y frívola, que exhibe su gracia y sus joyas, hasta el industrial enriquecido, que busca un barniz de cultura social para él y para su familia; desde el joven heredero que derrocha la fortuna y la salud en groseros placeres materiales, hasta el intelectual refinado que no soporta el ambiente sano, pero tosco de su patria, va una gama extensa de temperamentos y de caracteres aparentemente inconciliables.

Este conjunto heterogéneo tiene, sin embargo, un alma definida, si se quiere, cuya característica más saliente es la ausencia de todas las grandes fuerzas morales que constituyen el nervio de las sociedades, la piedra angular de las civilizaciones; pero alma que informa un medio social propio y que ejerce una enérgica sugestión sobre los elementos que se le acercan. El placer como objeto y fin de la vida; el refinamiento, la elegancia, la alta procedencia social y la fortuna, como únicos valores; el traje, el cultivo de las relaciones sociales, el teatro y otras reuniones con pretextos religiosos o mundanos, como empleo del tiempo; el desprecio por los deberes de ciudadano, el descastamiento y

la repugnancia por los esfuerzos y sacrificios que imponen los grandes objetos de la vida: tal es la idiosincrasia moral del medio que envuelve la permanencia en el extranjero, del chileno que desde 1860 en adelante viaja con relativa frecuencia por el Viejo Mundo.

Por medio de estos tres agentes tomó paulatinamente cuerpo un contacto intenso entre nuestra civilización y la europea, hasta mediados del siglo aisladas por la escasez de comunicaciones.

Dado el desigual estado de desarrollo de las sociedades en contacto, las consecuencias no podían limitarse al simple intercambio de ideas científicas o artísticas, que las peculiares condiciones en que se desenvuelve la civilización occidental contemporánea, determina entre los distintos pueblos que de ella forman parte. En efecto, en lugar de los vínculos de solidaridad o interdependencia que caracterizan las relaciones de los pueblos europeos entre sí, se desarrolló un proceso de subordinación de nuestra sociedad a los núcleos más civilizados y fuertes, en cuyo contacto se encontró.

El comerciante extranjero, para realizar sus fines de lucro, estimuló los consumos de artículos exóticos y moldeó nuestros gustos en armonía con su interés, despertando nuestra admiración por las producciones de las economías extrañas. El libro europeo despertó, a su turno, la admiración por las ciencias, las artes, las instituciones y, en general, por la civilización de la cual era él mismo un producto. Y por último, el viajero chileno difundió por el ejemplo la admiración por el traje, por el menaje, por la etiqueta y por los mil detalles que el sociólogo engloba bajo el rubro de oropel social.

Esta admiración por civilizaciones extrañas, despertada por el contacto íntimo, no podía desarrollarse sino disminuyendo la vitalidad propia de nuestro

organismo, sino cercenando sus fuerzas espontáneas de desarrollo.

En efecto, paralelamente al aumento del contacto se produjo en el alma chilena una sugestión intensa. Poco a poco se subordinó a las civilizaciones más fuertes que la penetraron, no sólo en las artes y en las letras, como los pueblos europeos respecto de la civilización greco-romana durante el Renacimiento, sino en todas las esferas de la actividad. En el terreno económico, nuestros gustos, formados con arreglo a las necesidades de economía extraña, nos crearon la necesidad de consumir sus producciones, encadenándonos a las exigencias de su expansión, aun a expensas de la propia. En el terreno político, la copia inconsciente de las instituciones y de las leyes, ahogó el desarrollo espontáneo y torció los rumbos impresos por el genio nacional. Las propias bases de sentimiento y de pensamiento sobre las cuales descansaba nuestra sociedad tradicional, quebrantadas cedieron, con lo cual lo que una civilización tiene de más íntimo, lo que no puede ser modificado sin hondas repercusiones, la urdimbre moral, quedó entre nosotros sometida a la influencia creada por la sugestión.

Esta subordinación de nuestra alma colectiva, como observaba hace poco, marca el advenimiento de un nuevo agente sociológico, y un cambio trascendental en las condiciones en que venía desarrollándose nuestra evolución.

Desde 1870 en adelante, cesa en Chile el desenvolvimiento espontáneo. El progreso deja de ser el resultado de las fuerzas propias del organismo. Los cambios en las ideas, en los sentimientos, en las instituciones, en las costumbres, etc., son determinados por la influencia de la sugestión europea.

De este cambio, el más hondo que haya experimentado nuestra civilización desde la formación de la raza,

sin exceptuar la propia independencia política, derivan numerosas consecuencias sociológicas y económicas relacionadas estrechamente con los fenómenos que son objeto de este estudio.

3

Los efectos del contacto íntimo de nuestra sociedad con civilizaciones más fuertes y desarrolladas, habrían sido más lentos y menos trascendentales si la educación sistemática no hubiera obrado sobre el alma nacional, bajo muchos respectos, en el mismo sentido que la influencia europea.

La difusión de la enseñanza fue una de las primeras preocupaciones de nuestros poderes públicos. Todavía la nacionalidad no era un hecho consumado cuando los próceres de la Independencia expresaron su anhelo de realizarla. La Constitución del 33 refleja, por su parte, las ideas que al respecto abrigaban los organizadores de la República.

Esta aspiración, intensamente sentida por todos los dirigentes, se realizó con relativo vigor, si se consideran el estado de las comunicaciones y los medios de que disponían los gobernantes de aquella época. En las postrimerías de la administración Bulnes la enseñanza secundaria se había ya difundido bastante; y desde la administración Pérez puede el psicólogo constatar en las clases dirigentes huellas perceptibles de su influencia.

No pudiendo hacer otra cosa, los creadores de la instrucción pública copiaron los sistemas más en boga en Europa. Amunátegui y Barros Arana, cuya influencia pesó considerablemente en la organización administrativa, en los programas y en los métodos durante el último tercio del siglo XIX, hicieron lo mismo. No comprendieron que la educación, corriente en los pueblos

europesos, no puede ser trasplantada a un pueblo menos desarrollado, y cuya evolución se realiza en condiciones sociológicas sustancialmente distintas, sin causar gravísimos trastornos morales. Entre los pedagogos alemanes y chilenos que colaboraron en la reforma de los programas de 1893, fecha en que el descalabro moral estaba ya producido, tampoco hubo quien se sacudiera la venda.

La trascendencia de los distintos cambios verificados en nuestra enseñanza, ha quedado limitada a una distribución más racional de los conocimientos y al mejoramiento de los métodos pedagógicos⁵⁵.

El sentido en que la educación obra sobre las capacidades del individuo y los ideales de la vida, no se ha alterado. Continúa, a este respecto, siendo hoy lo que fue ayer. Su influencia sociológica se ha ejercido, pues, siempre y continúa ejerciéndose en una misma dirección.

La enseñanza consiste en una educación meramente intelectual, o mejor dicho, en una simple instrucción, de marcado sabor clásico al principio, y acentuadamente científica más tarde.

En teoría no se desconocen las ventajas de la educación física; pero en la práctica se prescinde de ella o se la relega a lugar subalterno.

De la educación del carácter no hay otras huellas que cierta tendencia a atrofiar en el niño el desarrollo de la voluntad, para hacerle más dócil y más educable intelectualmente. Esta omisión deriva, no sólo de las dificultades prácticas que presenta la educación de la voluntad, sino también de un prejuicio teórico sobre el valor relativo del carácter y de la inteligencia, compar-

⁵⁵ Aludiendo a los programas aprobados el 5 de abril de 1893, dice Barros Arana en el prólogo que resume las bases de la reforma: »La reforma iniciada es sólo de método«.

tido por casi todos los directores de la instrucción pública.

A imitación de la deleznable enseñanza que como supervivencia de los extravíos teóricos de otra época subsiste todavía en Europa, la nuestra ha carecido siempre de ideales. No es que se desconozca la necesidad de la educación moral, sino que se estima que la da »la influencia que las luces del espíritu ejercen sobre el corazón y la voluntad«⁵⁶.

En la enseñanza general se alejan deliberadamente los ideales que conducen a la actividad económica, »para no desvirtuar sus fines«⁵⁷.

Está calculada para no influir en la evolución social. Se limita a desarrollar las facultades que conducen al cultivo de las ciencias y de las artes liberales, y abandona todo lo demás a la acción de la herencia y del medio. Toma para sí el oropel, lo que —según la feliz expresión de Spencer— llena los momentos de ocio de la existencia⁵⁸; y prescinde del vigor físico, del desarrollo de las aptitudes económicas, de la moral y del carácter, esto es, de todo lo que conserva al individuo y a la especie y hace posible una civilización robusta.

Desde el punto de vista sociológico, adolece nuestra enseñanza de vacíos que, en diverso grado, son

⁵⁶Hasta hoy, la inmensa mayoría de nuestros pedagogos, continúa creyendo en la influencia moralizadora de los conocimientos científicos y literarios. Ni la montaña de observaciones acumuladas, ni los avances de la psicología, han bastado a quebrantar su ilusión.

⁵⁷Nuestros educacionistas repiten, como el papagayo, esta antigua frase sin darse cuenta de su sentido. En realidad, prescinden de la educación económica en la enseñanza general, unos pocos porque temen que el niño se »materialice«, esto es, que se haga fabricante, agricultor o comerciante, en lugar de abogado, médico, escritor o empleado público; y la inmensa mayoría, porque no pueden concebir que haya necesidad de dar en Chile una educación de la cual Alemania puede prescindir.

⁵⁸*La educación intelectual, moral y física*, p. 16.

comunes a todos los sistemas modernos de educación; pero en sus relaciones con el alma nacional concurren algunas peculiaridades, desconocidas en la enseñanza europea, que agravan considerablemente las consecuencias de sus defectos.

La primera es su eficacia.

La influencia sociológica de la educación sistemática es escasa en Europa. Pone en actividad fuerzas que sin ella habrían quedado aletargadas; estimula al individuo a dar de sí lo que sus facultades le permiten; desarrolla posibilidades de inteligencia y de carácter hijas de la herencia y de las demás fuerzas sociológicas. Pero no es ella misma una verdadera fuerza. Su influencia se estrella contra la acción incontrarrestable de la herencia acumulada durante numerosas generaciones y contra un medio ambiente más enérgico que ella. Resbala por la superficie, sin dejar huellas en las almas definitivamente moldeadas de naciones antiguas, cuyos caracteres, ya muy desenvueltos, han alcanzado una fijeza que les hace insensibles a las influencias sociológicas que no importan una modificación en la raza misma o un cambio trascendental en las condiciones que rodean su evolución. Es difícil señalar un rasgo dañino atrofiado o uno benéfico creado por la enseñanza de las naciones europeas. Sin que importe esto un prejuicio para el futuro, hay que reconocer que con sus medios actuales de acción, respecto de almas definitivamente formadas, poco puede. Lo mismo que las selecciones, sólo sirve de vehículo a la acción de fuerzas que están fuera de ella; obra como auxiliar inconsciente de los grandes agentes de transmutación.

En cambio, la influencia de la enseñanza, cuando actúa sobre el alma en formación de un pueblo nuevo, formado por el cruzamiento de distintas razas, como el nuestro, constituye un verdadero factor psicológico,

que pesa en los rumbos y en los destinos de la civilización.

El cruzamiento disocia los caracteres psicológicos ancestrales con igual energía que los rasgos físicos; destruye la herencia y debilita la fuerza del medio social, que es su consecuencia. El pueblo nuevo viene, así, a ser una masa plástica sensible a todas las influencias, sobre la cual el medio físico, el contacto de otras civilizaciones y todos los agentes sociológicos en general, obran con gran eficacia. Los caracteres, faltos aún de consistencia, se modifican fácilmente. Las virtudes y los vicios se pierden y se adquieren con una rapidez que desconcierta al observador habituado al estudio del desarrollo de las viejas sociedades europeas o asiáticas.

La enseñanza es, pues, entre nosotros, a diferencia de lo que ocurre en Europa, un activo agente sociológico, capaz de grandes males y de grandes bienes.

La segunda peculiaridad de nuestra enseñanza es su descastamiento, o mejor dicho, la ausencia de todo sabor y tendencia nacionales.

La posibilidad de una educación perfecta, adaptable a todos los tiempos y a todos los pueblos, quimera que todavía domina en la ciencia de la educación, fue en otra época un error compartido por grandes pensadores. Spencer, en su ensayo tan prematuro como desgraciado sobre la educación, cayó en él. El propio Guyau, que sentó algunas de las bases sobre las cuales principia a rehacerse la enseñanza, sólo consideró como objeto de ella al hombre y a la especie⁵⁹.

La antigua teoría de la educación prescindía, pues, de su aspecto nacional; olvidaba que los hombres están actualmente agrupados en colectividades que difieren fundamentalmente en el grado de desarrollo y

⁵⁹ *La Educación y la herencia.*

en su manera de pensar, de sentir y de obrar; y que esas colectividades están anidadas de almas que nacen, se desarrollan y se modifican independientemente del alma de los individuos que las componen.

Este error teórico no logró descascar la enseñanza en los diversos países de Europa. Ni la enseñanza inglesa, ni la alemana, ni la sueca, etc., se despojaron de las modalidades que responden a necesidades del carácter o del temperamento de la raza, ni renunciaron al enérgico espíritu de nacionalidad que las informaba desde antiguo. El instinto de conservación nacional y la fuerza de la tradición, se sobrepusieron a las quimeras de una pretendida ciencia que reposa sólo en lucubraciones ideológicas.

Nuestros intelectuales, al copiar la enseñanza europea, la despojaron de todas las tendencias nacionales, y no cuidaron de reemplazarlas con otras derivadas de nuestra civilización⁶⁰.

Quedó así, nuestra enseñanza, despojada de todo espíritu de nacionalidad; adaptada a un orden de cosas en que existan individuos y humanidad, pero no naciones.

La tercera peculiaridad de nuestra enseñanza es su falta de armonía con el grado de desarrollo social.

Entre las distintas civilizaciones europeas y los sistemas de enseñanza que ellas mismas se han creado, hay una compenetración íntima, como que estos últimos son productos de aquéllas. El estado de desarrollo social, la idiosincrasia del carácter nacional, los medios circundantes, las necesidades creadas por los acontecimientos y la educación, guardan armonía.

⁶⁰Dentro de la antigua teoría de la educación, las mil peculiaridades, el sello nacional que, como producto de sus respectivas civilizaciones, caracterizan a los distintos sistemas europeos de enseñanza, son detalles baladíes, cuando no imperfecciones que afectan un sistema de educación.

Lo que en su grosero atraso científico los pedagogos reprueban a la educación inglesa, por ejemplo, es precisamente su principal mérito; es lo que la hace preciosa para la raza que la creó y fatal para el país que, como Francia o Chile, no tenga el desarrollo social, el temperamento o el carácter del pueblo inglés⁶¹.

Por el contrario, entre la enseñanza que nos hemos dado y nuestra sociedad, hay absoluta falta de adecuación. Es un vestido de seda rosa pálido, cortado sobre el talle fino y esbelto de una modelo de Paquin, llevado por una araucana recia, retaca, ventruda y desgrena-da. Copia inconsciente de programas y métodos europeos, no toma en cuenta nuestro patrimonio hereditario, nuestro estado social, ni los rumbos trazados a nuestros destinos por la naturaleza de los elementos físicos de crecimiento y por los demás factores sociológicos.

La influencia desquiciadora de esta enseñanza exclusivamente intelectual, dada a un pueblo que no había aún realizado la transformación perfecta de su fase militar en industrial, ni consolidado su desarrollo moral, obró bajo muchos respectos, en el mismo sentido que la influencia del contacto íntimo con Europa. En los capítulos siguientes haré notar aquellas consecuencias morales y económicas que interesan a mi propósito.

⁶¹El defecto común a toda la educación sistemática europea no es su incongruencia con el estado actual de la civilización, como se ha repetido en los últimos tiempos, sino su impotencia, a causa del atraso de la pedagogía y de la falta de ideales, consecuencia de la anarquía mental de nuestra época, para obrar como agente de mejoramiento social.

Efectos económicos y sociológicos de los cambios materiales y morales verificados en las condiciones de nuestra evolución

1

A medida que se producen en los factores económicos y en las condiciones sociológicas de nuestra civilización las mudanzas de que se ha hecho caudal en los dos capítulos precedentes, principian a hacerse perceptibles numerosos fenómenos, que accionan y reaccionan los unos sobre los otros, formando una compleja red en que los efectos se tornan, a su vez, causas.

Entre estos fenómenos, unos, como la subordinación de nuestro desarrollo agrícola al desarrollo de la industria salitral y el descenso en el poder adquisitivo de la moneda, son de carácter meramente económico. Otros, como la lentitud en el crecimiento, el aumento anormal de los consumos, el desarrollo de la empleomanía y del profesionalismo, el desplazamiento económico del nacional y la concentración de la población en las ciudades, tienen acentuada tendencia sociológica. Finalmente, algunos de los más interesantes y trascendentales revisten un aspecto francamente moral.

Estos últimos quedan, en realidad, fuera de los límites de este estudio; pero la estrecha conexión que existe entre el desarrollo moral y el material de un pueblo, me obliga a esbozar parcialmente algunos de ellos. Hay entre ambas fases de la civilización lazos tan indisolubles, que sin el conocimiento exacto de algunos cambios morales, no es posible comprender nuestro desenvolvimiento económico durante los últimos cuarenta años, ni menos aún explicarse el origen complejo de los fenómenos que son el tema de este trabajo.

Como lo hice notar al hablar de las modificaciones en los factores económicos de nuestra evolución, el desarrollo agrícola del país se hace extremadamente débil y lento desde 1873 en adelante. Incorporados ya a la producción los terrenos fértiles del área regada, la agricultura se encuentra forzada a aprovechar suelos notablemente más pobres o de cultivo más difícil, al propio tiempo que el advenimiento a la concurrencia universal de extensas regiones de América, Oceanía y Asia, reduce los precios de los productos agrícolas justamente a la mitad⁶².

La decadencia de nuestra exportación agrícola fue, pues, al principio la consecuencia de la naturaleza de nuestro territorio y de los cambios operados en la economía universal.

Un nuevo factor debía de anularla definitivamente.

Como ya lo he hecho notar, la industria salitrera tomó rápido incremento bajo nuestra soberanía. En 1880 se elaboraron 2.239.740 quintales de salitre, y en 1900 ya la producción alcanzó a 14.600.995.

El desarrollo de la industria salitrera engendró en las provincias de Tarapacá y Antofagasta un considerable consumo de artículos manufacturados, que en su mayor parte abastecieron las importaciones europeas; y una gran demanda de productos agrícolas y de brazos, a la cual hubo de subvenir el centro y el sur del país.

La acción combinada de estos distintos factores determinó un hecho, de escasa importancia para el estudio de nuestra inferioridad económica, pero capital

⁶²La postración o estado de raquitismo de la agricultura chilena entre 1875 y 1900, la atribuyeron los agricultores a los malos años y a la conversión metálica; y los economistas y la mayor parte de los políticos, a las crisis comerciales, a la desidia de los agricultores para adoptar sistemas más modernos de cultivos, etc.

para nuestra política económica y comercial, que será el objeto principal de la segunda parte de este trabajo: la subordinación del desarrollo agrícola al desarrollo de la industria salitrera.

Contrariada por la naturaleza del suelo y del clima; por el descenso mundial de los precios, consecuencia del ingreso a la concurrencia de grandes regiones más favorecidas; y raleado y encarecido el brazo por las industrias extractivas, nuestra agricultura se encontró en la imposibilidad de competir con sus rivales en el mercado universal; y renunciando a una lucha que no podía soportar, concluyó por limitarse a subvenir a las necesidades del mercado propio que el salitre creó en Tarapacá y Antofagasta, al amparo del arancel aduanero.

Desde este momento, perdida la vitalidad propia, su expansión se subordinó a las exigencias impuestas por el desarrollo de la industria salitrera, como el tén-der a la locomotora que lo arrastra. Cada millón de quintales de aumento en la producción de salitre hace necesario un consumo proporcionalmente mayor de productos agrícolas. Nuestra agricultura, para subvenir a la nueva demanda, extiende sus cultivos o mejora los existentes; de tal suerte que cada paso que damos en el sentido del agotamiento de nuestra riqueza mineral, reflejamente crea una nueva riqueza estable.

Por este curioso engranaje, que nuestros ideólogos se niegan obstinadamente a ver, el desarrollo agrícola se ha reanudado con relativa fuerza; pero en condiciones sustancialmente diversas de las antiguas. En otra época tuvo vida propia, independiente del salitre y del arancel; hoy sólo puede realizarse a impulsos del salitre o de la manufactura y al abrigo del arancel. Mientras no se modifiquen las condiciones de la economía agrícola mundial está condenado a ser una planta de conservatorio.

A medida que las comunicaciones se perfeccionaron y la instrucción se extendió, se aceleró el éxodo de los habitantes desde los campos hacia las grandes ciudades. La necesidad de educar a la familia y los atractivos de una vida más refinada arrancaron poco a poco al antiguo chileno de la casa solariega.

Las deficiencias de los censos antiguos, hacen imposible un estudio rigurosamente exacto del movimiento de la población urbana y rural a través de las distintas fases de nuestro desarrollo; pero las comparaciones permiten constatar una acentuada concentración urbana en el centro del país durante el último tercio del siglo XIX⁶³.

Este fenómeno no es en sí mismo sino la manifestación normal de una tendencia común a todas las sociedades civilizadas. Lo que lo hace interesante entre nosotros, son sus consecuencias económicas y sociológicas.

En los países fabriles, cuya actividad industrial ha alcanzado considerable desarrollo y cuya población tiene ya desenvueltas en alto grado las aptitudes para la vida manufacturera, el aumento creciente de las masas urbanas corresponde casi siempre a una necesidad económica real. El individuo acude a las ciudades solicitado por las necesidades del industrialismo. Al abandonar el campo, deja de ser agricultor y da a su actividad un nuevo empleo compatible con la vida urbana.

Entre nosotros las cosas pasaron de distinta manera. Estimulada artificialmente la concentración urbana por las solicitudes del refinamiento en una época

⁶³La concentración que interesa al propósito de este párrafo es la que se verifica en ciudades de más de 6.000 habitantes. El resultado de las cifras generales está atenuado por una corriente de dispersión rural en las provincias de Bío-Bío a Llanquihue, determinada por causas bien conocidas.

en que la manufactura no existía ni podía existir, el agricultor no encontró desde el primer momento empleo para su actividad que se armonizara con su nueva vida. Inepto para las industrias fabriles, que, por otra parte, cuarenta años atrás era imposible crear entre nosotros, continuó siendo agricultor. Siguió dirigiendo desde la ciudad las mismas explotaciones rurales en que antes se había ocupado. Se produjo así el ausentismo, o sea, el hábito contraído por los propietarios rurales, de residir en el pueblo, confiando a empleados la administración de sus negocios agrícolas.

Sin hacer aún caudal de las consecuencias morales de este hábito, él ha sido uno de los factores que más ha contrariado nuestro desarrollo agrícola durante los últimos treinta años. Confiada la gran propiedad a empleados que, en la mayor parte de los casos, no tienen interés en mejorarla y en incrementar su producción, cuando no a campesinos rutinarios, algunos fundos vinieron a menos; muchos han permanecido estacionarios; y todos han dejado de adelantar en la medida en que habrían progresado si sus dueños hubieran continuado residiendo en ellos después de la extensión del riel, de la difusión de la enseñanza y del avance de la civilización en general.

Más trascendentales aún han sido los efectos sociológicos de la concentración urbana.

Como tenía fatalmente que ocurrir, dadas las causas que determinaron entre nosotros la concentración urbana, en los primeros años se realizó, casi exclusivamente, a expensas de la población rural en que la sangre española estaba más pura y la civilización más avanzada. Fueron los patronos, los individuos pudientes, los de mayor desenvolvimiento intelectual y moral, los que primero abandonaron los campos.

Esta selección habría sido perturbadora para el desarrollo de la civilización rural, aun en países nor-

malmente constituidos. En países como el nuestro, cuyas capas están separadas por abismos, por fases enteras de la evolución social, y cuyos elementos superiores juegan un rol civilizador excepcionalmente importante, sus consecuencias tenían que ser fatales.

La gruesa masa de los campesinos cargados de sangre aborígen, privada de la eficaz influencia civilizadora que por sugestión habían ejercido los elementos superiores, hasta entonces en estrecho contacto con ella, no pudo proseguir la rápida evolución que venía realizando. Su desenvolvimiento moral sufrió serios quebrantos. Falto de guía, se desorientó, se detuvo y aun sufrió regresiones. El campesino no sólo no continuó su jornada hacia aspiraciones más nobles y hacia una vida más regular y holgada, sino que retrocedió moralmente. Se hizo más perezoso, más borracho y más inexacto, cuando no ladrón o bandido.

Los servicios municipales, la administración de justicia de menor cuantía y la seguridad, se resintieron. Antes que el desgobierno y el desquiciamiento administrativo hicieran sentir sus efectos, ya la ausencia de los elementos más civilizados y más morales, había engendrado en los campos el desarrollo del robo y del salteo, la relajación de la justicia, el abandono de los caminos, etc.⁶⁴.

⁶⁴El señor E. MAC-IVER, en su «Discurso sobre la crisis moral de Chile», hizo notar el hecho de que el pequeño propietario rural abandona el campo impulsado por la inseguridad.

El hecho es hoy efectivo, porque, como ocurre en los fenómenos sociales, el efecto se tornó causa; pero fue la ausencia de los pobladores de mayor valor moral la causa que primitivamente determinó la inseguridad. Hay al respecto tal abundancia de datos, que no cabe contradicción.

Posteriormente, el distinguido Juez de Santiago, señor LAZO de la VEGA, notando la coincidencia del desquiciamiento administrativo en los campos con la vigencia del Código Penal, atribuyó gran importancia a la absorción del poder administrativo por el judicial, que fue

Por su parte, los patronos, si bien recibieron la enérgica acción civilizadora de la ciudad, si subió indudablemente su cultura intelectual, no escaparon a la regresión moral transitoria que siempre sigue al cambio violento de los hábitos tradicionales. Como habrá de verse más adelante, el despertar del gusto algo adormecido por la ostentación, las joyas y las construcciones rumbosas, no fue extraño a la concentración en la ciudad de masas de agricultores ociosos.

Sus hijos, demasiado elegantes y refinados para soportar el ambiente rudo y polvoriento del campo, e inutilizados para la actividad fabril por nuestra enseñanza, han suministrado un abundante contingente al profesionalismo y a la empleomanía.

La concentración urbana, que es uno de los más poderosos factores del desarrollo de la civilización, a consecuencia de nuestra originalísima constitución étnica y de otras peculiaridades nacionales, produjo, pues, algunas perturbaciones transitorias, cuyos efectos económicos fueron el debilitamiento de nuestro desarrollo agrícola, ya quebrantado por la naturaleza de nuestro territorio y por el gran descenso de precios que los productos de la agricultura experimentaron en el mercado universal; y su contribución al desarrollo del lujo, del profesionalismo y de la empleomanía.

En cambio, es hoy un factor muy favorable para nuestra futura expansión fabril⁶⁵.

la consecuencia de la promulgación de aquél. En realidad, no hay sino una mera coincidencia, que deriva del hecho de haber adquirido intensidad el éxodo de los patronos a la ciudad hacia la misma época en que el Código entró en vigencia (LAZO de la VEGA, *El Poder Municipal*).

⁶⁵En las memorias de viaje de los extranjeros que en distintas épocas recorrieron nuestro país, se encuentran numerosas noticias sobre la vida rural de las clases dirigentes de la sociedad chilena. Las observaciones recogidas por María Graham son particularmente interesantes.

A pesar del gusto por el atavío y la ostentación que el chileno manifestó cada vez que los auges de la minería o de la agricultura derramaron abundancia y bienestar, hasta el último tercio del siglo XIX la vida fue entre nosotros sencilla y barata.

El aislamiento en que permanecemos respecto de las civilizaciones refinadas, y el hábito, bastante generalizado entre los antiguos propietarios rurales, de residir en sus fundos, mantuvieron adormecida la inclinación al lujo. Los palacios y los mobiliarios suntuosos eran contados. El traje y la vida social, no tenían ni aproximadamente las costosas exigencias de hoy. El consumo de mercaderías extranjeras era limitadísimo. »Las únicas prendas de vestir que se venden públicamente en Chile —decía en 1822, María Graham— son zapatos, o más bien zapatillas, y sombreros. Esto no quiere decir que no se puedan comprar también género de Europa o vestidos para las clases superiores...» »Es que las gentes del país conservan todavía la costumbre de hilar, tejer, teñir y hacerse todas las cosas para su uso en su misma casa, excepto los zapatos y los sombreros«⁶⁶.

Estos hábitos se modificaron con mucha lentitud durante los dos primeros tercios del siglo XIX. Todavía entre 1860 y 1870 nuestra sociedad se diferenciaba poco del pueblo patriarcal que pintó la célebre viajera inglesa. Aludiendo a los barrios elegantes y a las gentes acomodadas en esa fecha, dice un observador perspicaz: »La gran mayoría de las casas era de un solo piso al nivel del suelo, o con una o dos gradas de elevación. El material que se empleaba era de adobe, que se enlucía y blanqueaba después...» »Por la mañana no se an-

⁶⁶ *Diario de residencia en Chile durante 1822 y 1823*, t. I, p. 184.

daba sino de manto y se estaba después en la casa con vestidos hechos en la familia con ayuda de las criadas⁶⁷.

Así explica cómo, a pesar de nuestra escasa capacidad productora, de nuestra desidia en la conservación de los objetos y de nuestros hábitos de despilfarro, pudimos en esa fecha crecer con rapidez, mantener equilibrados nuestros cambios y vivir con relativo desahogo⁶⁸.

Pero a medida que la enseñanza y el contacto con Europa nos refinaron, y la concentración de los agricultores en las ciudades encendió la emulación, se desarrolló el afán por los grandes palacios, por los menajes soberbios, por las joyas y por el lujo en todas sus formas. Padres de familia con más de diez hijos, cuya fortuna no excede de un millón de pesos, invierten seiscientos mil en palacio y menaje.

Por su parte, los viajes al extranjero y los nuevos hábitos de vida social, imitados principalmente de los trasplantados parisienses, imponen también gastos crecidos.

Y el afán de la ostentación, no ha quedado entre nosotros circunscrito, como en París, a un pequeño grupo de familias ricas, en su mayor parte extranjeras, sino que se ha extendido, sobre todo en Santiago, a la sociedad entera. El rico derrocha casi todas sus rentas, y el pobre hace esfuerzos supremos por seguir un tren de vida que no guarda armonía con su fortuna.

⁶⁷ RAMÓN SUBERCASEAUX, *Recuerdos de 50 años*, pp. 55 y 71.

⁶⁸ El chileno antiguo era más inepto que el de hoy como productor y como consumidor. Aunque usaba con prodigalidad del charqui, el queso, el trigo y demás producciones de su fundo, y desconocía la economía parsimoniosa que caracteriza al tipo igualmente inepto para ganar y para gastar el dinero, desde el punto de vista económico, se acercaba a él. El aislamiento y otras circunstancias que rodeaban su vida social, le mantenían artificialmente encuadrado en una categoría económica que no corresponde ni a su estado social ni a la psicología de su raza, más apta para gastar el dinero que para ganarlo.

Al aumento en los consumos, determinado por el ansia de brillo, se une otro que, como él, deriva también de la educación de nuestros gustos por la enseñanza y el contacto.

Como se recordará, al hablar de la lucha económica entre las sociedades humanas, hice notar que la sugestión es el arma más poderosa que los pueblos superiores emplean para dominar a los inferiores. Despertando su admiración, inconscientemente los obligan a consumir todo aquello que conviene a las necesidades económicas del superior, los convierten, por decirlo así, en clientes o satélites de su expansión.

Pues bien, la intensa sugestión que desde mediados del siglo XIX nos viene encadenando más y más estrechamente a Europa, ha creado en nosotros el hábito de consumir artículos de procedencia extranjera, no sólo en la satisfacción de nuestros lujos, sino también en las mil necesidades de la vida diaria. En la estadística de nuestras importaciones, al lado de los renglones útiles a la actividad productora, como el carbón, la maquinaria, etc., figuran con cantidades crecidísimas las mercaderías que, sin ser propiamente de lujo, están destinadas a llenar necesidades nuevas creadas por el refinamiento o necesidades antiguas que antes abastecía la producción nacional.

Tomando las cosas en un sentido absoluto, nuestros consumos irreproductivos no son exorbitantes. Santiago queda a este respecto muy por debajo de Buenos Aires. Una familia de la clase media, no gasta en Chile más que en Inglaterra, bien que los desembolsos se realizan con objetos más frívolos.

Mas, si relacionamos nuestros consumos con nuestra capacidad productora, la perspectiva cambia. El chileno, como se ha visto al bosquejar su psicología, tiene todavía más desenvueltas y pésimamente educadas las aptitudes económicas. Sus grandes facul-

tades naturales o están aún adormecidas o se esterilizan en gran parte faltas de dirección. Los elementos físicos, por su parte, no sólo no suplen, como en otros países jóvenes, con su superabundancia de fuerzas los defectos de aptitudes de la población, sino que exigen, para ser fecundos, grandes capitales y grandes capacidades económicas. En sentido relativo, es decir, habida cuenta de nuestra capacidad de producción, nuestros consumos irreproductivos son hoy una verdadera sangría suelta, que debilita nuestra expansión económica y mantiene abatidos nuestros cambios internacionales⁶⁹.

⁶⁹Nuestros economistas han señalado uniformemente los consumos de lujo como una de las causas de desequilibrio crónico de nuestros cambios; pero no han atribuido importancia a un factor, aunque menos aparente, más trascendental: el enorme consumo de artículos extranjeros que, sin ser propiamente de lujo, satisfacen necesidades de la vida ordinaria que sólo indirectamente concurren a la obra de la producción. A su juicio, lo que sale al extranjero por este capítulo, lo recobramos con creces en otras esferas de la actividad. Así el esfuerzo que necesitaríamos gastar en la confección de las tejas con que antes techábamos nuestras casas, aplicado al salitre o al cultivo del trigo, nos rinde con exceso lo necesario para pagar el cinc con que hoy la reemplazamos.

Tratándose de un país en que el medio físico responde con largueza a las solicitudes de la actividad, es probable que las cosas pasen así. Pero en un país de limitados horizontes agrícolas, cuyas industrias extractivas, como el salitre y el cobre, están en su mayor parte radicados en manos de extranjeros, y cuya población es todavía inepta para la actividad manufacturera, difícilmente puede verificarse en la práctica la compensación que nuestros economistas infieren ideológicamente. Por lo menos, es muy sugestivo el paralelismo que existe entre el aumento en los consumos de mercaderías europeas y el desequilibrio creciente de nuestros cambios.

En todo caso, la desidia con que conservamos y la prodigalidad con que consumimos hoy los artículos de procedencia extranjera, tiene que contribuir a la debilidad y lentitud que se observa, a partir de 1865, en nuestra evolución económica más pesadamente que el despilfarro que en otro tiempo hacíamos de aquello que, por producirlo nosotros, conceptuábamos sin valor; pues hasta la intensidad de

El chileno lleva hoy una vida de estrecheces y de angustia. Sus hábitos de consumo y su capacidad de producción atraviesan por un desequilibrio agudo. Su actividad, su arte industrial, sus aptitudes productoras en suma, han doblado; pero sus necesidades de consumos han cuadruplicado.

5

Otra de las consecuencias de los cambios en las condiciones económicas y sociológicas de nuestra evolución, es el desarrollo del parasitismo. En el último tercio del siglo XIX y en lo que va corrido del actual, ha crecido desmedidamente el número de individuos que, como los abogados, médicos, empleados públicos y ciertos intermediarios, viven a expensas de la colectividad sin concurrir eficazmente a la producción.

vida económica que reflejamente provoca el exceso de consumos irreproductivos, va a fecundar economías extranjeras.

Precisando más mi pensamiento, si el exceso de consumos irreproductivos es uno de los factores determinantes de nuestra inferioridad económica, el hecho de ser artículos de procedencia extranjera los que abastecen la mayor parte de los consumos de esta índole, es una circunstancia agravante.

Se ha señalado, también, el régimen del papel moneda como una de las causas determinantes del aumento de los consumos. No tengo observaciones en la abundancia que sería menester para desmentir o corroborar el aserto. Las pocas que he visto en los tratadistas carecen de todo valor, porque han sido recogidas en una época en que no se conocía la enorme influencia que las alternativas de expansión y de depresión —que la sociología ha demostrado ser un fenómeno normal, una forma de crecimiento de las sociedades superiores— ejercen sobre los precios, la circulación, los consumos, etc. Muchos de los aumentos de consumos atribuidos al régimen del papel, según he podido comprobarlo, han sido producidos por un estado de expansión. Pero, lo repito una vez más, no tengo el número de observaciones necesarias para verificar con arreglo a los métodos positivos, las elucubraciones ideológicas que los economistas han hecho sobre esta materia.

Entre 1830 y 1867 la Universidad tituló por término medio dieciocho abogados por año; en los cuarenta años siguientes el número pasó de sesenta y cinco; es decir, cuadruplicó, mientras la población no ha aumentado en más de sesenta a setenta por ciento. Lo propio ha ocurrido en las demás profesiones liberales.

El número de los empleados públicos ha crecido, por su parte, desproporcionalmente con relación a las necesidades de los servicios. Se han multiplicado las reparticiones administrativas y se ha aumentado la planta de empleados de las que existían, más en consideración a la pecha de los postulantes a ocupar los puestos, que a exigencias reales del desarrollo de la administración⁷⁰. Como en la Grecia de nuestros días, el reparto de los empleos públicos ha llegado a ser en la práctica, si no en la teoría, el número más real y efectivo del programa de los candidatos a Diputados o a Senadores y el anhelo más sinceramente abrigado por los partidarios. Políticos que vacilan delante de los desembolsos que requiere la construcción de los puertos, el complemento del equipo ferroviario y el saneamiento de las ciudades, dominados por la presión de los partidarios y por el medio moral que los envuelve, no retroceden delante del aumento de los empleados públicos innecesarios.

Los individuos que no alcanzan empleos de planta, recogen las migajas del presupuesto fiscal por medio de las jubilaciones, de las pensiones y de los contratos y comisiones para los objetos más variados, o enteran los días voltejeando en rededor de los personajes influyentes, mientras les llega su turno.

Por último, el gremio de los intermediarios, desde

⁷⁰ Podría señalar algunas decenas de oficinas cuyo trabajo no da ocupación para más de tres personas, que emplean diez y más.

el aristócrata corredor o comisionista, hasta el humilde chalán de puercos o de otras menudencias análogas, ha crecido en proporción que no guarda armonía con la potencia económica del país.

Las causas inmediatas de este fenómeno son, como ya lo anticipé al hablar de sus consecuencias económicas, algunos rasgos psicológicos que accionan y reaccionan entre sí haciendo recíprocamente de causa y efecto: la admiración por las profesiones liberales, el desprecio por el trabajo manual, por el comercio y por las industrias fabriles, y la ineptitud comercial e industrial. Pero sus causas mediatas, o sea, el origen de los factores que lo determinan, derivan, en gran parte, de las tendencias y vacíos de nuestra enseñanza sistemática y de nuestro estado de civilización a la fecha en que principió a ejercer su influencia.

Como se ha visto en el capítulo anterior, nuestra enseñanza, no obstante las reformas de los métodos y de los programas, ha obrado siempre en un mismo sentido: el de señalar el cultivo de las ciencias y de las artes liberales como el único ideal de la vida y ha procurado desarrollar sólo las aptitudes que conducen a la realización de este fin, defecto de que como también se dijo, participan en diverso grado, todos los sistemas modernos de enseñanza. Ahora, para comprender por qué en Chile inculca el desprecio por la actividad económica, desarrolla la admiración por las profesiones liberales e inutiliza al niño como hombre de negocios, la misma enseñanza que en Europa o no surte estos efectos o sólo los surte muy débilmente, hay que reparar en el estado social del pueblo chileno y de las naciones europeas a la fecha en que la enseñanza sistemática principió a obrar sobre ellos con alguna energía.

Los compañeros de Pedro de Valdivia eran de una psicología aún más guerrera que el común de los conquistadores de América. Por lo menos los dos tercios

de ellos, procedían de los restos de las fracasadas expediciones de Pero Anzures y de Rodrigo de Quiroga al descubrimiento y conquista de los Chunchos y de los Mojos, y de Diego de Rojas a los Chiriguanos, cuya audacia y espíritu de aventuras salen de lo verosímil. Sobrevivientes de expediciones en que »yendo y caminando se iban quedando los cristianos de tres en tres y de cuatro en cuatro, fatigados y desflaquecidos, y enfermos de hambre y cansancio, y abrazados unos con otros morían y pasaban de esta vida«, y »después de caminado más de setecientas leguas, de trescientos españoles que entraron no salieron ochenta⁷¹, no trepidaban en lanzarse a una nueva aventura que, como la conquista de Chile, desde la expedición de Almagro, era reputada empresa de locos.

El español que continuó llegando a nuestro país durante casi todo el coloniaje fue, también, de una psicología mucho más militar que la corriente en América. La poca abundancia de oro al alcance de los rudimentarios procedimientos de explotación de la época y la prolongación de la guerra de Arauco, alejaron al comerciante y al industrial y atraieron al guerrero.

Se produjo así desde el principio una selección que duró casi todo el coloniaje, la cual, si no tuvo la exagerada transcendencia étnica que le atribuye Palacios⁷², diferenció notablemente al colonizador de Chile, no sólo de la masa peninsular, sino también de los pobladores de los demás países hispanoamericanos. El español que suministró el aporte paterno de nuestra raza, fue más guerrero, más audaz y más enérgico, en una palabra, un elemento étnico mucho más próximo aun al tipo netamente militar que el común del español

⁷¹ Información de servicios de Rodrigo de Quiroga Medina. *Co-lección de documentos*, t. XVI, p. 115.

⁷² *Raza Chilena*.

de la época, cuya distancia de esa fase de la civilización no era todavía muy grande.

Como consecuencia de esta proximidad a la etapa militar, compartía el desprecio que todas las razas en el mismo estado social, han profesado por los oficios manuales, por el comercio y por la actividad económica en general. Buscaba el oro por medio del botín o del trabajo de los vencidos, y no por el ejercicio de oficios que conceptuaba propios de villanos y de esclavos. Apenas hay documento de la época que no dé testimonio de este rasgo de la psicología de los españoles del coloniaje. Aludiendo a él, dice Barros Arana: »Vigorousos y enérgicos para soportar los mayores sufrimientos, dispuestos a acometer las más arriesgadas empresas para adelantar la conquista, eran, en cambio, poco constantes para los trabajos industriales, o tenían por ellos una marcada aversión«... »desdeñaban la cultura agrícola y el ejercicio de las artes manuales, prefiriendo a todo la explotación de las minas en que esperaban hallar espléndidos beneficios mediante el trabajo forzado de los indios«⁷³.

Aún más acentuado era el desprecio por la actividad económica en el aporte materno. El araucano, que no había salido de la barbarie, no sólo tenía invencible repugnancia por el trabajo, sino que aún no había desenvuelto las aptitudes que lo hacen posible. Antes que plegarse a las condiciones de vida de las sociedades de tipo industrial, se extinguió, como ha ocurrido a todas las razas que los acontecimientos históricos han colocado en la alternativa de desaparecer o de dar un salto demasiado brusco en su evolución.

El mestizo que forma el fondo étnico de la población actual, descende, pues, de progenitores cuya psicología económica era, todavía, rudimentaria.

⁷³ *Historia General de Chile*, t. II, p. 241.

A la fecha en que la enseñanza sistemática empezó a hacer sentir eficazmente su influencia, el chileno había avanzado en su transformación de tipo militar en industrial. Diversos factores habían contribuido a este resultado: el araucano, negándose tenazmente a alimentar con su esfuerzo al invasor; el clima y la pobreza, haciendo imposible el empleo en grande escala del negro esclavo; los elementos físicos, que sólo suministraban alimento al que los fecundaba con el sudor de su frente; etc. El español, colocado en la alternativa de trabajar o de perecer de hambre, paulatinamente se amoldó al tipo de vida impuesto por los medios. El propio mestizo, mucho más flexible que su antecesor araucano, se plegó también a la actividad económica. En las postrimerías del siglo XVIII, no sólo explotábamos más o menos regularmente la agricultura y la minería, sino que construíamos la casi totalidad de los buques que hacían la navegación de la costa sur del Pacífico, fabricábamos las jarcias destinadas a su aparejo e hilábamos y tejíamos la mayor parte de los géneros con que se confeccionaba nuestro vestuario⁷⁴.

Pero, no obstante estos avances, que marcan un progreso innegable con relación a lo que fuimos a mediados del siglo XIX, nuestras aptitudes para la actividad económica eran, todavía, embrionarias, comparadas con las que en esa fecha habían ya desenvuelto los europeos y los norteamericanos. La falta de iniciativa, de perseverancia, de moralidad, de arte o técnica industrial y de juicio comercial, en una palabra, el débi-

⁷⁴Los comerciantes vascos que en gran número arribaron a Chile durante el siglo XVIII, no sólo desplazaron del comercio, de la agricultura y de la minería al español de tipo netamente militar que había venido antes que ellos, sino que influyeron en nuestra evolución económica, perfeccionando y ennobleciendo el comercio. Su influencia sobre el desarrollo de las aptitudes manufactureras fue, en cambio casi nula.

desarrollo de todas las aptitudes que dan la eficiencia económica que se advierten en el chileno de esa época, manifiestan en forma inequívoca la extensión de la jornada que aún le quedaba por hacer para transformarse en tipo industrial perfecto.

Así, pues, mientras en Europa y en Estados Unidos, la instrucción obró desde el principio del siglo XIX sobre pueblos que se habían transformado ya completamente de tipos militares en industriales, entre nosotros actuó sobre un pueblo semimilitar, o sea, sobre una raza cuya energía guerrera no se había transformado sino muy imperfectamente en actividad económica, y cuyos avances en este sentido, demasiado recientes, aún no estaban consolidados por la herencia.

Con estos antecedentes es fácil explicarse cómo enseñanzas muy próximas han surtido efectos muy diversos.

Poniendo delante de los ojos del niño, desde que principia a destellar en él la razón, las figuras de todos los literatos, sabios, reyes, generales y empleados públicos; cubriendo con el manto del olvido a los héroes del trabajo y de las industrias; y prescindiendo de la educación del carácter, la enseñanza general, aunque en menor grado que entre nosotros, en la generalidad de los pueblos europeos, tiende a crear en el niño el desprecio y la ineptitud por el trabajo industrial. Pero su influencia se estrella en ellos contra la herencia y el medio.

Mil años más de civilización que nosotros, y el ejercicio del trabajo industrial durante varios siglos, han desenvuelto, con absoluta prescindencia de la enseñanza sistemática y aun a pesar de ella, en los pueblos europeos, las aptitudes que hacen al hombre de negocios y las han fijado por la herencia. El niño, al caer dentro del radio de acción de la enseñanza, trae ya la posibilidad de desarrollar esas aptitudes y una fuerte incli-

nación a orientar su actividad dentro de los rumbos en que sus padres la encauzaron. El medio que lo envuelve obra, por su parte, en el sentido de despertar la herencia, de la cual él mismo es un producto. El ejemplo paterno, los amigos, las fábricas que encuentra a cada paso y los mil factores por medio de los cuales la sociedad aprisiona y moldea al individuo, contrarrestan las solicitudes del anacronismo que pomposamente denominamos enseñanza científica, empujan al niño hacia los institutos técnicos y lo canalizan en la actividad económica. Sólo un corto número de elegidos, de jóvenes que por disposición natural tienen aptitudes y vocación especiales para estos géneros de actividad, se orientan hacia el cultivo de la ciencia y de las artes liberales, llenando una verdadera necesidad social.

Muy distintas son las consecuencias prácticas de la misma enseñanza, actuando sobre un tipo social semimilitar, como el chileno.

Respecto del pequeño número de individuos cuya complexión mental se presta para el cultivo de las ciencias o de las artes liberales, sus efectos son los mismos que en los pueblos europeos. Desarrolla gérmenes que están en devenir; cumple una función social útil, siempre que no canalice la actividad hacia la ciencia y las artes en una medida excesiva, atendidos el volumen y vitalidad del organismo social. Pero ¿cuál es su influencia sobre el niño que no encierra la posibilidad de ser sabio o artista; es decir sobre el 98% de los educandos? Vamos a verla.

Por grande que sea la sensibilidad del individuo a los efectos de la educación —y la del chileno, como mestizo, lo es mucho—, la eficacia de la enseñanza tiene límites. No está a su alcance dar poder intelectual a quien nació sin él, ni hacer sabios de las medianías, ni artistas de los individuos de simple buen sentido.

El noventa y ocho por ciento de los educandos, después de hacer algunos versos, remedar algunos períodos de prosa, hacer algunos análisis químicos, coleccionar algunos insectos o plantas, o pintar una ensalada en cuenta de paisaje, tiene que renunciar, de grado o por fuerza, a un género de actividad para el cual carece de aptitudes. Y aquí principia la buena. La enseñanza no ennobleció la actividad económica, no borró en el niño el desprecio atávico por el trabajo industrial; se limitó a transformarlo, es decir, a cambiar el desprecio que el militar profesa a la actividad económica, oficio vil propio de esclavos, por el desprecio del intelectual por los negocios y especialmente por el comercio, »ocupaciones mezquinas y hasta envilecedoras«⁷⁵.

Entretanto, las necesidades de la vida real golpean a la puerta. Hay que alimentarse, vestirse, sostener una situación social y formar una familia. El muchacho se pliega poco a poco a la actividad económica, ya desmoralizado, porque ha tenido que rehacer su programa de vida, torciendo hacia rumbos distintos de aquéllos para los cuales fue moldeado, tarea superior a las fuerzas de los más. Pero aquí principia lo más grave. La enseñanza que recibió no desarrolló en él sino las escasas aptitudes que encerraba para la actividad científica y artística. Las grandes fuerzas que hacen al hombre de negocios, la ambición fuerte, la confianza en sí mismo, la iniciativa, la capacidad para la asociación, quedaron adormecidas. La ausencia de educación moral y de educación de la voluntad, que no forman parte de la enseñanza que recibió, le dejaron desordenado, falto de método, de disciplina y de perseverancia.

⁷⁵Sobre 747 observaciones hechas al salir del colegio en niños chilenos educados en Santiago, Talca, Lináres, Curicó, y en menor número en otros liceos de la República, en 588 casos, comprobé netamente definido el desprecio del intelectual por la actividad económica.

Y estas circunstancias, unidas a la falta de capacidad técnica —pues la fatuidad intelectual le alejó de los institutos que debieron dársela—, le cierran la posibilidad de emplearse en la actividad industrial y de educar el juicio económico.

La herencia y el medio, a diferencia de lo que ocurre en Europa, no pueden remediar el mal. Las aptitudes para la actividad económica, aún poco desenvueltas a causa de la imperfecta transformación del chileno de la fase militar a la industrial, salvo casos excepcionales, no resisten con fuerza a las solicitudes de la enseñanza sistemática, ni suplen sus vacíos. El medio social, la familia, las relaciones, el género de actividad, el ambiente, en suma, no empuja con fuerza al niño al trabajo industrial, ni puede darle lo que él mismo no tiene.

Este análisis de los efectos de la enseñanza sistemática en sus relaciones con la herencia y el medio, basta para desentrañar el origen de dos de los rasgos psicológicos que han determinado de una manera inmediata el parasitismo: el desprecio por el trabajo industrial, que sólo es una transformación realizada por la enseñanza, del desprecio hereditario que, por él sienten todas las sociedades de tipo militar; y la ineptitud industrial y comercial, consecuencia de la imperfecta transformación de nuestra actividad militar, y de los ideales y tendencias de una enseñanza, calculada para desarrollar sólo las aptitudes que conducen al cultivo de las ciencias y de las artes liberales.

El tercer rasgo, o sea la admiración por las profesiones liberales, deriva de una reacción secundaria de los rasgos anteriores.

Nuestra enseñanza tiende por sí sola a canalizar la actividad en las profesiones liberales. Las facultades que desarrolla se armonizan infinitamente más con ellas que con la vida de los negocios. Esta tendencia fue el punto de partida del prestigio innmercido que,

por una verdadera sugestión social, han alcanzado posteriormente.

Empujando la enseñanza hacia las profesiones liberales a todos los jóvenes, por mil motivos, llegan al término sólo los de más talento y de más carácter naturales. El éxito en la vida de estos individuos, que a las ventajas incontrarrestables del talento y del carácter innatos, reúnen las que derivan de un género de actividad, para el cual la enseñanza secundaria desarrolló aptitudes, tiene necesariamente que ser mayor que el de aquellos que, a su menor fuerza de inteligencia y de voluntad, añaden la desventaja de haber sido moldeados por una enseñanza que procuró atrofiar el desarrollo de todas las facultades que dan el éxito en el género de actividad en que, de grado o por fuerza, tienen que hacer su jornada. Y el contraste fue, todavía, más notable años atrás, cuando la plétora profesional no estaba aún producida. Mientras el abogado descollaba socialmente, hacía de estadista y ganaba con holgura su vida, el joven que no alcanzó título, fracasaba o arrastraba una existencia modesta como agricultor sin empuje ni cultura.

Las masas no penetran en la psicología del éxito y del fracaso. El abogado descuella; luego el ejercicio de la profesión de abogado es el empleo superior de la actividad. Poco a poco, estimulada por este error tan natural, tomó cuerpo una verdadera obsesión por la abogacía, profesión que, por otra parte, respondía a una necesidad efectiva en una sociedad que, al decir de un testigo abonado, »consideraba un título de honor tener un pleito, a pesar de que suelen durar años enteros y arruinan más familias que todas las demás causas de ruina juntas, con excepción del juego«⁷⁶.

⁷⁶Don CASIMIRO PEREIRA ALBANO, presidente de la Convención preparatoria de 1822.

De esta suerte adquirió durante la Colonia y parte de la República, carta de nobleza un oficio tenido al principio por tan indigno de un hidalgo como el de mercader⁷⁷.

Las mismas causas fueron ennobleciendo sucesivamente las profesiones de agrimensor, médico, dentista, etc., y despertando por ellas una admiración que en otra época sólo se profesaba a la abogacía. La aristocracia las conceptúa hoy profesiones honrosas, por cuanto el saber que presuponen da lustre al abolengo; y la clase media ve en ellas el camino más seguro para escalar los honores y la posición social.

Tal es el origen de los factores que han determinado el desarrollo del parasitismo. La manera misma como el fenómeno se ha producido, es tan notoria, que casi no vale la pena añadir más a lo que dije al hacer el bosquejo psicológico del pueblo chileno.

La admiración por las profesiones liberales canaliza hacia ellas la actividad, determinando, a pesar del número reducido de los que llegan al término, la plétora con todas sus consecuencias económicas y morales. El exceso de profesionales y la turba enorme de los bachilleres fracasados en su intento de seguir carreras liberales, suministran la mitad de los candidatos a empleados públicos; los limitados horizontes de nuestra expansión agrícola, y la repugnancia por la actividad fabril y comercial que nuestra enseñanza se ha empeñado en no destruir, suministran la otra mitad;

⁷⁷El concepto que los conquistadores tenían de los letrados se refleja abundantemente en todos los documentos de los siglos xvi y xvii.

La Real Audiencia, suprimida por inútil en 1574, fue restablecida a principios del siglo xvii, contribuyendo desde esta fecha la autoridad y el prestigio de que el Rey había rodeado a sus miembros, a disminuir paulatinamente el desprecio que nuestra sociedad, de psicología netamente militar, profesaba a los letrados.

y la ineptitud industrial obliga a vegetar como corredores, agentes o chalanés que no responden a ninguna necesidad efectiva, a aquellos que no alcanzaron ni profesión liberal, ni empleo público, ni plaza en la agricultura.

El salitre, señalado por la observación superficial como causa determinante de uno de los factores del desarrollo del parasitismo, la empleomanía, sólo ha suministrado el campo propicio al desenvolvimiento vigoroso de gérmenes que estaban incubados desde años atrás.

En realidad, a la época en que el impuesto que grava su exportación llevó algún desahogo al Fisco, ya la educación había canalizado al chileno hacia los empleos públicos, reavivando su desprecio mal extinguido por la actividad económica e inutilizándolo para el trabajo industrial. De aquí que, desdeñando los amplios horizontes que el salitre brindó a su esfuerzo, se precipitara sobre las migajas del presupuesto.

6

Entre las consecuencias de los cambios en las condiciones sociológicas de nuestra evolución que han repercutido más enérgicamente sobre nuestro desarrollo, debe contarse, también, nuestra crisis moral.

No pasó por la mente de Lastarria, de Amunátegui, de Barros Arana, ni por la de ninguno de los escritores y educacionistas de las dos generaciones precedentes, el temor de que la penetración íntima de nuestra alma por civilizaciones extrañas pudiera ser causa de graves perturbaciones morales. Creían, con la filosofía de su época, que el andamiaje de la sociedad tradicional podía ser reemplazado impunemente por remedos de las sociedades europeas. Confiaban en que el resultado de este cambio sería una simple aceleración

del progreso⁷⁸. No tomaron, pues, en los rumbos impresos a la educación las precauciones que habrían podido atenuar notablemente los hondos trastornos morales que de él iban a derivar.

Como ya se ha visto, la influencia de las civilizaciones europeas, tardó bastante en penetrarnos íntimamente. Entre los intelectuales de la generación anterior, tal vez es Barros Arana el más sugestionado; y, sin embargo, por poco que se ahonde en su psicología, se percibe que, más allá de la cultura científica y literaria netamente europea, está en toda su integridad moral el acervo de ideas y de sentimientos acumulados por el alma chilena en trescientos años de vida propia, realizada al amparo del aislamiento creado por la ubicación geográfica y la deficiencia de las comunicaciones.

Pero, cuando en el último tercio del siglo XIX, las propias bases de sentimiento y de pensamiento sobre las cuales descansaba nuestra sociedad, minadas por la educación exótica en el interior y atacadas desde afuera por la sugestión cada vez más intensa de civilizaciones más fuertes, cedieron, el desenvolvimiento moral del pueblo chileno, que venía desde el origen de la raza, realizándose en condiciones excepcionalmente favorables, se hizo más lento, se detuvo en absoluto poco más tarde, y desde 1880 en adelante, experimentó

⁷⁸El deseo de destruir las bases de pensamiento y de sentimiento de nuestra sociedad, o sea, de suicidarse, como diría un sociólogo de hoy, aunque sólo se generalizó más tarde, aparece ya con fuerza en algunos escritores hacia 1840. Lastarria, aludiendo a su influencia sobre FRANCISCO BILBAO, dice: «En este proceso tomaba por criterio las ideas de nuestra escuela literaria y política de Chile, sobre la necesidad de desarrollar en sociedad y en política los principios de la revolución democrática, *reaccionando contra la civilización española, contra todo el pasado colonial, a fin de regenerar nuestra sociedad y de fundar en nuevas ideas nuestro porvenir*». LASTARRIA, *Recuerdos Literarios*, p. 282.

una franca regresión. Se extendió rápidamente en la colectividad una postración, un malestar confuso y generalizado, cuyas líneas más salientes son el descontento, la falta de fe en el porvenir, la pérdida de los hábitos y tradiciones de gobierno y administración y una especie de desequilibrio agudo entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

No es difícil señalar el origen de esta regresión, que se ha denominado la crisis moral de Chile.

La base, la piedra angular de la moral de toda sociedad, la constituyen las ideas y sentimientos tradicionales. Buenos o malos, sublimes o ridículos, para el crítico que los juzga por comparación con los de otros pueblos o con referencia a determinadas sectas religiosas o sistemas filosóficos, la experiencia social demuestra que no pueden ser quebrantados o modificados bruscamente, sin grandes trastornos morales. El advenimiento del cristianismo marcó para la humanidad un gran paso; y sin embargo, al quebrantar el patrimonio hereditario de la sociedad romana, influyó en la disolución del imperio más que los latifundios, que los bárbaros y que la propia corrupción, con ser grande.

Ahora bien, como ya lo hice notar en uno de los capítulos anteriores, la admiración por las civilizaciones europeas que el libro, la enseñanza y otros factores despertaron en nuestra sociedad, tenía fatalmente que debilitar nuestras ideas y sentimientos tradicionales. La admiración por lo extranjero disminuye, en igual medida, la admiración por lo propio. No se da impunemente una enseñanza calculada para enaltecer sociedades extrañas, en un pueblo joven sensible a los efectos de la educación. El descontento de sí mismo, las dudas sobre el porvenir y aún el desprecio abierto por todo lo nacional, no se hacen esperar largo tiempo.

Nuestra sociedad, al pasar bruscamente del enclaustramiento colonial a un contacto íntimo con las civili-

zaciones europeas, experimentó, pues, un verdadero desquiciamiento de su antiguo andamiaje moral, por la socavación de las bases en que estaba asentado.

Nada vino a reemplazar el edificio derruido, porque las adquisiciones que hicimos por imitación, sobre ser exclusivamente intelectuales, fueron tan heterogéneas que su influencia moralizadora tenía fatalmente que anularse.

Voy a explicarme.

Los pueblos, como los individuos, tienen temperamento y carácter propios, que imprimen un sello personal y exclusivo a todas las manifestaciones de su actividad. No existen dos razas que piensen, sientan y obren exactamente igual. No obstante, las tendencias cosmopolitas de la civilización contemporánea, el alemán, el inglés, el italiano, etc., conciben de una manera particular aun aquellas instituciones que, como la religión, la patria, la propiedad y la familia, constituyen las bases fundamentales de su civilización común.

Ahora, si de pueblos próximos, como los que acabo de recordar, pasamos a pueblos de civilizaciones distintas, como los indos, los japoneses y los austríacos, o a naciones que tienen una civilización común, pero desigualmente desarrollada, como Chile, Bolivia, Francia y Estados Unidos, sus ideas y sentimientos están separados, no ya por el sello que le imprime la idiosincrasia nacional, sino por verdaderos abismos. Son clásicas las ideas estrafalarias que los indos educados a la europea se forman de la libertad y de otros conceptos igualmente familiares a los pueblos occidentales⁷⁹. Nada más interesante para el psicólogo que los remedos que nuestros literatos, políticos, pedagogos y periodistas hacen de las ideas, sentimientos e instituciones europeas.

⁷⁹G. LE BON, *Las Civilizaciones de la India*, t. II, p. 286.

Como consecuencia de esta diversidad de complejidad intelectual y moral, los productos de una civilización no pueden ser asimilados por otra, sin amoldarse al carácter y al grado de desarrollo de esta última; y si, como ocurre el caso nuestro, el alma nacional, enervada por la propia intensidad de la sugestión, llega a hacerse impotente para realizar la transformación, quedan las ideas y sentimientos imitados, faltos de armonía y de coherencia entre sí y con respecto al patrimonio hereditario o índole propia de la sociedad inferior.

De aquí que, al infiltrarse por sugestión las ideas, sentimientos e instituciones francesas, alemanas, inglesas, etc., se formara en nuestra mentalidad una mezcla abigarrada y contradictoria en que todo choca y se hace fuego, determinando una verdadera interferencia moral, semejante a la que se produce en el orden físico por la destrucción recíproca de los rayos luminosos⁸⁰.

Las adquisiciones que fueron la consecuencia del contacto, lejos, pues, de suplir el vacío que dejó el derrumbamiento de la moral tradicional, agravaron la crisis con la anarquía que produjo la interpolación de ideas y sentimientos exóticos.

Este debilitamiento sin compensación del presti-

⁸⁰Para explicarse la intensidad del trastorno, es menester tomar en cuenta la extrema sensibilidad de las sociedades nuevas, y el hecho de haberse ejercido la influencia, no por el contacto social directo, sino por medio del libro y de la enseñanza que él informó; es decir, por anticipaciones teóricas que, verdaderas o falsas, exceden con mucho a la realidad social europea. De esta suerte nosotros, considerablemente atrasados con relación a las sociedades alemana, francesa, etc., hemos quebrantado todas las grandes fuerzas sociológicas que hicieron posible el desenvolvimiento vigoroso de esos pueblos, para reemplazarlas por ideologías que ellos son todavía incapaces de realizar. Nunca he podido contemplar esta faz de nuestra civilización sin que me asalte la imagen de las tribulaciones del niño al cual se ingieren ideas superiores a su desarrollo mental.

gio de las ideas y sentimientos tradicionales, determinó en nuestra sociedad un estado de amoralidad, o sea, la relajación de la fuerza de los hábitos que regulaban su conducta y su modo de ser, semejante al que el pueblo inglés experimentó en el período comprendido desde la Restauración hasta el advenimiento de la casa de Hannover.

Otro fenómeno, originado también por el contacto y la educación, agravó sus consecuencias.

Creían nuestros padres —y aun continúan creyéndolo casi todos nuestros intelectuales— que en el contacto íntimo con los pueblos europeos, nuestra sociedad iba a asimilar armónicamente toda su civilización; es decir, que el contacto nos elevaría moralmente en la misma medida en que iba a desarrollar nuestra inteligencia; y que junto con refinarnos, nos daría las aptitudes económicas necesarias para subvenir a las nuevas exigencias creadas por el progreso.

Desgraciadamente las cosas no pasaron así.

Como ha ocurrido siempre que un pueblo inferior se ha puesto en contacto intenso con otros más desarrollados, asimilamos los refinamientos y la capacidad de consumo propios de las civilizaciones superiores, sin ninguna de las grandes fuerzas económicas y morales que constituyen su nervio. Aprendimos a asearnos, a vestirnos elegantemente, a vivir con comodidad, a oír música, a apreciar las bellezas de la escultura y de la pintura, a leer versos y a presenciar representaciones teatrales; pero no adquirimos al propio tiempo el sentido práctico, la aplicación regular y constante, la exactitud, la capacidad para la asociación, la honradez en sus variadas formas y la competencia técnica, en la medida que permiten al europeo desarrollar una eficiencia económica en armonía con las necesidades creadas por el refinamiento. Aprendimos a remedar la etiqueta social y las instituciones; pero no asi-

milamos las virtudes privadas y cívicas que elevan la vida y hacen posible el gobierno democrático.

Dada la sensibilidad de nuestra alma nacional a la acción de todos los agentes sociológicos, la enseñanza pudo evitar el trastorno que iba a ser la consecuencia de la excesiva facilidad con que los pueblos nuevos asimilan, por contacto, las frivolidades y el oropel de las sociedades antiguas. Para ello le habría bastado reducir la educación intelectual a los límites estrictamente necesarios para hacer posible una sólida educación moral y económica.

Pero, como ya se ha visto, nuestra enseñanza general, sobre estar especialmente calculada para atrofiar el desarrollo de las aptitudes que conducen a la actividad industrial, omite dar el ideal económico, y confía la educación moral a »la influencia de las luces del espíritu«⁸¹. Reducida a una simple instrucción, no sólo no podía evitar los inconvenientes del contacto, sino que tenía fatalmente que aumentarlos, estimulando la admiración por la ciencia, por las artes liberales y por el oropel social, y creando en el individuo, con el refinamiento, necesidades nuevas.

Se produjo así un desequilibrio en nuestra alma, determinado por el desarrollo excesivo de las facultades intelectuales sin el correspondiente desarrollo moral, por las grandes necesidades impuestas por una vida más civilizada a un pueblo desviado de la actividad

⁸¹Aunque lo estimo casi innecesario, quiero precisar el alcance de este concepto sobre nuestra educación moral, que repito por segunda o tercera vez. Teóricamente la educación moral forma parte de nuestra enseñanza; pero reducida a unas cuantas nociones religiosas o a algunas abstracciones filosóficas, que enseñadas por medio de métodos pedagógicos contraindicados para realizar la verdadera educación moral y supeditadas por las tendencias opuestas de una instrucción desmesuradamente desarrollada, en la práctica no alcanzan a crear, como en la educación inglesa, un ideal de la vida y una norma de conducta práctica.

económica por la enseñanza que recibe, y finalmente, por la importancia desmedida que el oropel social pasó a ocupar entre los ideales de la vida.

Desde mucho antes que se hicieran aparentes los síntomas de nuestra crisis moral, se venían, pues, realizando grandes cambios en el alma chilena. Cuando adquirimos el salitre, hacía ya tiempo que la acción combinada de la enseñanza y del contacto con civilizaciones más avanzadas, había quebrantado el andamiaje tradicional de nuestra sociedad y desequilibrado nuestro desenvolvimiento mental. El trabajo lento y silencioso que precede a los grandes trastornos morales, estaba realizado.

Como ocurre casi siempre en los fenómenos sociales, los efectos tardaron algo en seguir a las causas. Las propias esperanzas quiméricas que cifrábamos en el remedo de las sociedades europeas, aplazaron nuestra desmoralización. Mientras confiábamos con fe sencilla en que el simple advenimiento de la libertad, el desarrollo de la instrucción y la copia de las instituciones, nos harían virtuosos, ricos y grandes, la sugestión optimista mantuvo nuestra moral. Pero en cuanto la realidad disipó el ensueño, en cuanto palpamos que la instrucción no nos había tornado sobrios, trabajadores y honrados, ni las libertades nos habían hecho grandes y fuertes, ni el sistema parlamentario había aumentado nuestras virtudes cívicas, ni mejorado el gobierno y la administración, desapareció la sugestión, dejando no la realidad desnuda, sino el pesimismo que sigue al derrumbamiento de las grandes ilusiones.

Perdida la fe en nuestras ideas y sentimientos tradicionales, atrasados y rudos bajo más de un punto de vista, pero definidos y perfectamente adaptados a nuestro entendimiento, como que eran el producto de su trabajo secular, sobrevino la amoralidad, la relajación general de las fuerzas directrices de la vida. Desquicia-

do nuestro cerebro por la interpolación de ideas y sentimientos exóticos, filosóficamente todo lo elevados que se quiera, pero vagos, contradictorios e imposibles de ser asimilados sin desfiguración, para nuestra complejión mental, falta de correspondencia con la de los pueblos que los elaboraron, se produjo la angustia intelectual y moral. Moldeados por la enseñanza para el cultivo de las ciencias y de las artes liberales en una sociedad que, a diferencia de las antiguas, no tiene la institución de la esclavitud para satisfacer sus necesidades económicas, ni tiene, como otros pueblos jóvenes, un medio físico pródigo que supla las deficiencias de aptitudes de la raza, nos encontramos en la imposibilidad de subvenir a las grandes necesidades materiales impuestas por una vida más culta y más refinada⁸². Obligados a rehacer en la vida adulta los ideales y a rehabilitar aptitudes que la enseñanza atrofió, cundieron entre nosotros la desorientación, la duda y el desaliento.

Las virtudes cívicas y las tradiciones administrativas, aún no bien consolidadas, desaparecieron con rapidez en cuanto se debilitaron las fuerzas morales en que descansaban.

El descontento, el abatimiento y la falta de fe en sí mismo, inherentes a todo intelecto anarquizado y a toda alma desequilibrada, nos envolvieron en un malestar confuso y vago, que todos palpan pero que nadie define⁸³.

⁸²Aludiendo a las consecuencias morales de este desequilibrio ha dicho un célebre sociólogo y educacionista: »El hombre más honrado del mundo cuando se encuentra reducido a la extremidad e incapacitado para salir de ella, se ve obligado a vivir de expedientes y se convierte pronto en el peor de los pícaros«.

⁸³Este malestar, lo mismo que la anarquía de la cual deriva, se refleja en toda nuestra producción intelectual de los últimos veinte años; pero en ninguna parte se condensa con mayor fuerza que en un libro reciente: *Sinceridad*, olla de grillos en que se revuel-

Tal es el origen de la crisis moral que nos azota, en parte consecuencia ineludible y fatal de las transiciones bruscas a que está sujeta toda sociedad inferior que evoluciona en estrecho consorcio con otras superiores; y en parte, hija de la miopía intelectual de los directores de nuestra enseñanza, empapados en una pretendida ciencia de la educación, que es hoy una fraseología rancia desprovista de todo valor⁸⁴. Hay en ella mucho de transitorio, de perturbación pasajera, que el propio juego de las fuerzas sociales habrá de enmendar; pero hay, también, algo grave y alarmante que amenaza nuestros propios destinos.

El concepto de deber, que siempre estuvo en el chileno menos desenvuelto que el de derecho, se ha debilitado considerablemente. La tendencia a hacer del placer y del bienestar el objeto y el fin de la vida gana te-

ven los restos mutilados del alma chilena, y las sugerencias aún crudas de lecturas descabaladas; zarabanda infernal en que danzan estrechamente enlazados ensueños alemanes y yankees de poderío material y moral y reminiscencias del desprecio que los filósofos de otra época profesaban al comercio y a los negocios en general; abortos de reivindicaciones socialistas y el respeto a las instituciones y fuerzas que las hacen imposibles; el antimilitarismo y el sentimiento vigoroso de la nacionalidad; los odios estrechos y sectarios de la filosofía crítica del siglo XVIII y la admiración por la ciencia positiva de nuestra época.

Esta obra, escrita por un educacionista distinguido, es un documento de alto valor psicológico. Más allá de lo que hay en ella de subjetivo y aún de convencional, más allá de las explosiones del temperamento del autor y de las tintas recargadas por el recurso viejo y manoseado de convertir en regla la excepción, palpitan las angustias intelectuales y morales de nuestra alma desquiciada. Repitiendo algo que dije en otra parte, más que el producto de un cerebro enfermo, es una manifestación aguda de la crisis que nos aflige.

⁸⁴Por un fenómeno curioso, la ciencia de la educación, que intentó constituirse mucho antes que la sociología naciera, ha quedado notablemente rezagada con relación a los avances de las ramas de la ciencia social que constituyen sus bases, y eso que estos avances no pecan por exceso.

rreno con rapidez; y lo que hoy es, todavía, una desviación fácil de corregir, si no se interviene, en el transcurso de algunas decenas de años se incorporará a firme en el alma nacional.

Las consecuencias económicas de las perturbaciones morales, se han dejado sentir no sólo por la vía del desgobierno y del desquiciamiento administrativo, sino, como habrá de verse más adelante, por la destrucción directa de algunas de las más poderosas fuerzas de expansión económica.

7

Finalmente, entre las consecuencias de los cambios verificados en los factores económicos y sociológicos de nuestra evolución durante los últimos cuarenta años, deben contarse, también, las manifestaciones patológicas con cuya descripción inicié este estudio.

En efecto, si se hace por medio de curvas una representación gráfica del desarrollo de esos fenómenos y otra de las mudanzas de que se ha hecho caudal en los capítulos VIII y IX, se advierte un paralelismo notable, que sugiere inmediatamente la relación de causa a efecto.

Por los datos ya anticipados a este respecto, se ha podido comprender que, ni las modificaciones en los factores económicos ocurridas dentro y fuera de la propia casa, ni el aumento de intensidad del contacto con Europa, ni la difusión de la enseñanza, bastan por sí solos para explicar la lentitud de nuestro crecimiento, la debilidad de nuestros cambios, el desplazamiento económico del chileno y la decadencia del sentimiento de la nacionalidad observados en los últimos años; pero esos mismos datos permiten también entrever que, en la compleja red de factores que han determinado estos fenómenos, les corresponde el primer lugar.

Como se verá con mayor claridad en los capítulos siguientes, su influencia directa ha sido grande, y la que indirectamente han ejercido por medio de las reacciones secundarias de sus consecuencias, o sea el desarrollo del parasitismo, la crisis moral, etc., ha sido sencillamente enorme.

Causas del desplazamiento económico del nacional

1

Entre los factores que han determinado el desplazamiento económico del nacional, ocupa el primer lugar el aumento en la intensidad del contacto con Europa.

El español que acompañó a Pedro de Valdivia y el que vino durante la Colonia, fue en conjunto, como lo acabo de decir, de un tipo más militar y más alejado de la fase industrial que el común de los conquistadores y colonizadores de América, a su turno, menos aptos para la actividad económica que la masa de la población peninsular⁸⁵.

El mestizaje agravó, todavía, las consecuencias de esta selección militar. El español al cruzarse con la hembra de una raza que, como la aborígen, aún no salía de la edad de la piedra, experimentó un considerable retroceso en su jornada hacia la fase industrial.

El medio físico y los acontecimientos históricos obraron con extraordinaria fuerza en el sentido de transformar el tipo militar de nuestro conquistador en tipo industrial; pero ni su enérgica influencia ni el refuerzo que recibieron de la inmigración vasca del siglo XVIII, pudieron nivelarnos con las viejas sociedades europeas.

De aquí que al romperse, después de la independencia, el casi enclaustramiento en que las distancias, los defectuosos medios de comunicación de la época y el

⁸⁵ Los principales conquistadores, no obstante las encomiendas que recibieron, murieron arruinados. Pedro de Valdivia y Francisco de Villagra debían al rey a la fecha de su fallecimiento gruesas sumas. Francisco de Aguirre y Juan Jofré murieron concursados.

propio régimen colonial español⁸⁶, nos habrían mantenido, el chileno y el europeo se encontraron en la situación de líquidos de diversa densidad que se ponen en contacto en los vasos comunicantes. El inglés, el francés, el alemán, el español, etc., más emprendedores, más perseverantes y más sobrios y favorecidos por un arte industrial superior, tenían fatalmente que desplazar al chileno, cuyas aptitudes para la lucha económica estaban aún poco desenvueltas y cuya educación industrial y comercial era nula.

Las mismas causas que produjeron el desplazamiento del antiguo conquistador español de la posesión del suelo, de las minas y del comercio por los vascos que llegaron a nuestro país en el siglo XVIII, un siglo más tarde desplazaron de las industrias y del comercio a los hijos de éstos, incapaces de afrontar la competencia aún más rigurosa creada por la facilidad y frecuencia de las comunicaciones.

⁸⁶Nuestros historiadores han culpado al régimen de aislamiento de la ineptitud industrial con que salió el chileno de la Colonia. Sin duda que bajo un régimen liberal de puertas abiertas, los trastornos que provocó el contacto hubieran sido menos intensos; pero es menester no olvidar que, si los medios obraron con inusitada energía, transformando en menos de tres siglos a un tipo netamente militar en semindustrial, ello se debió al aislamiento. Sin él, en lugar de la transformación, se habría producido el desplazamiento y la eliminación de nuestra raza, cuyos defectos de educación la colocan hoy en condiciones de inferioridad; pero cuya fuerza de voluntad es prenda de futura superioridad, el día en que nuestra enseñanza renuncie a la tarea de formar cerebros sin cuerpo.

Todavía, en otro terreno, el fenómeno hasta hoy no explicado de que, habiendo sido nosotros la más atrasada de las colonias, hayamos moldeado un alma definida y propia antes que los demás pueblos hispanoamericanos, débese principalmente al aislamiento colonial.

En realidad, si a fines del siglo XVIII estábamos bajo muchos respectos en el estado social de los ingleses del siglo XV, las causas de este atraso fueron étnicas y no políticas.

Mientras la intensidad del contacto fue moderada, el desplazamiento fue relativamente lento; pero cuando, a partir del segundo tercio del siglo XIX, aquél se hizo intenso, fuimos desalojados casi completamente de la navegación y del comercio, ramos en los cuales habíamos dominado sin contrapeso años atrás, y desposeídos de la naciente industria del salitre y de parte considerable de la del cobre.

2

Si la concurrencia rigurosa creada por el contacto empujó al chileno del comercio y de las industrias, los ideales y tendencias de nuestra enseñanza lo separaron, por su parte, atrayendo su actividad hacia otros rumbos y reavivando su desprecio, todavía mal extinguido, por el trabajo industrial.

Como lo he repetido con insistencia majadera, el chileno de los siglos XVI y XVII profesaba a la actividad intelectual y a la actividad económica el más profundo desprecio. Ambos eran para él oficios indignos de hidalgos. Pero el conjunto de circunstancias derivadas de los medios y de los acontecimientos a que ya he hecho también referencia, lo obligaron a plegarse a la actividad económica con un vigor de que casi no hay otro ejemplo en la historia. Ya en el siglo XVIII la mejor sociedad de Santiago había aceptado la agricultura, la minería y el comercio como oficios compatibles con la dignidad humana. Los miembros más conspicuos de la familia Larraín, cuya influencia ha quedado clásica, eran en esa fecha comerciantes. Don Francisco Javier Errázuriz, fundador en Chile de la familia de este apellido, que ha dado a la República tres gobernantes, fue un comerciante honorable y distinguido. Su primogénito don Francisco Javier Errázuriz y Ma-

dariaga, abogado, alcalde ordinario, juez de comercio y rector de la real »Universidad de San Felipe«, no sólo ejerció él mismo el comercio, sino que dirigió personalmente la educación de su hijo Ramón, »a quien destinaba especialmente a seguir la carrera del comercio«⁸⁷. Don Mateo de Toro Zambrano, llevado a la presidencia de la primera Junta de Gobierno, más por su situación social que por su capacidad política, ejercía igualmente el comercio. Largo tiempo después de la independencia la mejor sociedad chilena continuó considerando el comercio como oficio decoroso. Básteme recordar a don Diego Antonio Barros, caballero de alta situación social y padre del más ilustre de nuestros historiadores, y a don Diego Portales, la más alta expresión del genio político de nuestra raza.

Entre 1540 y 1840 nuestra evolución fue perfectamente normal. Durante tres siglos la pasmosa energía guerrera acumulada por una selección durísima, se transformó lenta pero constantemente en actividad industrial. Primero pastoreamos el ganado, aramos la tierra y recogimos el oro fácilmente explotable; después hicimos el comercio y la navegación; y hacia el fin, principiaban a manifestarse las aptitudes de más tardío desenvolvimiento, o sea, los que hacen posible la actividad fabril⁸⁸. El concepto social de la

⁸⁷ Don Ramón Errázuriz y Aldunate, nacido en Santiago en 1785 y radicado como comerciante en Cádiz, desde principios del siglo XIX. MEDINA. *Los Errázuriz*, p. 65.

⁸⁸ El medio empujó con tal fuerza al español hacia el trabajo que, no obstante su repugnancia por él y su ineptitud, en el siglo XVI ya funcionaban, entre otros establecimientos industriales, los ingenios de caña de azúcar de Aguirre en Copiapó y de Gonzalo de los Ríos en La Ligua; las fábricas de tejidos de Rodrigo de Araya en el Salto, de Juan Jofré en Peteroa, de Alonso de Córdoba en Rancagua y otra en Osorno; los astilleros de Antón Núñez en Concón, de Juan Jofré en Maule y otro en Valdivia; los molinos de Bartolomé Flores, Rodrigo de Araya y Juan

actividad evolucionó, como era ineludible, en sentido paralelo a la evolución de la actividad misma. Se ha visto la situación social de las personas que hacían el comercio. Los esfuerzos de un intelectual, como don Manuel de Salas, en favor de la fábrica de tejidos que hizo instalar con el concurso de Santiago Heitz, llegado al país en 1804, la aceptación que esta tentativa encontró en el público, la introducción hecha por el mismo Salas del gusano de seda como explotación industrial, y mil detalles más que omito para no alargar, revelan que, si las aptitudes mismas para el trabajo fabril no habían alcanzado aún desarrollo completo, ya la repugnancia de nuestra sociedad por él, había disminuido notablemente.

Pero hacia esta fecha entra en juego un nuevo factor. La enseñanza sistemática solicita al niño hacia las letras primero y hacia las ciencias más tarde, y desarrolla sólo las aptitudes que conducen a este género de actividad. Obra en el sentido de hacer saltar a nuestra sociedad de la fase militar a la intelectual, antes de completar su evolución hacia el industrialismo. Procura formar un cerebro sin cuerpo.~

La transformación de nuestra primitiva energía guerrera en actividad industrial era, todavía, demasiado incompleta y reciente, para que pudiera resistir a la influencia del nuevo factor. El desprecio por el comercio, apenas adormecido, como que en el orden del tiempo marca la última etapa que alcanzamos a hacer en nuestra jornada hacia la fase industrial, rea-

Jofré; la de jarcia de Juan Bautista Pastene en Tagua-Tagua; la de alfarería de Jerónimo de Alderete. Pero esta temprana canalización del conquistador en la actividad industrial, se estrelló con el escaso desenvolvimiento que en esa fecha habían alcanzado sus aptitudes para este género de trabajo. AMUNÁTEGUI. *Las Encomiendas de indígenas en Chile*, t. I, p. 77 y MEDINA. *Documentos*.

pareció con fuerza⁸⁹. El chileno puesto en contacto con el comerciante extranjero, en lugar de acentuar su vocación por esta carrera y de perfeccionar, por la influencia refleja del roce sus aptitudes para ella, como seguramente habría ocurrido a no mediar factores de perturbación, solicitado por la enseñanza en otras direcciones, le volvió desdeñosamente la espalda. Pocos años más tarde los nietos de los patricios que en el siglo XVIII dominaban en el comercio y en nuestra sociedad, procuraban ocultar, como algo desdoroso, el oficio que desempeñaron sus mayores, o se volvían duramente contra él. Uno de ellos, producto ya formado dentro de los ideales de la enseñanza sistemática, don Benjamín Vicuña Mackenna, decía, en tono de reproche: »En el siglo XVIII los labriegos de Navarra y los mercaderes de Vizcaya, se adueñaron por el sobrio trabajo y la avaricia apretada de la herencia de los fieros encomenderos de la conquista«⁹⁰. Mucho más tarde, al concluir el siglo XIX, otro de otros nietos, joven de gran valor moral, se asoció a una firma italiana para girar en el ramo de abarrotes, contrayendo la obligación de intervenir personalmente en el giro del negocio; y su decisión fue recibida como cosa inaudita que llevó la estupefacción a sus relaciones.

Tan enérgica es la influencia de nuestra enseñanza en el sentido indicado, que he recogido de los labios de padres ingleses que colocaron sus hijos internos en colegios chilenos, es decir que los sometieron, separándose de ellos, a la acción de la enseñanza sistemática en un medio chileno, relatar los grandes esfuerzos que les costó volverlos a la actividad económica. No sólo desea-

⁸⁹Es menester recordar que, además de ser entre las conquistas alcanzadas la menos consolidada por la herencia, y por consiguiente la más débil, los chilenos que lo ejercían por residir en la ciudad, recibieron primero y con mayor eficacia la influencia de la enseñanza.

⁹⁰VICUÑA M. *La Quintrala*, p. 47.

han ser escritores, abogados, médicos o ingenieros, sino que despreciaban la industria y el comercio. La herencia en la más fuerte de las razas modernas, no fue bastante a contrarrestar las solicitudes combinadas de la enseñanza sistemática y del medio. Se calculará la energía de su acción, obrando sobre una raza mestiza recién reconciliada con el trabajo industrial.

La psicología del desprecio al comercio, al reavirse bajo la influencia de la enseñanza, experimentó una transformación. Ya no es la repugnancia del hidalgo de lanza y espada por el oficio del villano o del judío, sino una mezcla confusa de esta misma repugnancia con el menosprecio que el intelectual siente por el mercader. »Desde Aristóteles hasta Carlyle —ha dicho John Lubbock— los filósofos, por lo menos gran número de ellos, han escarnecido a quienes se ocupan en el comercio y los negocios, o más bien, han vituperado al comercio y los negocios mismos, como ocupaciones mezquinas y hasta envilecedoras⁹¹, y este juicio ahorra toda explicación sobre el origen del fenómeno que acabo de apuntar.

Paralelamente a la difusión de la influencia de Bello, de Mora, de Lastarria, etc., se desarrolla un florecimiento literario que no guarda armonía ni con el desenvolvimiento mental del pueblo chileno en esa época ni con nuestra vitalidad económica. Alcanza su apogeo en la generación siguiente, o sea la de Amunátegui, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Alberto, Guillermo y Joaquín Blest Gana, Valderrama, Matta, Lillo, Barros Grez, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Rodríguez Velasco, Eduardo de la Barra, Ambrosio Montt, Carrasco Albano, Blanco Cuartín, Rodríguez y cien más, para languidecer poco después, como todo lo artificial. Pero nuestra sociedad, desviada de su evolución

⁹¹ *El empleo de la vida*, p. 29.

normal, no volvió al camino recto. La inmensa turba de los aspirantes fracasados a sabios, a literatos o a artistas, incapacitados para el trabajo industrial, se orientaron hacia las profesiones liberales y los empleos públicos. Ha habido abogados que han tenido que solicitar el puesto de oficial de Registro Civil en cabecera de departamentos modestos para poder vivir. La enseñanza secundaria generó el tipo de bachiller, especie de babu indo, cuyas líneas salientes son el vacío moral, la fatuidad intelectual y la incapacidad para ganarse la vida en ningún oficio útil. Entre 1850 y 1859, la Universidad tituló por término medio 19 al año; entre 1875 y 1879, ya titulaba 174. La flor y nata de nuestra raza, lo que más vale en carácter, en inteligencia y en moralidad, al revés de lo que ocurre en Estados Unidos, se alejó de la actividad productora, y se dirigió hacia las profesiones parásitas.

De esta suerte el chileno, solicitado por la enseñanza en otra dirección, abandonó con agrado el terreno en las industrias y el comercio al extranjero que lo empujaba.

3

Por último, la concentración creciente de nuestro desarrollo material en las industrias extractivas del salitre y del cobre, ha influido, también, en el fenómeno que estudio. Como lo hice notar en el capítulo III, estas industrias, que tienen las grandes exigencias de capital y de competencia técnica de la manufactura, ofrecen un campo singularmente propicio para el desplazamiento del nacional. En ellas el extranjero, que tiene en su favor la abundancia de los capitales, el tipo bajo de interés y la mayor competencia técnica y administrativa, no tiene en contra, como en la agricultura, las mil peculiaridades que derivan del clima y del suelo y que hacen extremadamente difícil y eventual la dirección administrativa para el que no está en el terreno.

La rápida intensidad que el desplazamiento adquirió entre 1880 y 1900, o sea durante el período de formación y desarrollo de la industria salitrera en Tarapacá, deriva de esta causa. La reacción que se percibe después de 1900, se explicará en el capítulo final de este volumen, al hablar de la evolución económica en la hora actual.

Causas de la debilidad y lentitud de nuestro desarrollo después de 1865

1

En el concierto de las naciones hispanoamericanas, Chile ocupó años atrás una posición más espectable que hoy. Era menor la distancia que le separaba del Brasil, la Argentina no le había sobrepasado, y se divisaba más distante la posibilidad de que las demás repúblicas llegaran a nivelarse con él.

Había indudablemente en este orden de cosas algo de artificial.

La configuración geográfica del país; la disciplina creada por la guerra de Arauco, y algunas de aquellas circunstancias accidentales que tanto suelen pesar sobre los destinos de los pueblos, como la existencia de una sola ciudad de gran importancia, la seriedad y honradez de casi todos los últimos gobernantes de la Colonia, y la aparición milagrosa en una sociedad que pasaba sin intermedio de la ignorancia a la ideología, de un estadista en quien se aunaban las grandes capacidades del hombre de acción y un concepto del estado social y de la idiosincrasia de la raza tan claro que toca los límites del genio, consolidaron entre nosotros el orden mucho antes que en las restantes nacionalidades desgajadas de España. Esta circunstancia nos permitió tomar una ventaja que no guardaba armonía con la modestia de nuestros elementos físicos de crecimiento.

Sin embargo, nuestro descenso de posición no es el resultado de sólo el avance inevitable de naciones favorecidas por grandes factores materiales, hasta ayer perdidos a causa de la anarquía y fecundados hoy, al ampa-

ro del orden y de la regularidad, por los brazos y capitales propios y extraños, sino, también, de una decadencia muy real y efectiva en la vitalidad de nuestro desarrollo.

No es una anomalía que, teniendo nosotros en 1854 trescientos cuarenta y siete mil habitantes más que la República Argentina, tengamos hoy tres millones menos que ella. Pero sí lo es —y grande— que, sin exceder aun nuestra población de tres y medio millones, su crecimiento anual haya disminuido a menos de la mitad, y sea hoy inferior al de Holanda, al del Japón y al de Inglaterra, como todo el mundo lo sabe, países saturados que experimentan fuertes pérdidas por emigración⁹².

Desde mediados del siglo XIX, el orden ya establecido se consolida definitivamente, los caminos y el riel dan salida a los productos, las comunicaciones con Europa se hacen rápidas y frecuentes, la instrucción se difunde, el empresario y el capital extranjeros movilizan nuestras riquezas naturales, la civilización, en suma, avanza con energía; y sin embargo, el crecimiento de la población decae desde 2,61 % en 1854, hasta llegar a 1,11 % en la hora actual, descartando por erróneas las cifras de 0,75 % y 1,51 % que consigna la estadística oficial para los últimos veintidós años.

Como lo hice notar en el capítulo primero, el desarrollo de la agricultura, de la minería, exceptuando el sali-

⁹² Como se recordará, el crecimiento de la población ha sido en Chile; 2,61 % entre 1843 y 1854; 2,15 % entre 1854 y 1865; 1,33 % entre 1865 y 1875; 1,59 % entre 1875 y 1885; 0,75 % entre 1885 y 1895; y 1,51 % entre 1895 y 1907. Como también se recordará, el aumento de 1875-1885, fue producido por la incorporación a nuestra soberanía de Tacna, Arica, Tarapacá y Antofagasta. Por último, hay que tener presente que las cifras absurdas de 0,75 % en el decenio 1885-1895 y 1,51 % en el de 1895-1907, son el resultado de una inflación ordenada para fines electorales en el censo de 1885 y de graves deficiencias en el censo de 1895. La última comisión del censo no quiso hacer caudal de estos errores, a fin de no producir en el público la impresión pesimista que dejan las cifras. Nuestro crecimiento actual es aproximadamente de 1,11 %.

tre, del comercio, de la manufactura y de la navegación; no es más satisfactorio que el de la población.

Me ha parecido oportuno agrupar en un capítulo las causas de este fenómeno, dispersas en el curso de este trabajo.

2

A partir de 1873 se produjo un descenso mundial de los precios que alcanzó su límite extremo en 1896. El índice de Sauerbeck bajó paulatinamente de 111 a 61, lo que traducido al lenguaje corriente significa que las distintas mercaderías que son objeto del comercio, perdieron con relación a la moneda, por término medio, casi la mitad de su antiguo valor. El descenso fue aún más acentuado en los artículos de procedencia agrícola. El precio del trigo, del maíz, de las arvejas, de la avena, etc., se redujo a la mitad: 106 en 1873 y 53 en 1896.

Las causas de este descenso son numerosas y no interesan al propósito de este párrafo. Básteme recordar dos: la desmonetización de la plata, realizada en la década 1870-1880 en casi todos los países del continente europeo; y el ingreso a la producción de grandes zonas agrícolas hasta entonces sin fácil salida al mar. Como se recordará, entre 1870 y 1890 ingresaron a la concurrencia agrícola universal, India, Estados Unidos, Canadá, Rusia, Australia y la República Argentina.

El descenso de los precios y las perturbaciones que este fenómeno llevó a la actividad económica entera, produjeron en los negocios un prolongado malestar, una especie de crisis sorda o latente que duró largos años. Fue tan considerable la influencia de este estado de depresión continuada sobre todos los fenómenos económicos, que la fiebre que entre 1882 y 1884 encendió en Francia el plan de trabajos públicos de Freycinet, contrariando a la experiencia de todo el siglo, ni repercutió

sobre Inglaterra y Alemania, cuyos mercados estaban en estrecha comunicación con el francés, ni detuvo transitoriamente el descenso de los precios. »Los negocios están universalmente malos; nadie gana« —decían los economistas de la época.

Este malestar se reflejó muy especialmente sobre el desarrollo agrícola. Los antiguos países exportadores de cereales tuvieron que moderar el suyo, para hacer lugar a los recién llegados, cuyos suelos vírgenes el riel había acercado al mar.

El descenso incesante del valor de la moneda disimuló a los ojos de los contemporáneos la baja enorme en los precios de los productos agrícolas, que a la sazón formaban parte importante de nuestras exportaciones; pero el estudio detenido de esa época, no deja lugar a dudas sobre la influencia desastrosa que ejerció en nuestro desarrollo agrícola, sobre el cual descansaba en aquel entonces casi exclusivamente nuestro crecimiento.

3

Un factor interno agravó entre nosotros las perturbaciones que el ingreso a la concurrencia universal de las nuevas zonas productoras, causó en la expansión de los antiguos países agrícolas.

Como lo hice notar en el capítulo VIII, hacia la misma época en que se produjo el descenso en los precios de los productos agrícolas, terminó la incorporación al cultivo extensivo de los 6.000 Km² más fértiles y más fácilmente aprovechables de nuestro territorio, y se brocearon casi todas las minas de ley alta y de fácil explotación. De suerte que el desarrollo agrícola tuvo que encauzarse en el mejoramiento de lo ya aprovechado y en la extensión de los cultivos a suelos más pobres o de más difícil trabajo; y el minero en la explotación del salitre y de yacimientos de cobre de ley baja, que requieren gran-

des capitales y mayor arte industrial. El rendimiento del esfuerzo económico en las nuevas condiciones dentro de las cuales se encauzó nuestra actividad, tenía necesariamente que ser menor.

Así, pues, mientras una perturbación de carácter mundial contrariaba desde afuera nuestra expansión, las mayores dificultades que en el interior le presentaban los elementos físicos, contribuían a disminuir su vitalidad pasmosa de las décadas precedentes.

4

La concentración prematura de los habitantes de los campos, y especialmente la de los patrones en las grandes ciudades, debe, contarse, también, entre las causas que han debilitado en los últimos cuarenta años nuestro crecimiento.

Sin desconocer, como ya lo dije en otra parte, la acción civilizadora de la ciudad ni las ventajas que la concentración tiene para nuestro futuro desarrollo fabril, el éxodo de la población rural, que se hizo muy sensible después de 1860, perturbó nuestro progreso agrícola. El ausentismo trajo por consecuencia el abandono de muchos predios confiados a manos ineptas, la inseguridad y el desperdicio del tiempo en los campos, sin compensación, por lo menos inmediata, en otras ramas de la actividad. Porque, como también lo hice notar, la falta de industrias fabriles y el desprecio por el comercio, impidieron que los patrones y sus hijos agrupados en la ciudad, encontraran para su actividad empleo compatible con su nueva vida.

5

Más pesadamente aún que las tres causas anteriores reunidas, ha influido el desprecio de la población por el trabajo manual, por las industrias fabriles y por el comercio, y el escaso desenvolvimiento y la mala educa-

ción de las aptitudes que danel éxito en la actividad fabril y comercial.

Las favorables condiciones de nuestro territorio para la actividad fabril han permanecido hasta hoy inaprovechadas. No sólo no han surgido las industrias que, por su naturaleza, sólo pueden tomar cuerpo en países de población densa, sino tampoco aquellas que son perfectamente compatibles con nuestro actual desarrollo. Y las pocas que han tomado vuelo, más a impulsos de la iniciativa extranjera que de la propia, sólo en parte aprovechan al crecimiento de nuestra población y de nuestra riqueza. Básteme recordar lo que ocurre con la industria del salitre.

Entre las industrias fabriles, pocas son más compatibles que ésta con las aptitudes y condiciones económicas de un pueblo joven. Sus exigencias de conocimientos técnicos y de capacidades administrativas y comerciales, naturalmente mayores que las de la ganadería y de la agricultura, no son exageradas dentro de la actividad manufacturera. Por ser el salitre un artículo de consumo mundial y de producción exclusiva de nuestro país, no requiere una gran masa de población propia para la salida en gran escala del producto elaborado, ni está sujeto a los rigores de la concurrencia, casi siempre fatales para los primeros pasos de las industrias.

Todavía más, el salitre llegó a nuestro poder en un momento oportuno. Hacia 1880 las minas ricas estaban broceadas y nuestro desarrollo agrícola paralizado por el descenso mundial de los precios y por las mayores dificultades que presentaban los terrenos sobre los cuales debía en adelante continuar. El nuevo campo de actividad llegó, pues, en los precisos instantes en que los antiguos flaqueaban.

Sin embargo, ni la naturaleza de la industria salitrera, menos incompatibles con la ineptitud industrial propia de los pueblos jóvenes y mal educados, ni la opor-

tunidad del momento, fueron bastantes para encauzar dentro de ella nuestra actividad. Abandonamos la explotación al extranjero, y nos limitamos a suministrar los brazos —a la sazón relativamente abundantes, a causa de la debilidad del desarrollo agrícola— y a cobrar un impuesto que nos ha permitido construir algunos ferrocarriles, puentes y palacios y alimentar una nube de parásitos, sin gravar las demás industrias.

La casi totalidad de la participación del empresario en la utilidad del salitre de Tarapacá, ha salido del país sin dejar rastros en nuestra economía; y la considerable intensidad de vida que reflejamente provoca esta industria sólo en parte ha aprovechado a nuestra vitalidad. El enorme consumo de maquinaria y de toda clase de artículos manufacturados que hace la región salitrera, ha robustecido el desarrollo de la población y de la riqueza en los viejos centros fabriles europeos.

Puede ser este un hecho todo lo natural y todo lo inevitable que se quiera; pero no por eso deja de ser una de las causas determinantes de la debilidad que en los últimos años se observa en nuestro desarrollo. Mientras el centro de gravedad de nuestra expansión estuvo situado en los 6.000 Km² de suelos feraces que nos cupieron en el desigual reparto que la naturaleza hizo en Sudamérica de las condiciones geológicas y climatéricas favorables a la producción de pan y de carne, nuestro progreso fue poco aparente, pero muy efectivo. Con poco ruido, casi sin darnos cuenta nosotros mismos, crecimos vertiginosamente. Hoy con triple movimiento y con un fantasmagórico desfilarse de millones que van y que vienen, nuestra población y nuestra riqueza aumentan efectivamente en proporción casi irrisoria. Puede la observación superficial, sugestionada por la actividad ficticia, agotar todos los razonamientos para probar otra cosa. Las cifras 2,61% entre 1843-1854 y 2,15% entre 1854-1865, contra las de 0,71% entre 1885-1895 y

1,51% entre 1895-1907, (o sea 1,11% , que es la cifra exacta en los últimos 22 años) que arroja el crecimiento de nuestra población, dan la medida en que la actividad aprovecha realmente a nuestra expansión y constituyen una roca de granito contra la cual se rompen todos los esfuerzos dialécticos.

Lo que pasa en el salitre, ocurre también, aunque en menor escala, en las industrias del cobre, del comercio, de la navegación, de los seguros, etc. Una buena parte de la actividad que reflejamente derraman sólo nos aprovecha en apariencia.

Nuestra ineptitud y nuestro desprecio por la actividad manufacturera y comercial, conjuntamente con la naturaleza de nuestros elementos físicos de expansión son, pues, la causa principal del fenómeno que nos ocupa. Entre ellos y nuestra capacidad económica hay, como lo he repetido hasta el cansancio, una verdadera antinomia, cuya consecuencia es la lentitud y debilidad de nuestro desarrollo.

6

El parasitismo, aunque consecuencia en parte de nuestra ineptitud fabril y comercial, ha llegado a constituir un factor independiente que contribuye a debilitar nuestra expansión.

La turba de empleados públicos y de intermediarios inútiles y la espesa nube de bachilleres o casi-bachilleres ineptos y ociosos, que en forma disimulada, pero no por eso menos efectiva, pesan sobre las espaldas de los hombres de trabajo, tienen fatalmente que contrariar el desarrollo de un pueblo joven con el cual la naturaleza sólo fue pródiga en aquellos dones que, para ser fecundos requieren una gran suma de esfuerzo humano.

Pero todavía más fatal para nuestra vitalidad económica ha sido, en mi concepto, la obsesión por las profesiones liberales. Diez hombres superiores pesan más

en los destinos económicos de un pueblo que muchos centenares de medianías. Su inventiva fecunda y su espíritu de empresa abren al progreso nuevas vías o perfeccionan las antiguas. Su fuerza de voluntad, sus grandes capacidades como hombres de negocios y su éxito mismo sugestionan a las masas y las guían hacia donde su clarividencia divisa el porvenir. De aquí que yo estime que las profesiones liberales, absorbiendo e inutilizando para la actividad productora el corto número de hombres de carácter y talento superiores que produce nuestra sociedad, han causado un mal mayor que el parasitismo propiamente dicho.

7

El brazo y el capital chilenos han fecundado el suelo de los demás países sudamericanos sin recibir de ellos, salvo Bolivia, nada en compensación. Las mayores riquezas naturales de casi todas estas naciones, en comparación con las nuestras, y, sobre todo, la mayor armonía entre el género de actividad a que se prestan y las inclinaciones y aptitudes de nuestra raza, han determinado una corriente de emigración del chileno hacia ellas.

Es muy difícil estimar las pérdidas que por este capítulo hemos experimentado; pero se puede afirmar que no son insignificantes. No ha habido empresa de alguna magnitud en América a la cual el brazo chileno no haya acudido en abundancia. Los casos de California y del Canal de Panamá son demasiado conocidos para que sea menester recordarlos. Gran parte de las regiones andina y sur de la Argentina han sido fecundadas por el esfuerzo y el capital chilenos. Diseminados en los puertos y en el interior de todos los demás países de Sudamérica, residen innumerables chilenos e hijos de chilenos.

En las regiones mineras, como Bolivia, el capital y el brazo de nuestros connacionales han seguido sirviendo a nuestra expansión económica. Pero esto es la excep-

ción. Las fuerzas productoras que han salido de nuestro país se han perdido definitivamente para él en más de sus siete octavas partes. La familia y la acción radicadora del suelo en los países agrícolas, han fijado para siempre en ellos a nuestros compatriotas y a la riqueza que amasó su esfuerzo.

La emigración se acentuó notablemente entre 1870 y 1900, período de transición y de malestar durante el cual nuestro esfuerzo ni se abrió camino en la manufactura, ni logró dominar las desfavorables condiciones creadas al desarrollo agrícola por los factores de que se ha hecho caudal.

Esta sangría ha influido, como era inevitable, en el crecimiento de la población y de la riqueza.

8

Quedan, todavía, numerosos factores que, sin pesar decisivamente, han concurrido a la debilidad de nuestro desarrollo. Voy a mencionar algunos de ellos.

La mortalidad excesiva, cuyas causas estudié en el capítulo iv.

Dadas las inclinaciones y aptitudes de nuestra raza y las dificultades con que el desarrollo agrícola ha tenido que luchar en los últimos cuarenta años, es probable que la mayor población que habría sido la consecuencia de una mortalidad normal, habría emigrado casi íntegramente. De aquí que coloque entre las causas subalternas un factor que, de otra manera, sería principalísimo. Pero hoy el resurgimiento agrícola, el desarrollo que ha tomado la industria salitrera y los avances que tímidamente principia a hacer la manufactura, dan al problema de nuestra mortalidad una trascendencia económica comparable a su importancia sociológica y moral.

El exceso de consumos irreproductivos, o sea el lujo, la desidia en la conservación de los objetos y su despilfa-

ro, influyen igualmente en la expansión de un país que requiere para su crecimiento, como ningún otro país joven, capitales cuantiosos. Si la mitad de lo que en los últimos cuarenta años hemos despilfarrado o invertido en lujos, lo hubiéramos aplicado a comprar máquinas salitreras, a montar la minería industrial del cobre, a regar nuestros suelos baldíos, aún sin entrar al campo para nosotros de más amplios horizontes de la actividad fabril, la posición de Chile en América sería hoy distinta. La inmensa ventaja que tomamos en la partida, no la habrían descontado tan fácilmente otras repúblicas, a pesar de las enormes riquezas con que las favoreció el destino.

Los pueblos hispanoamericanos, no sólo nos han sustraído fuerzas económicas, sino que han impedido —absorbiéndolas mediante su proximidad y sus mayores riquezas— que lleguen a nosotros en abundancia los brazos y los capitales que emigran de Europa. Nosotros no podremos desarrollarnos sino por crecimiento vegetativo, mientras Brasil, Argentina y otros países no se saturen.

Finalmente, nuestra evolución al industrialismo ha sido retardada, no sólo por los rumbos de la enseñanza, sino por la competencia de los viejos centros fabriles y manufactureros. El exceso de penetración comercial de estas naciones ha contrariado y aun ahogado nuestro desarrollo fabril, en el período en que, según la expresión de uno de los más célebres economistas modernos, tiene toda la debilidad y requiere todo el abrigo de una planta, de conservatorio.

9

El estudio de las causas que han debilitado nuestra expansión, sería no sólo incompleto, sino falso, si no hiciera caudal, de un factor moral que ha pesado en los últimos años más decisivamente que los factores económicos:

la decadencia profunda del sentimiento de la nacionalidad.

Los economistas están siempre inclinados a no ver en los fenómenos económicos sino causas también económicas; los factores psicológicos, los hilos invisibles que guían, aceleran o retardan el desenvolvimiento de una sociedad, quedan casi siempre fuera del alcance de su escarpelo. No es, pues, extraño que no hayan reparado en el paralelismo que existe entre el debilitamiento de la vitalidad de nuestro desarrollo y la decadencia del sentimiento de la nacionalidad.

El que haya seguido la evolución económica y moral de Prusia desde la época de Federico el Grande; el que esté interiorizado en las perturbaciones morales que quebrantaron sus fuerzas en las postrimerías del siglo XVIII; en los desastres de Jena y Auerstaedt, producidos »porque ya antes había muerto la voluntad en el alma nacional«; y haya asistido al resurgimiento de 1860-1911, producido mediante la rehabilitación del sentimiento de la nacionalidad, realizada por los discursos de los filósofos, los cantos de los poetas y la acción admirable de la escuela, no necesita de reflexiones para darse cuenta del papel que la voluntad colectiva de vencer y de ser grande juega en el crecimiento material.

No resisto, sin embargo, a la tentación de reproducir una pequeña cartilla en que se ha condensado el extraordinario espíritu de nacionalidad que ha levantado al pueblo alemán, desde la postración en que estaba hace un siglo, hasta el esplendor económico y moral que hoy alcanza. Dice así:

»1°. En tus gastos, aun los más mínimos, no pierdas nunca de vista los intereses de tus compatriotas y de tu patria.

2°. No olvides que, cuando compras algún producto de un país extranjero, aunque fuese sólo por un »pfen-

ninga, haces disminuir en otro tanto la fortuna de tu patria.

3°. Tu dinero sólo debe hacer el provecho a los negociantes y obreros alemanes.

4°. No profanes la tierra alemana, la casa alemana, el taller alemán, por la presencia en ellos, y el uso de máquinas, instrumentos y utensilios extranjeros.

5°. No dejes nunca servir a tu mesa, carne y grasa extranjeras, que harían agravio a la crianza alemana, y además, comprometerían tu salud, porque las carnes extranjeras no han sido visitadas por la policía de sanidad alemana.

6°. Escribirás siempre sobre papel alemán, con pluma alemana y secarás tu tinta con secante alemán.

7°. No debes vestirme más que con paños alemanes y cubrirte la cabeza más que con sombreros alemanes.

8°. Sólo la harina alemana, las frutas alemanas y la cerveza alemana dan fuerza alemana.

9°. Si no te gusta el café de cebada alemana, bebe entonces el café que provenga de colonias alemanas; y si tú o los tuyos preferís el chocolate, o para los niños, el cacao, vigila que el cacao o chocolate sean mercaderías exclusivamente alemanas.

10. Que los alabanciosos extranjeros no te desvíen jamás de estos sabios preceptos, y quédate convencido, aunque digan lo que digan, que los mejores productos, los únicos que debe usar un ciudadano de la grande Alemania, son los productos alemanes.

Este documento, que expresa con ruda franqueza un espíritu que es común a todos los pueblos fuertes, manifiesta la trascendencia del sentimiento de la nacionalidad sobre la expansión económica en forma más elocuente que todas las reflexiones que al respecto pudieran hacerse. El primer factor en el desenvolvimiento económico de un pueblo es, en efecto, la voluntad de crecer y de dominar. Así como en el campo más modesto de los nego-

cios, jamás deja marcadas las huellas de sus pasos el individuo que no tiene la decisión de surgir, en el escenario más amplio de la concurrencia internacional, nunca abre brecha el pueblo que carece de ambición grande o que no esté animado por la voluntad fuerte y tenaz de no dejarse supeditar.

La decadencia entre nosotros del espíritu de nacionalidad, cuyas causas estudiaré en el capítulo siguiente, ha influido en mil formas sobre nuestro desarrollo. Ha facilitado el desplazamiento del nacional del comercio y de la minería, ha contribuido a desarrollar el desprecio que profesamos a los productos de la industria nacional, ha anonadado la voluntad de luchar y ha perturbado el criterio de nuestros estadistas, enturbiando su visión del porvenir. En los seis años que he permanecido en la Cámara de Diputados, he tenido ocasión de notar en las leyes y en los actos de gobierno que se relacionan con nuestra política económica, perturbaciones que tocan los límites de lo patológico, y que, sin embargo, no nos chocan: ¡Tan poderosa es la sugestión que nos tiene hipnotizados!

Causas de la decadencia del sentimiento de nacionalidad

1

Entre nuestra crisis moral y la decadencia del espíritu de nacionalidad existe conexión estrecha. No sólo derivan en gran parte de causas comunes, sino que accionan y reaccionan entre sí en consorcio tan íntimo que, más que fenómenos distintos, son manifestaciones diversas de un mismo fenómeno.

Sin embargo, no es posible rastrear aisladamente el origen de la decadencia de nuestro espíritu de nacionalidad, sin entrar de lleno en el problema más amplio y más complejo de nuestra crisis moral.

Entre las causas que la han determinado, debe contarse la penetración intensa del alma nacional por civilizaciones más fuertes. Como ya lo he hecho notar⁹³, el contacto íntimo de pueblos muy desigualmente desarrollados determina una verdadera sugestión. La voluntad del inferior se debilita y se subordina a la del fuerte. No sólo se desarrolla en aquél la admiración por las ciencias, las artes, las instituciones y en general por toda la civilización de éste, sino que piensa como él aun en lo que atañe a sus intereses más vitales. Sin darse cuenta, renuncia a su propia conveniencia en aras de quien lo domina. »Se es siempre algo esclavo de aquel a quien se admira«, ha dicho Marión. Y este fenómeno es, todavía, mucho más pronunciado en los pueblos jóvenes (o sea los formados por distintas razas que se cruzaron pocos siglos atrás) que crecen con lentitud⁹⁴. De aquí el paralelismo perfecto que existe entre el aumento de inten-

⁹³Capítulo IV, § 3.

⁹⁴El desarrollo vigoroso da origen al nacimiento de otro rasgo que anula la sugestión: el vértigo de la grandeza. Este es el caso de la República Argentina.

sidad de nuestro contacto con Europa y el debilitamiento de todas aquellas fuerzas que, como la voluntad de luchar y de dominar, el orgullo de raza, la ambición de ser grande, etc., constituyen el espíritu de nacionalidad.

2

La penetración extranjera, realizada por medio del libro y en mucho menor escala por intermedio del viajero, ha obrado más o menos con igual fuerza sobre todos los aspectos del espíritu de nacionalidad. La acción del comerciante, por el contrario, se ha especializado en su faz económica.

En Chile los propósitos del mercader extranjero han sido siempre meramente mercantiles. Pero por la admirable solidaridad que existe entre el individuo y el núcleo social a que pertenece, ha hecho inconscientemente obra sociológica. Al estimular el consumo de artículos exóticos, desviando nuestros gustos del artículo similar nacional, no lo ha movido otro deseo que el de vender más y realizar ganancias mayores; pero, creando en nosotros el hábito de consumir mercaderías extranjeras, nos ha subordinado a las necesidades de industrias extrañas, aun en renglones en que podíamos prescindir de ellas. Del propio modo, cuando pregona las doctrinas libre-cambistas y mueve en su favor la acción de la prensa y las influencias de sus agentes sobre los poderes públicos, sólo persigue la ganancia de algunos miles de pesos; pero ahoga en la cuna a la naciente industria nacional.

Aun sin perseguir fines políticos, ataca, pues, el sentimiento de la nacionalidad. Para realizar sus propósitos de lucro, necesita adormecerlo. Para impedir que el cliente se escape, tiene que debilitar su deseo y su voluntad de independizarse⁹⁵.

⁹⁵ Entre el individuo que arriba procedente de otras civilizaciones y el espíritu de nacionalidad, estalla "un verdadero duelo. En países como Inglaterra, Estados Unidos, etc., que tienen este espíri-

Nuestra enseñanza ha contribuido con su descastamiento a debilitar el espíritu de nacionalidad.

En todos los países fuertes de Europa y de América, la educación está informada por un vigoroso espíritu de nacionalidad. Cuando los yankees eran aún incapaces de fabricar bancos ajustados a las reglas de la higiene escolar, sacrificaron sin piedad el bienestar físico del educando, antes que tolerar en la escuela un testigo de su inferioridad. En Inglaterra no se consideraría educado a un joven que al salir del colegio dudara por un instante que entre su raza y las demás que pueblan el mundo, hay un abismo, o que trepidara en creer que todo lo inglés, por el solo hecho de serlo, es superior a lo extranjero. La propia Francia, herida en las fuentes mismas de la vitalidad y amenazada en su existencia, ha concluido por comprender que en el estado actual del mundo, no se pueden reemplazar por idealismos altruistas el corto número de sentimientos en que descansan las fuerzas de una nación. Todos sus grandes intelectuales, con Gustavo Le Bon y Fouillée a la cabeza, están empeñados en una lucha a muerte con los literatos y escritores de segunda mano, empapados todavía en las quimeras del siglo XVIII.

tu considerablemente desarrollado, la absorción de aquél es rápida. Por el contrario, en aquellos que no lo tienen, el extranjero resiste al medio aún por varias generaciones y hasta llega a dominarlo bajo algunos respectos, como ha ocurrido entre nosotros. La comparación de los procesos que en uno y otro caso se desarrollan dan una idea muy clara del mecanismo y del sentido de la influencia sociológica del extranjero.

NOVICOW ha estudiado este fenómeno con una profundidad que después de él nadie ha alcanzado.

BROOCK ADAMS, en su célebre *Law of Civilisation and Decay*, ha tocado el problema de la influencia sociológica del mercader en general; pero en este libro, escrito con extraordinario talento, la verdad y la paradoja están tan estrechamente enlazadas que no hay manera de separarlas.

La enseñanza alemana, que nosotros quisimos remedar, es un cántico al sentimiento de la nacionalidad, no interrumpido por una sola nota discordante. Para agigantar el pasado se falsifica la historia; en el presente se aplican lentes de aumento a todo lo bueno y de disminución a todo lo malo; y el maestro que osara equiparar los destinos de los Estados Unidos o de cualquier otro país del orbe con los de Alemania, la grande y la única, sería arrojado del aula. La sugestión comienza, como debe empezar toda obra educativa, en los institutos de pedagogía. De una plumada se borra o de un brochazo se relega al claroscuro a Locke y a los empíricos ingleses y franceses. La pedagogía aparece evocada, poco menos que de la nada, por Herbaet, uno de los grandes hijos de la más grande Alemania. Igual tarea se realiza respecto de los demás ramos del saber humano.

Desgraciadamente, nosotros, al copiar la enseñanza alemana, tomamos el rábano por las hojas. Se nos antojó que su eficiencia derivaba de los conocimientos científicos y literarios que forman la base de sus programas, y de sus métodos pedagógicos, y no de los sentimientos que la informan y de la eficaz sugestión que ellos engendran. Del huevo trajimos la cáscara y, dejamos el germen. En lugar de la enseñanza alemana, importamos un maniquí sin sangre y sin vida que, dada nuestra sensibilidad a los efectos de la educación, tenía fatalmente que contribuir por omisión y por acción a la decadencia de la más vital de las fuerzas de una colectividad, de aquélla sin la cual todo lo demás —población, riqueza, actividad y cultura— sólo sirve de cebo a los fuertes.

Los maestros, por su parte, formados desde el Instituto Pedagógico y las escuelas normales en un ambiente cosmopolita, y alimentados por las utopías humanitarias que informan sus lecturas ordinarias, no pueden dar los que ellos mismos no tienen.

La práctica de la enseñanza ha cooperado, pues, a la acción desnacionalizadora de los demás agentes, no sólo omitiendo contrarrestar sus efectos, sino reemplazando el sentimiento definido y fuerte de la nacionalidad, que científicamente debe informarla, por una fraseología vaga sobre el progreso, la humanidad, la civilización y la solidaridad.

4

A mediados de 1855 llegó a nuestro país Courcelle Senneuil, contratado por el general Blanco Encalada, a la sazón Ministro Plenipotenciario de Chile en Francia, para servir de oficial consultor del Ministerio de Hacienda y para abrir en nuestra Universidad una cátedra de economía política.

Era Courcelle un economista de talento indisputable, que descollaba considerablemente sobre sus contemporáneos franceses. Inferior a algunos de los tratadistas de la escuela clásica francesa en las dotes que hacen al expositor, tenía más desenvuelto que todos ellos el sentido de la realidad. Sin tener una concepción más científica de los fenómenos económicos que la corriente en su tiempo, guiado por su buen sentido innato, rehuyó en gran parte las consecuencias absurdas a que conducían los puntos de partida de aquella escuela.

Llegado al campo de la investigación económica algunos años más tarde, tal vez habría dejado en él huellas duraderas; pero en la época en que le cupo actuar, sus felices disposiciones naturales estaban condenadas fatalmente a malograrse. Partiendo de algunos postulados no demostrados en la experiencia, buscaba, como la generalidad de los economistas de la época, lo universal y lo invariable en los fenómenos económicos, para edificar con ello una ciencia. Todo su talento y todo su buen sentido, no podían conducirlo a nada duradero

en esta empresa, cuyo punto de partida carecía de cimientos y cuyo término era una quimera.

En cambio, en otro campo que el de las elucubraciones encaminadas a fundar la ciencia económica, su talento, libre de los moldes que lo aprisionaban, desplegó un espíritu de observación penetrante y una admirable firmeza de juicio.

Apenas se puso en contacto con las repúblicas hispanoamericanas, su mirada escrutadora percibió algo en que antes de él, nadie había reparado, y después, sólo muy confusamente han entrevisto algunos sociólogos: toda la profundidad del abismo que separaba a las jóvenes sociedades del nuevo mundo donde hubo cruzamiento con la raza aborígen, de los viejos pueblos civilizados. Nada escapó a su observación profunda y perspicaz: el estado social y sus anomalías; las consecuencias prácticas que de él fluyen, la imposibilidad de salvar rápidamente la distancia mediante la copia de las instituciones, la libertad y la instrucción; todas las peculiaridades, en suma, que obligan a encarar los problemas políticos y sociales en Chile desde un punto de vista distinto que en Europa, las percibió con notable claridad y firmeza de criterio. De aquí que, liberal convencido e hijo en lo sustancial de la filosofía del siglo XVIII, comprendiera, no obstante, el absurdo que iba a resultar de la aplicación práctica de los principios políticos de la Revolución, a una sociedad que en sus clases dirigentes estaba a la altura de la Europa del siglo XVII, que carecía de clase media y cuyo grueso fondo social estaba distanciado por fases enteras de la evolución; e insinuara la conveniencia de mantener un gobierno fuerte apoyado en las altas clases sociales. De aquí que, admirador de la ciencia a la cual consagró los esfuerzos de toda su vida, nos aconsejara, sin embargo, seguir el camino normal, esto es, completar nuestra transformación en sociedad industrial, antes que ocuparnos de ciencias y

de letras, insistiendo muy especialmente en disuadirnos del grave error de copiar la educación literaria y científica de Europa, en lugar de darnos una modesta enseñanza práctica y de acción, adecuada a un pueblo que necesitaba crecer antes que filosofar o aprisionar la belleza⁹⁶.

Estas observaciones, que constituyen la más alta expresión del saber verdadero y de la cordura aplicados al estudio de nuestro porvenir, y que de ser oídas por la generación joven, habrían cambiado la faz de Sud-América, permitiéndonos, no obstante nuestra pequeñez, conservar el puesto que la temprana organización nos había conquistado, sirvieron sólo para evidenciar la distancia que mediaba entre el ilustre sabio francés y nuestros intelectuales.

Aquello de que los ideales políticos que informaron la revolución francesa y la enseñanza literaria y científica, aplicados a un pueblo retrasado en su grado de civilización, en lugar de acelerar su progreso, tenían fatalmente que conducirlo al naufragio, eran cosas comprensibles para el sentido común y para el saber verdadero, que se dan estrechamente la mano, pero perfectamente incomprensibles para nuestros intelectuales, cuyo criterio estaba perturbado por el medio-saber, más dañino que la ignorancia, porque a su ceguera añade la suficiencia. Las palabras de Courcelle, dichas con exquisita discreción y con noble sinceridad, eran en realidad demasiado cuerdas y demasiado vecinas a las clarividencias de Portales para que pudieran hallar eco en aquella generación, deslumbrada por las vaciedades sonoras de libertad, igualdad, progreso, derecho y gobierno democrático representativo.

⁹⁶Véanse los apéndices agregados al final de la traducción que en 1859 hizo don JUAN BELLO del *Tratado teórico y práctico de Economía Política*.

Después de cinco cursos (los de 1856, 1857, 1860, 1861 y 1862) regresó Courcelle a Europa, dejando tras de sí algunas ideas cuerdas sobre colonización y sobre bancos.

Los métodos y los puntos de partida de Courcelle bastaban, por sí solos, para arrastrar a los mayores extravíos a quienes no tuvieran ni su talento ni su cordura innata. Añade en los alumnos la tendencia invencible al simplismo, la absoluta ausencia del espíritu de observación y la fragilidad de juicio científico, propias de todos los miembros de un pueblo joven, cuya mentalidad no se ha desenvuelto todavía lo bastante para hacer posibles y fructíferos los estudios sociales, y se calcularán las consecuencias de su enseñanza.

No dejó Courcelle, ni podía dejar, atendido el estado de nuestra mentalidad, ningún discípulo capaz de seguir sus pasos y de continuar las investigaciones que con tanto éxito había iniciado. En cambio, sobrevivió a su partida la cátedra de economía política, y se siguieron enseñando en ella sus poco afortunadas doctrinas abstractas, despojadas, ahora, de las salvedades y distinciones que habían detenido a su autor al borde del precipicio. Si se hubiera designado una comisión de sabios encargada de exagerar los errores del maestro y de podar sus observaciones más exactas y atinadas, difícilmente habría desempeñado su cometido con mayor acierto que sus simplistas discípulos. Las doctrinas de Courcelle, así desfiguradas, han continuado enseñándose en nuestra Universidad por cerca de cincuenta años, y han constituido, casi exclusivamente, el manantial en el cual han bebido ideas económicas los políticos, periodistas y demás elementos que forman y guían la opinión pública.

Entre los innumerables errores que esta enseñanza ha arraigado firmemente en la opinión, hay uno que, como la influencia del mercader extranjero, ha pesado

bastante sobre el aspecto económico del espíritu de nacionalidad: el libre cambio doctrinario.

Dadas las suposiciones a priori que sirven de base a sus tentativas científicas. Courcelle tenía que llegar, lo mismo que algunos de sus predecesores, a hacer del libre cambio algo más que una cuestión de política práctica. La propia influencia refleja de los países en que vivió le empujaban en este sentido. A Francia le estaba claramente indicada la política del libre cambio; y en cuanto a Chile, no habría sido discreto cerrar a mediados del siglo XIX las puertas de sus aduanas a la manufactura europea. Básteme recordar que en la agricultura no habíamos aún cultivado ni extensivamente todas las tierras fértiles del valle central, y que nuestro crecimiento era de 2,61%.

Los discípulos de Courcelle bebieron, pues, del maestro las doctrinas librecambistas, que —lo repito— respondían a nuestras conveniencias comerciales en aquella época; y uno de los que más han contribuido a extremar las consecuencias absurdas de los errores del maestro, el señor Zorobabel Rodríguez, las convirtió en un postulado, que no resiste el más ligero examen; pero que por su sencillez y sutilidad dialéctica, tenía que ganar la opinión de un pueblo joven y como tal inclinado a lo deductivo, y encontrar acogida entre abogados cuyo bagaje científico rara vez excede de la lectura, no siempre bien digerida, de unos tres o cuatro manuales franceses de economía política clásica.

No corresponde aquí ahondar en una cuestión que, sobre haber perdido hoy mucho de importancia, me verá obligado a examinar con algún detenimiento en la segunda parte de este estudio. Debo limitarme a señalar sus consecuencias sobre el espíritu de nacionalidad.

El libre cambio doctrinario, lo mismo que toda la trama de la economía clásica, deriva de un postulado falso. Los inventores del sistema ignoraban el proceso del des-

arrollo económico de las naciones. No conocían el hecho histórico, señalado por List, de que todo país ha pasado de una fase económica inferior, como el pastoreo, a otras más superiores y más complejas, hasta llegar a la de Inglaterra, Alemania, Francia, etc., en la hora actual. Creían que las diferencias que notaban en las aptitudes económicas y en el estado industrial de los pueblos, no eran etapas de un proceso, sino resultado de las peculiaridades de la raza y de la comarca.

Ignoraban, todavía, en absoluto la existencia de la lucha internacional por el predominio y la supervivencia, en la cual el fuerte procura ahogar al rival y hacer servir al débil a sus necesidades, y éste se defiende, adueñándose de las armas del poderoso y aprovechándose de todas las coyunturas favorables creadas por los acontecimientos. Por el contrario, ideológicamente habían inferido que las relaciones económicas entre las naciones son sólo de cooperación; es decir, que todo pueblo busca a los demás para participarle los beneficios de su poder y de su riqueza.

Sobre estos dos postulados idearon una economía mundial dentro de la cual cada pueblo debe trabajar, para él y para los demás, en las ramas de actividad que sean más adecuadas a sus condiciones físicas y a la *capacidad actual* de su población. El pueblo que es agricultor debe seguir de agricultor, sin incurrir en la torpeza de pretender luchar con el manufacturero. Con ello la riqueza universal perdería, puesto que, por lo menos mientras el neófito se adiestra, la cantidad de riqueza producida por él sería menor.

El afán de los pueblos atrasados por pasar a la etapa manufacturera, que todos los sociólogos y economistas modernos reconocen ser la expresión de una necesidad biológica, no es, dentro de las doctrinas que vengo exponiendo, sino el resultado de un pueril espíritu de imitación.

Si una nación está en la etapa agrícola, es sencillamente porque la comarca donde está asentada o las aptitudes de la raza son más favorables a esta industria. Los esfuerzos inauditos que han hecho y las mil privaciones que han soportado, durante decenas y a veces centenas de años, las grandes naciones modernas para sentar plaza en la concurrencia fabril y comercial, han sido sacrificios estériles para ellas y dañinos para la riqueza universal.

El libre cambio que se ha enseñado durante cincuenta años en nuestra Universidad, no descansa, pues, sobre los sólidos fundamentos científicos que le han dado sus apóstoles modernos, demostrando que es «un enérgico factor del *progreso humano, puesto que facilita la eliminación del débil y poco desarrollado y acelera su reemplazo o su absorción por el fuerte*, con lo cual se realiza «una mejor adaptación al medio», o en lenguaje corriente, una mayor intensidad en el progreso. No parte, como el libre cambio perfectamente lógico de Novicow, de la supresión de las nacionalidades y del sacrificio de las más débiles en aras del progreso universal. Todo lo contrario, es una doctrina que sus autores procuran conciliar con la existencia de las nacionalidades, y que se empeñan en presentar como una panacea que acelerará el desarrollo y acrecentará la vitalidad de toda nación que la adopte.

Pero su resultado práctico desde el punto de vista del sentimiento de la nacionalidad, no ha sido por eso menos desastroso. Ha enervado la voluntad de luchar y de abrirnos paso por las únicas sendas que la naturaleza nos hizo accesibles: la manufactura y el comercio. Ha creado el respeto y la consideración enfermiza que profesamos a la industria y al comercio extranjeros, que Uriel Hanckoc anotó como una contradicción o peculiaridad de nuestra alma, tan viril y tan chilena bajo otros respectos.

Ha contribuido también a la rápida decadencia de nuestro espíritu de nacionalidad, la influencia de ciertas doctrinas sociológicas y socialistas.

El crecimiento de los agregados sociales desde la familia hasta la tribu, la ciudad y la nación, y el correspondiente desarrollo de la solidaridad, han sugerido en nuestros días la concepción de una solidaridad aún más extendida y más eficaz, que reúna a las naciones en un propósito »fuertemente centralizado, en que todos los elementos conspiran a un mismo fin, en que la cooperación sea más y más voluntaria y en que sea más fuerte el deseo de vivir en armonía y todos los unos para los otros«⁹⁷. Este ideal se alcanzará, según lo esperan sus apóstoles, por medios más humanos que los conocidos hasta hoy en la historia. En adelante ya no será la guerra la que, anexando a los débiles u obligándolos a unirse para defenderse, como ha sucedido en el pasado, desarrolle la solidaridad. Desde hoy serán la admiración, la simpatía y la confianza los factores que realizarán la tarea. Las manifestaciones de la existencia de estas »fuerzas internacionales, intelectuales, económicas y humanitarias, que no presuponen necesariamente una federación de naciones confundidas en un solo todo político« son ya numerosas. De ellas derivan las convenciones internacionales sobre defensa contra las enfermedades infecciosas, la constitución de los institutos científicos internacionales, las tentativas de grandes organizaciones internacionales de obreros, etc.

El concepto de la solidaridad humana, extremadamente vago y confuso en las postrimerías del siglo XVIII, sin tomar aún una forma perfectamente definida, se ha precisado, como se ve, muchísimo en el curso del siglo XIX.

⁹⁷G. L. DUPRAT. *La Solidarité Sociale*, p. 86.

La influencia práctica de estas predicciones sociológicas ha sido casi nula en los países europeos y en Estados Unidos. Mucho más seriamente que ellas han quebrantado el sentimiento de la nacionalidad las doctrinas socialistas.

En cambio, entre nosotros han ejercido una influencia considerable. Los que alcanzan a vislumbrar, siquiera confusamente, los nuevos horizontes que, sobre la base de la solidaridad, algunos sociólogos señalan a la evolución del futuro y la magnitud de los cambios que, antes de acercarnos a ellos, tendrán que verificarse en las bases de pensamiento y de sentimiento de la hora actual, se cuentan, tal vez, con los dedos de la mano. Pero la convicción de que la solidaridad humana es una cosa muy profunda y muy científica, se ha generalizado con increíble rapidez entre nuestros profesores, literatos, periodistas y políticos. El sentimiento poderoso de la nacionalidad ha pasado a ser algo atrasado y tosco, que revela poca profundidad científica y mucho atraso de ideales en quien lo manifiesta.

De esta suerte, nuestra excesiva sensibilidad a la influencia de los libros y el exagerado espíritu de imitación de nuestros intelectuales, han contribuido a debilitar la más importante de las fuerzas en el estado social en que nosotros estamos.

Mucho menos eficaz ha sido hasta hoy la influencia de las ideas socialistas. Su avance en nuestro proletariado —que reviste extraordinaria gravedad por tratarse de un país que no tiene clase media, y que, por consiguiente, carece de lastre social—, aunque relativamente rápido, principia apenas a pesar en forma efectiva sobre el sentimiento de la nacionalidad. La mayor parte de las manifestaciones de que he podido tomar nota, derivan más de una sugestión momentánea que de sentimientos arraigados. Las más alarmantes, las que tímidamente han principiado a aparecer en el preceptora-

do, son la consecuencia de dos factores artificiales: la detestable formación moral del profesorado en las escuelas normales, y la situación de miseria que le creó la reducción del valor de la moneda y el encarecimiento de la vida.

6

Otro de los factores de la decadencia de nuestro sentimiento de la nacionalidad es el fracaso de las ilusiones que cifrábamos en la libertad, la instrucción y las instituciones.

Como ya lo hice notar al hablar de nuestra crisis moral, los escritores de las dos generaciones precedentes creían que el gobierno republicano, la comuna autónoma y otras instituciones; la libertad en todas sus formas; y la enseñanza de ciertos conocimientos científicos y literarios, tenían eficiencia por sí mismos. Confiaban en que estas panaceas nos harían física, moral e intelectualmente grandes. El país entero participó de esta ilusión, que apenas podemos hoy comprender los que no alcanzamos a comulgar en ella.

El derrumbamiento sucesivo de las exageradas esperanzas que habíamos cifrado en factores que nada podían añadir a las verdaderas fuerzas económicas y morales de nuestra sociedad, engendraron el abatimiento y la desilusión. La postración moral y económica que nos ha traído la imitación de la enseñanza científica europea, y el desgobierno y el desquiciamiento administrativo que han sido la consecuencia de los remedos políticos, han amenguado el orgullo de ser chileno y la confianza en los destinos del país.

7

Finalmente, la pérdida de la posición que ocupábamos en Sudamérica no es extraña a la crisis de nuestro espíritu de nacionalidad.

Hasta ayer habíamos vivido confiados ciegamente en las decantadas riquezas agrícolas de nuestro territorio. Sólo cuando nos distanciaron pueblos que estuvieron un tiempo por debajo y cuando sentimos de cerca el hálito de otros que se aproximan, hemos venido a caer en la cuenta de que ni la naturaleza ni el inmigrante europeo trabajan por nosotros, y que, si no desplegamos un supremo esfuerzo, quedaremos pigmeos. Hemos venido a comprender muy tarde que los elementos físicos obligan en Chile, como lo comprendió Courcelle, a desarrollar grandes aptitudes para la lucha económica. Y al contemplar los ochenta años empleados en adiestrar nuestras aptitudes para rimar versos, coleccionar antiguallas históricas, clasificar insectos, defender pleitos, vivir a expensas del fisco, copiar municipalidades suizas o parlamentarismos ingleses, es humano que el desaliento nos invada. No hay pensamiento más melancólico —dice Lubbock— que el de »aquello hubiera podido ser«. Y nosotros pudimos ser los primeros en Sudamérica. La energía de nuestra raza y nuestra temprana organización, habrían suplido a los elementos físicos, si el ciego espíritu de imitación no nos hubiera encauzado en la tarea suicida de formar el cerebro antes que el cuerpo.

**Causas de la depresión
de nuestros cambios internacionales**

1

En torno de las balanzas comercial y de cuenta, se ha formado entre nosotros en los últimos años un enredo difícil de desenmarañar, sin largas consideraciones previas y sin alguna preparación de parte de los lectores. La superficialidad y las lecturas mal digeridas en unos, el deseo de servir determinados propósitos monetarios en otros y el invencible apego a los postulados a priori en todos, han concluido por formar un laberinto dialéctico, delante del cual me han asaltado muchas veces dudas sobre si los que discuten se entienden o no a sí mismos. A Goschen lo han martirizado los unos hasta hacerlo decir lo que nunca dijo, y aun lo contrario de lo que tal vez habría dicho en presencia de nuestros cambios. Los otros, para defenderse de Goschen, confunden deliberadamente el concepto moderno de la balanza de cuentas con el concepto de la balanza de comercio tal cual informaba a la política mercantilista del siglo XVII.

No es obra de romanos demostrar la fragilidad de la montaña de paradojas que se ha acumulado en torno a la balanza y de nuestros cambios; pero la tarea, sobre ser de escasa utilidad, es ajena a la índole de este trabajo. Aquellos que saben de verdad, no necesitan de demostraciones, y aquellos que son ajenos a estas disputas, quedarían seguramente más perplejos que antes.

De aquí que me haya parecido más útil y oportuno apuntar sencillamente algunas de las causas más notorias entre las que mantienen deprimido nuestros cambios, haciendo previamente, para su mejor inteligencia, algunas consideraciones sobre la influencia de los capitales extranjeros en el desarrollo económico nacional. Nada más eficaz que estas sencillas reflexiones, al

alcance del más vulgar buen sentido, para poner en guardia contra las panaceas (papel moneda, banco del estado o privilegiado, etc.), las cuales, dañinas a veces, inofensivas con más frecuencia y hasta útiles en ocasiones, son perfectamente impotentes para remover causas y modificar fenómenos que están fuera de su alcance.

2

El rápido crecimiento de los países nuevos hace insuficientes, en la generalidad de los casos, los capitales propios para subvenir a las exigencias impuestas por el desarrollo económico en sus variadas formas. De aquí que, no bastando el valor de sus productos para saldar sus cuentas internacionales, desequilibradas por las adquisiciones de maquinarias y de útiles indispensables para montar las industrias, necesitan tomar de los mercados antiguos capitales más o menos cuantiosos.

La corriente de capitales desde los mercados antiguos y ricos hacia los mercados de los pueblos jóvenes que crecen con rapidez es, pues, un fenómeno normal.

La forma en que los capitales extranjeros ingresan a la economía de la nación joven, varía con las aptitudes económicas de la población en esta última.

En aquellos países cuya población no difiere sensiblemente en aptitudes industriales de los pueblos capitalistas, la forma casi exclusiva de ingreso es el préstamo. Así ocurrió en los Estados Unidos de Norte América, mientras necesitaron del capital extranjero.

En aquellos países cuya población tiene, por el contrario, débiles aptitudes para la actividad económica, los capitales extranjeros ingresan en parte en forma de préstamo, y en parte se invierten directamente en negocios agrícolas, mineros, comerciales o fabriles. La proporción entre una y otra forma de ingreso, varía con las circunstancias. Este es el caso de Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc.

En cuanto a la influencia de los capitales extranjeros sobre el desarrollo económico nacional, queda subordinado, ante todo, al uso que de ellos haga el país joven. Un pueblo emprendedor y de grandes aptitudes económicas, no sólo los aprovecha íntegramente, sino que puede prescindir de ellos con rapidez. Por el contrario, un pueblo manirroto y de poca capacidad productora, los desperdicia en gran parte y tarda mucho en independizarse económicamente, si es que llega a conseguirlo. La experiencia demuestra que el problema de las aptitudes prima en las naciones, como en el individuo, sobre el de los recursos.

La naturaleza del territorio ejerce, también, una influencia poderosa en las relaciones entre el capital extranjero y la riqueza nacional. Conviene precisar esta influencia, tanto más cuanto las lecturas de los manuales de economía clásica y la ausencia de espíritu de observación han difundido a este respecto graves errores.

En los países cuyo territorio es esencialmente agrícola, los capitales extranjeros aprovechan más a la riqueza nacional que en los países de territorio mineral. La forma de ingreso tiene en ellos escasa importancia. De cualquier manera que el capital se incorpore al suelo, queda para siempre en él. Los errores económicos, inclusive el mal uso del capital, tienen menor importancia; y esto no es una paradoja, sino el fruto de observaciones que tienen hoy explicación perfectamente satisfactoria.

Otra peculiaridad de los países de este tipo, es la escasa importancia que en ellos tiene el problema de la nacionalización. Puede decirse que se resuelve solo. La acción radicadora de la tierra nacionaliza al individuo y al capital en el simple transcurso del tiempo. Para ello no es indispensable un aumento de eficiencia económica en el criollo.

Tal es el caso de la República Argentina, del Uruguay, etc.

Por el contrario, en los territorios esencialmente minerales, como Chile y Bolivia, la inversión directa del capital extranjero aprovecha poco al desarrollo económico nacional. La explotación mineral engendra una actividad transitoria, que no crea fuentes estables de producción. El extranjero extrae riquezas del suelo sin incorporar nada útil a la futura expansión. Su esfuerzo, no sólo no supe al del criollo en el desarrollo económico permanente, sino que llega a convertirse en una verdadera sangría, que debilita el crecimiento de la riqueza nacional.

De la minería explotada por el extranjero, sólo aprovecha al desarrollo económico las sumas que el nativo invierte discretamente, de lo que percibe por impuestos, salarios, etc. De aquí el enorme desequilibrio entre la actividad aparente que derrama la minería y el crecimiento efectivo de la población y de la riqueza.

El problema de la nacionalización adquiere, por su parte, una gravedad extrema en estos países. Ni la mina ni la salitrera radican al individuo y al capital. El que no las explota desde el extranjero, regresa casi invariablemente a su patria, llevándose el capital que amasó su trabajo. Para que la nacionalización pueda realizarse; es ineludible que el criollo se nivele en aptitudes con los pueblos capitalistas y, compensando con la proximidad sus menores recursos, los desplace. En este proceso la mina no supe, como la tierra, la ineptitud de la población.

3

De lo dicho en el párrafo precedente se desprende que todo país nuevo que crece con rapidez, salvo cortas excepciones, salda sus cuentas internacionales, en una proporción variable, con capitales extranjeros. Llámese a esto importación de capitales, empréstito o producto

de venta de propiedades, ni la forma ni el nombre alteran la sustancia del fenómeno.

Como con mucha exactitud observa Schmöller, por este sólo hecho un país nuevo está en sus cambios internacionales en una situación que pudiéramos llamar de inferioridad crónica, de la cual derivan numerosas peculiaridades que no ocurren en los cambios entre países normales⁹⁸.

Tenemos, pues, en nuestros cambios extranjeros un factor de inferioridad común a casi todos los países nuevos. A él se añaden otros peculiares de nuestro territorio, como la naturaleza de nuestros factores físicos de expansión, o propios del estado social, como el exceso de consumos y el desplazamiento económico del nacional.

La naturaleza responde de muy diversa manera a las solicitudes del esfuerzo humano. El rendimiento económico del individuo que cría animales, cultiva el campo o laborea minas, varía notablemente. Dentro de una misma rama de producción, no es igual cultivar pampas fecundadas espontáneamente por las lluvias que descuajar suelos boscosos, ni indiferente regar suelos feraces, como lo hicimos en otro tiempo, o suelos pobres, como tenemos que hacerlo hoy.

⁹⁸En los estudios de los señores LUIS ALDUNATE sobre *La Balanza Comercial*, y, FRANCISCO VALDÉS VERGARA sobre *La situación económica y financiera de Chile*, los dos trabajos más serios que existen sobre esta materia, no pudieron ser tomados en cuenta, sino muy incompletamente, estas peculiaridades, que los avances posteriores de la ciencia económica, basados en la observación, han venido a explicar. El señor Alberto Edwards, en una interesante conferencia, que desgraciadamente no se ha publicado, partiendo de la sola observación, señaló algunas de ellas con notable exactitud. Aunque habría deseado avanzar al respecto algunos datos y observaciones, en mi propósito de no enredarme en las disputas monetarias, renunció a hacerlo. Por lo demás, entiendo que el trabajo del señor Edwards aparecerá en breve.

Las exigencias de aptitudes industriales, de capitales y el rendimiento del esfuerzo, varían de país a país y de región a región notablemente.

Pues bien, entre los países jóvenes, entre los hispano-americanos por lo menos, no hay otro que requiera para su desarrollo vigoroso mayor arte industrial y mayor capital que el nuestro. No necesito añadir más a lo que ya he dicho con relación a las exigencias de aptitudes económicas en la población; pero séame permitido añadir un dato relativo a las exigencias de capital.

Se sabe que las producciones de la agricultura y de la ganadería argentinas, después de abastecer el consumo interno, llenan enteramente los renglones de la exportación, cuyo valor excede hoy de cuatrocientos millones de pesos de 48 d. Pues bien, para subvenir a las exigencias de la producción de esta enorme riqueza, Argentina necesitó importar en 1909 maquinarias y útiles de uso exclusivo para la agricultura por valor de \$ 1.183.000 de 48 d., o sean, \$ 2.957.500 de 18 d. Añádase un cálculo prudencial de las mercaderías de uso mixto, y no se doblan las cifras.

Entretanto, para subvenir a sólo las exigencias de maquinaria de uso exclusivo de la minería, hemos tenido nosotros que importar entre 1906 y 1910 inclusive \$ 39.513.105 de 18 d., o sean, \$ 7.902.622 anuales. Añádanse, como se hizo respecto de las importaciones argentinas para usos agrícolas, las mercaderías de uso mixto, y la cifra se dobla.

Para producir, pues, minerales y sales naturales por un valor vecino a \$ 244.111.145 de 18 d.⁹⁹ necesitamos importar maquinarias, combustibles y otros artículos accesorios por un valor dos veces superior al total de lo que Argentina importa para subvenir a las exigencias de su producción agrícola.

⁹⁹He tomado la exportación de 1909, que no se aleja sensiblemente de la exportación media de los últimos cuatro años.

Se comprenderá, sin esfuerzo, que un país que necesita hacer estos despliegues de arte industrial y de capital para producir, esté, por este capítulo, respecto de sus cambios extranjeros en condiciones de inferioridad, que necesita compensar con un exceso de actividad o de economía, o con un crecimiento más lento.

Pesan, también, desfavorablemente en nuestros cambios nuestros consumos irreproductivos, desproporcionados con relación a nuestra capacidad productora. Sería inoficioso hacer en este párrafo otra cosa que señalar el sentido de su influencia sobre los cambios. Ya he insistido bastante sobre el origen y naturaleza del fenómeno.

Finalmente, entre los factores de inferioridad que obran más pesadamente, debe contarse el desplazamiento económico del nacional. Lo que el extranjero extrae como utilidad de sus negocios salitrales, cupríferos, comerciales, bancarios, de seguros, de transportes, etc., pesa directamente sobre nuestra balanza de cuenta y contribuye a inclinarla adversamente cada vez que la importación de capitales disminuye o sobreviene un cobro intempestivo de lo adeudado¹⁰⁰.

¹⁰⁰ Los señores ALDUNATE y VALDÉS VERGARA han estudiado esta influencia, en las obras ya citadas, con tanta exactitud y minuciosidad que, por mi parte, no podría hacer otra cosa que reproducir lo dicho por ellos.

**El resurgimiento económico
de 1905 - 1911**

I

En los últimos años se ha acentuado poco a poco un resurgimiento económico, que no bastó a interrumpir la fiebre bursátil de 1905-1906, y que en la hora actual derrama cierta prosperidad y un relativo bienestar.

La agricultura se ha extendido considerablemente en la región austral. A medida que la limpia del suelo ha hecho posible el uso de la maquinaria, la producción de trigo y avena, especialmente la primera, se ha desarrollado con rapidez. Sobre 5.373.281 q.m. de trigo cosechados en el país en el año 1909-10, 2.188.135 corresponden a la producción de las provincias ubicadas al sur de Concepción, K.

La ganadería, que tiene en la misma zona horizontes más amplios que la agricultura propiamente dicha, ha tomado también incremento. Magallanes exportó en 1910 productos animales por valor de \$ 14.664.705, de los cuales \$ 8.994.624 corresponden a la lana y \$ 2.768.366 a la carne congelada, salada, etc.

En el centro y norte del país, la elevación de los precios de los productos de la agricultura, ha repercutido favorablemente. Se mejoran los sistemas de cultivo y se emprende la construcción de algunos de los largos y costosos canales de regadío que estaban en proyecto desde años atrás.

El precio de la propiedad, estacionado desde hacía largo tiempo, ha subido considerablemente. Aún tomando en cuenta la depreciación de la moneda y prescindiendo de la sobrevalorización momentánea, se pue-

K. Ver Apéndice.

de afirmar que hay un alza de 70 a 80%, que corresponde a cambios permanentes verificados en las condiciones de nuestra expansión económica, con relación al período 1892-1900.

La producción de salitre ha subido de q.m. 16.698.064 en 1905 a 23.595.983 en 1910, y todo hace presumir que su desarrollo seguirá, todavía por algunas decenas de años, en marcha ascendente. La participación del nacional en ella ha subido en forma bien sensible. No es exagerado calcularla hoy en la tercera parte de la producción total.

Menos sólidos que los avances de la industria salitrera, son los realizados por la minería del cobre, pues sus aumentos de producción de 1908 y 1909, fueron el resultado, más de la incorporación ocasional de un gran centro minero, Collahuasi, que de un desarrollo general de esta industria, llamada a ser una de las grandes fuentes de nuestra riqueza.

Los empresarios y los capitales chilenos han dado impulso, fuera de la frontera, pero sin perderse para nuestra vitalidad económica, a la explotación del estaño en Bolivia.

La propia industria fabril; estimulada por la prosperidad general, ha dado pasos, que sin pesar todavía decisivamente sobre nuestra expansión, marcan un avance notable y constituyen un síntoma altamente halagador. En 1910 sus distintas ramas emplearon en propiedades, maquinaria y giro un capital de \$ 420.296.253; consumieron materias primas nacionales por valor de \$ 192.978.931 y extranjeras por valor de \$ 100.288.450; produjeron por valor de \$ 531.493.917; y dieron ocupación a 49.031 hombres, a 16.480 mujeres y a 5.549 niños¹⁰¹.

¹⁰¹ *Estadística Industrial de 1910.*

Entre los factores que han determinado la bonanza económica que nos envuelve, hay algunos accidentales.

Todo plan de trabajos públicos que sale de lo normal, obra como estimulante; enciende reflejamente una actividad extraordinaria y un bienestar en gran parte ficticio. De aquí que, para atenuar las consecuencias de las grandes crisis, se recurra a las obras públicas, como un arbitrio contra la depresión intensa que deja tras de sí.

En nuestra prosperidad de hoy hay mucho de ficticio, que deriva del extenso plan de obras públicas en que estamos empeñados desde las postrimerías de la administración Riesco y los principios de la administración Montt. Y la acción estimulante de los trabajos públicos ha sido en este caso tanto más eficaz, cuanto los capitales con que se han costado han provenido íntegramente de empréstitos contratados en el extranjero. Nuestra deuda externa, que era al 31 de diciembre de 1904 de £ 16.449.960, subía al 31 de diciembre de 1910 a 25.258.620¹⁰².

Hasta cierto punto puede también considerarse como factor accidental de la ráfaga de prosperidad que sopla en estos momentos, el considerable aflujo privado de capitales extranjeros.

El éxodo de capitales desde los mercados viejos y ricos a los nuevos, debe, en general, estimarse como fenómeno normal. Pero, en el caso nuestro, hay una circunstancia que ha hecho notablemente sensible la influen-

¹⁰² Las 8.818.660 libras en que ha subido nuestra deuda, a diferencia de lo que ocurrió con los empréstitos del decenio anterior, invertidos casi íntegramente en armamentos, han servido para pagar los ferrocarriles en construcción, las obras de salubridad, etc. Una gran parte de esta suma se ha incorporado, pues, al país en forma de salarios, ganancia de los contratistas, materiales, etc. De aquí su enérgica acción estimulante sobre los negocios en general.

cia del capital extranjero sobre los negocios. La prolongada disputa de límites con la Argentina y los trastornos monetarios, habían anulado en los años anteriores casi por completo la importación de capitales; de tal manera que, al reanudarse, ha obrado efectivamente como un estímulo anormal, tanto más cuanto la corriente se ha producido con bastante fuerza. En los dos últimos años han entrado al país en calidad de préstamo o como precio de venta de salitreras, minas, bonos, acciones bancarias, etc., más de cuatro millones de libras esterlinas.

Pero al lado del primer factor, enteramente accidental, y del segundo, cuyos resultados dependen en gran parte del uso discreto o imprudente que hagamos del capital recibido, hay otras causas más sólidas que han contribuido enérgicamente al resurgimiento.

Entre 1900 y 1909 el precio medio del cobre ha sido de £ 67.3.0, contra £ 50 en el decenio precedente.

En el mismo decenio tanto el precio como el consumo del salitre, han sido notablemente superiores a los del decenio anterior.

En otro terreno, las consecuencias del trastorno causado en la economía mundial por el ingreso brusco a la concurrencia de extensas regiones agrícolas, se han atenuado mucho. En parte los ajustes de las distintas piezas del organismo económico a las nuevas condiciones, y en parte la creciente demanda determinada por el mayor consumo, han restablecido la normalidad. Sin volver a los antiguos precios, los cereales y los productos animales han recobrado su valor relativo. Mientras el medio general de los precios sólo ha subido entre 1896 y 1908 de 61 a 63, el medio de los precios de los productos agrícolas, ha subido de 53 a 70¹⁰³.

¹⁰³Véanse los Index de SAUERBECK, publicados anualmente por el *Journal of the Royal Statistical Society*.

A este mejoramiento mundial de los precios del trigo, de la carne y de otros productos de la agricultura y de la ganadería, se ha unido un factor interno de prosperidad agrícola y fabril.

Los consumos de los productos de estas industrias han aumentado, como consecuencia del estímulo recibido, no sólo de las obras públicas y del aflujo privado de capitales extranjeros, sino también de la mayor producción salitrera. Basta examinar el desarrollo del comercio de cabotaje entre los puertos del norte y los del centro y del sur para darse cuenta del fenómeno¹⁰⁴.

3

Sin embargo, los cambios favorables que de 1905 a 1911 se han operado en los factores de nuestro desarrollo económico, no alteran fundamentalmente, ni las condiciones dentro de las cuales viene realizándose desde el último cuarto del siglo XIX, ni los rumbos en que viene encauzado desde la adquisición de Tarapacá y Antofagasta.

No obstante los avances de que he hecho caudal, la agricultura y la ganadería apenas abastecen el consumo propio. El valor de las exportaciones de productos de origen vegetal o animal, fue en 1910 de \$ 46.296.343; pero el valor de las importaciones ascendió en el mismo año a \$ 57.525.261. Aun deduciendo el valor de aquellos artículos que deben incluirse más bien en la producción manufacturera y que la defectuosa clasificación de la Estadística Comercial, ateniéndose a su origen, engloba en los rubros demasiado amplios de productos vegetales y animales, no queda a nuestra exportación de productos de la agricultura y de la ganadería, después de deducir las importaciones, un excedente que merezca ser tomado en cuenta.

¹⁰⁴En la segunda parte de este trabajo, reproduciré los cuadros que sirven de base a esta afirmación.

Contrariado por el encarecimiento del brazo, consecuencia de la demanda de las industrias extractivas, y por las grandes exigencias de trabajo y de capital que tiene en Chile la adaptación de los suelos al cultivo, nuestro desarrollo agrícola continúa hoy, como ayer, subordinado a las necesidades del consumo propio; y todo concurre a robustecer la convicción de que este orden de cosas no se modificará en el futuro.

4

Tampoco se ha modificado considerablemente la antinomia que desde hace cuarenta años existe entre los factores físicos y la vocación y las aptitudes de la raza.

El joven afluye hoy a las fábricas y al comercio en mayor proporción que quince años atrás. La plétora en las profesiones liberales, la dificultad de abrirse camino en la agricultura y las exigencias mayores de la vida, le empujan hacia ellas. Pero acude de mala voluntad, forzado por las circunstancias, a emplear su actividad en trabajos que la escuela y el prejuicio social le enseñaron a despreciar. Llega sin la vocación, madre de la perseverancia y primer factor del éxito, sin aptitudes y con escasa posibilidad de desarrollarlas.

Nuestra cuota en la producción salitrera ha subido, no porque hayamos desplazado al extranjero y recobrado parte de las posiciones de donde nos desalojó, sino merced al agotamiento de algunas oficinas de Tarapacá y al reconocimiento de los antiguos títulos de Antofagasta y Taltal.

No sólo no tenemos intenciones ni medios de recobrar lo perdido, sino que continuamos dispuestos a vender nuestros yacimientos salitrales y cupríferos. Nuestra mayor participación en la producción salitrera, resultado ocasional de circunstancias extraordinarias, no refleja desgraciadamente, un aumento correlativo en nuestra capacidad como industriales y como hom-

bres de negocios. Algo hemos avanzado en este terreno; pero nos queda una inmensa jornada que hacer para nivelarnos siquiera con las medianías europeas¹⁰⁶.

Coyuntura no menos favorable para la chilénización del salitre, ha ofrecido la prosperidad de los últimos años para el desarrollo vigoroso de las industrias fabriles. El consumo de sus productos ha sido cuantioso y los precios remuneradores. La misma sobrevalorización de la propiedad agrícola, reduciendo las utilidades del agricultor a menos del interés corriente del dinero, empuja a nuestros jóvenes y a nuestros hombres de negocios hacia la manufactura.

Pero esta coyuntura la hemos aprovechado sólo en parte. Como en el caso del salitre, nos estrellamos con la falta de educación de las capacidades que hacen al fabricante y al hombre de negocios. Nuestros jóvenes, faltos de competencia técnica, de espíritu de empresa y de la voluntad tenaz de vencer, se arredran delante la fábrica y del establecimiento comercial, y se arremolinan en torno de los empleos públicos, de la bolsa y del corretaje.

La opinión pública, por su parte, desprecia a la industria nacional y a sus productos. Formada en los ideales librecambistas y falta del sentimiento vigoroso de la nacionalidad, rehúye los sacrificios que todo pueblo tiene

¹⁰⁶ Como un dato consolador, debo anotar el hecho de que los alumnos del Instituto Comercial de Valparaíso, no obstante la desastrosa preparación con que salen de la enseñanza general y no obstante ser arrebatados por las necesidades del comercio la mayor parte antes de terminar sus estudios, han tenido éxito en la actividad comercial. Muchos de ellos, casi niños aún, figuran ya como comerciantes de primera talla. Es difícil poder exhibir un argumento mejor para demostrar la capacidad de la raza y los defectos de su educación. Si la enseñanza general empujara a los niños hacia los Institutos Técnicos, dando el ideal económico, y auxiliara su obra, educando el carácter y desarrollando las fuerzas motrices del hombre de negocios, la faz de este país cambiaría en treinta años. La energía que hace al gran industrial, sólo es una transformación de la energía guerrera. Hace trescientos años los ingleses eran industrialmente tan ineptos como nosotros.

que soportar antes de abrirse paso en la concurrencia fabril. Educados sus gustos por el producto europeo, desprecia sistemáticamente el artículo chileno similar.

5

Sin embargo, entre las innumerables dificultades con que tropieza en sus primeros pasos nuestra industria fabril, sujeta a una concurrencia excepcionalmente rigurosa y condenada a abrirse camino en un pueblo que no tiene la conciencia de su porvenir ni la voluntad fuerte de ser grande, se perciben dos síntomas, de escasa importancia práctica hoy, pero que son del más alto interés para el psicólogo y para el economista.

De la imitación pasiva, principiemos a pasar a la activa. La industria europea, al barrer con sus procedimientos más perfeccionados nuestra cara y primitiva manufactura colonial, nos deslumbró. Durante varias decenas de años sólo sentimos el deseo —que llegó en nosotros a ser una necesidad— de consumir sus productos. Pero poco a poco, tímidamente al principio y desembazadamente hoy, ha surgido el deseo de producir lo mismo que admiramos, o sea la imitación activa.

Nuestra completa independencia manufacturera, hoy trepida en los capitales para plantear las fábricas y en el perfeccionamiento de nuestro arte industrial y de nuestras capacidades comerciales. Y la experiencia de los pueblos que hicieron antes que nosotros la jornadas, manifiesta que, en la evolución a la etapa fabril, el desarrollo de las aptitudes y la acumulación de los capitales, ha sido siempre tarea más rápida que la de despertar el deseo vigoroso de sentar plaza en ella.

Otro síntoma altamente halagador es el despertar del sentimiento de la nacionalidad.

Como resultado del complejo tejido de influencias de que hice caudal en el capítulo correspondiente, atraviesa entre nosotros por una crisis agudísima esta gran

fuerza, a cuya decadencia ninguna nación ha sobrevivido. Lo mismo que en el pueblo alemán de principios del siglo XIX, se ha eclipsado la ambición de ser grande, el egoísmo colectivo y el espíritu de sacrificio en aras del porvenir.

En 1903 el señor Carlos Fernández Peña, hacía notar esta crisis y sus consecuencias¹⁰⁶: y desde ese mismo momento emprendió dentro de la escuela una cruzada infatigable.

Diversos factores han venido a auxiliar al señor Fernández en su benéfica tarea. Básteme recordar la aparición de Raza Chilena, el hermoso poema en prosa que el malogrado doctor Palacios consagró a nuestra raza; la Conquista de Chile en el siglo XX, obra del señor Tancredo Pinochet, joven distinguidísimo, perdido en hora desgraciada para nuestra enseñanza, a la cual pudo inyectar un buen contingente de nueva savia; y el contacto con la República Argentina, cuyo enérgico espíritu de nacionalidad ha venido a sacudir nuestro sopor.

Como una muestra de los resultados prácticos de la reacción, transcribo el siguiente acuerdo tomado por la Asociación de Educación Nacional en 3 de septiembre de 1911:

«La Asociación de Educación Nacional, como un medio de perfeccionar la educación económica de nuestra democracia acuerda: 1° recomendar a sus consocios el uso de artículos elaborados por la industria nacional; 2° que los maestros y profesores demuestren a sus alumnos la necesidad de preferir para sus consumos estos mismos artículos».

Todo hace, pues, presumir que nuestros pedagogos abrirán los ojos a la realidad. Hay entre ellos algunos jóvenes inteligentes que comprenderán el error gravísi-

¹⁰⁶ *La República Escolar.*

mo que han cometido en cuanto se les llame la atención hacia él. Porque se necesita una grosera ignorancia o una perturbación mental para pretender hoy, en una sociedad como la nuestra, reemplazar la idea sencilla y definida de patria por el concepto de la solidaridad humana, enteramente inaccesible a la mentalidad del niño.

El egoísmo colectivo, que forma el fondo del sentimiento de la nacionalidad, se quebranta; pero no deja en su reemplazo sentimientos altruistas de fraternidad humana, sino un caos que se resuelve, poco después de abandonar el educando la escuela, en el deseo avasallador del medro personal, en la indiferencia por todo lo grande, en la ausencia de todo espíritu de deber y de sacrificio, en una palabra en el más ciego y brutal egoísmo personal. Prusia cosechó en Jena y Auerstaedt y en la más horrorosa disolución moral y material los frutos del quebrantamiento de su espíritu de nacionalidad. La reacción de que dejo complacido constancia, permite esperar que nosotros enmendaremos el rumbo, sin necesidad de tan duros argumentos. La obra realizada por algunos maestros bien intencionados, pero que no alcanzan a darse cuenta de la interdependencia de todos los rasgos morales que informan el alma de los pueblos, ni de la imposibilidad de quebrantar artificialmente uno sin herir los demás, puede y debe ser contrarrestada por la acción perseverante de quienes alcanzan a ver un poco más allá.

Síntesis

La compleja red de fenómenos analizados en el curso de este estudio, puede sintetizarse, desde el punto de vista de nuestra evolución económica, en un corto número de proposiciones.

En Chile, a diferencia de lo que sucede en la generalidad de los países hispanoamericanos, los factores físicos, como el clima, el suelo, etc., sólo permiten una vigorosa expansión económica a una población de grandes aptitudes industriales que posea capitales abundantes.

La capacidad económica del chileno, superior a la del hispanoamericano en general, a causa de su estado social y de la enseñanza que recibe, es todavía muy inferior a la del europeo.

El empresario y el brazo extranjeros no suplen entre nosotros las deficiencias de aptitudes del criollo, como sucede en Argentina, en el Uruguay y en otros pueblos sudamericanos. Aparte de que, por la ubicación geográfica del país y por su menor riqueza natural, acuden en corta cantidad a consecuencia de la naturaleza mineral de nuestro suelo, el esfuerzo económico del extranjero derrama sólo una prosperidad ficticia y transitoria, que aprovecha poco al crecimiento efectivo y permanente.

Esta antinomia entre las condiciones impuestas por los elementos físicos a nuestro desarrollo y las aptitudes de la población, ha determinado una debilidad o anemia generalizada en nuestro organismo económico y un descenso anormal en el crecimiento de la población en el último tercio del siglo xix.

Como consecuencia de la debilidad de nuestro desarrollo, hemos perdido la distancia que nuestra temprana organización nos había permitido tomar sobre algunos de los pueblos hispanoamericanos; y si el orden

actual de cosas no se modifica, en pocas decenas más de años, la mayor parte de ellos nos sobrepasarán.

Y anticipando, para no perder la unidad del conjunto, la síntesis de la segunda parte de este estudio, las panaceas preconizadas por nuestros políticos para estimular el desarrollo económico, son, cuando no dañinas, impotentes para realizar los fines que persiguen.

Siendo la debilidad de nuestra expansión efecto de la antinomia que existe entre la naturaleza física y la capacidad económica de la población, sólo puede modificarse removiendo la causa que la determina.

No está en nuestra mano modificar el lote que, en el reparto de las riquezas naturales, nos cupo en suerte.

En cambio, los avances de la sociología y de la psicología colectiva, nos permiten hoy modificar con rapidez el otro término de la antinomia: la eficiencia económica de la población.

La enseñanza, hasta hoy ineficaz como agente de transmutación o cambio, ha entrado en una nueva faz que le abre horizontes hasta ayer no sospechados. En su estado actual, con toda la insuficiencia de sus medios pedagógicos, puede corregir la herencia, contrarrestar desviaciones y suplir los vacíos en la evolución de pueblos mestizos que tienen energía natural; es decir, de pueblos extremadamente sensibles a los agentes sociológicos que tienen materia prima que elaborar.

Concretándose al caso nuestro, la educación sistemática puede completar la transformación aún imperfecta de nuestra primitiva energía militar en aptitudes industriales.

El solo restablecimiento del equilibrio entre nuestro desarrollo intelectual y nuestra capacidad económica, repercutiría favorablemente sobre nuestra evolución moral, hoy perturbada por hondos trastornos.

La educación sistemática, una vez adaptada a nuestro estado social y a nuestro patrimonio hereditario, pue-

de contribuir directamente a la rehabilitación del sentimiento de la nacionalidad y de los ideales que constituyen el nervio de la expansión material y moral de un pueblo.

Una política económica y comercial estable, basada en el conocimiento de nuestros medios, de nuestra posición y de nuestro porvenir, puede auxiliar a la enseñanza en la realización de la tarea pesada que el destino y nuestros errores han echado sobre sus hombros.

Apéndice

- (A) En los años siguientes la desvalorización es mayor; así tenemos que en 1915 llegó a 8.3; en 1920 a 12.1; en 1925 a 6; en 1930 a 6; en 1935 a 1.5; y a partir de ese año a cifras inferiores a 1.

Es interesante medir la desvalorización monetaria a partir de 1932, en moneda dólar, que es la que mejor refleja lo sucedido en los últimos años. En 1932 el cambio oficial era de \$ 16.55 por dólar; en 1935 de \$ 19.37; en 1946 de \$ 31; en 1949 de \$ 80 aproximadamente; en 1953 de \$ 110; y en 1955 de \$ 200; en 1964 de E° 2.35 (\$ 1.000 antiguos = E° 1); en 1968 de E° 6.79; en 1979 de E° 12.21; en 1973 de E° 160 y después de E° 280; en junio de 1975 de \$ 5.00 (\$ 1 nuevo = E° 1.000); y en 1980 de \$ 39.00.

Cabe recordar que en muchos de estos años existieron cambios múltiples por el sistema de cambios preferenciales. Desde 1980 se fijó un cambio único de \$ 39 por dólar para todas las exportaciones e importaciones.

- (B) Entre los años 1907 a 1920 la tasa fue de 15.6%; entre 1920-1930 de 14.9%; y entre 1930-1940 de 13.9%; entre 1940 y 1952 de 22.8%. Entre 1952 y 1960 de 24.2%; entre 1960 y 1970 de 20.4% y entre 1970 y 1980 de 24.9% (estimación).
- (C) En el año 1940 Chile tenía 4.885.000 habitantes y la Argentina 13.500.000, o sea más del doble. En 1955 Chile tenía poco más de seis millones de habitantes, en tanto que Argentina ya bordeaba los 18 millones, es decir: tres veces más población, y en 1978 Chile tiene 10.742.000 habitantes en tanto que Argentina llegaba a 26.393.000 habitantes.
- (D) En 1953 las exportaciones mineras ocupan entre el 70 y el 80% del total del comercio exterior visible; los productos de la agricultura, ganadería, pesca y maderas e

industria fabril ocupan entre el 20 y el 30% del total. En 1970 el porcentaje fue de un 84% y en 1980, del 60%.

- (E) En el año 1928 la producción de salitre alcanzó a 3.233.321 toneladas; en 1933 a 437.655 tons.; en 1940 a 1.485.070 y en 1951 a 1.684.407 tons.; en 1966, a 1.063.167 tons.; en 1970 a 673.850 tons.; y en 1980 a 620.411 tons.
- (F) En 1941 la producción de cobre fue de 468.688 tons.; en 1951 llegó a 379.707 tons. en 1970, de 685.600 tons. y en 1980 de 1.067.700 tons.
- (G) La Sociedad de Altos Hornos instaló los Altos Hornos de Corral. En 1913 la Sociedad arrendó el Tofo a la "Bethlehem Chile Iron Mines CO". Esta empresa mejoró la productividad y capacitó al mineral para producir 1.800.000 toneladas de hierro. Este hierro se benefició más tarde en la Usina de Huachipato. La producción de hierro fue en 1966 de 12.221.647 tons.; en 1970 de 11.264.929 tons. y en 1980 de 8.834.577 tons.
- (H) En 1920 la natalidad alcanzó a 39.4 por mil, en 1930 a 39.8 por mil; en 1940 a 35.4 por mil y en 1949 a 36.7 por mil. En 1960, a 37.4 por mil; en 1970, a 27.2 por mil y en 1975 a 25 por mil (fuente: S.N.S.).
- (I) La mortalidad infantil ha descendido en los últimos años. Así tenemos que entre 1917-1921 llegaba a 27.4%; en 1930 a 23.4%; en 1940 a 21.7%, en 1949 a 17% del total de nacidos vivos. En 1965, llegaba a 10.2%; en 1970, a 7.4% y en 1975 a 5.5% del total de nacidos vivos.
- (J) A partir de 1920 comienza a bajar la ilegitimidad. En 1910-1919 el porcentaje de hijos ilegítimos en la natalidad general era de 37.9%; en 1930 llegó a 30.4%; en 1940 a 26.7%; en 1948 a 20.6%. En 1958 a 15.6%; en 1968 a 17.6% y en 1978 a 25%. A partir de 1968 la estadística se refiere a nacidos vivos de mujeres no casadas.

Esta cifra es siempre superior a la de países más adelantados; por ejemplo Suiza tiene un 4%; Bélgica un 4,5%; Italia un 4.8%; España un 6%. Pero en otros países americanos esta proporción es mayor: Uruguay tiene un 28.2%; El Salvador 59%; la República Dominicana un 54.9%. En Estados Unidos, en cambio, es de 2.6%.

En 1947-1948 la cosecha total de trigo llegó a 10.712.162 qq.m.; en 1951-1952 alcanzó a 9.155.453 qq.m. En 1965 la producción fue de 12.759.000 qq.m. En 1978-1979 la producción fue de 9.951.400 qq. m. y en 1979-1980, de 9.660.000 qq. m. (S.N.A.).

NUESTRA INFERIORIDAD ECONOMICA es, en un amplio sentido, una de las obras más penetrantes y profundas que se hayan escrito sobre Chile. En sus páginas se advierte una visión original y novedosa de la realidad nacional, surgida del examen de la propia experiencia chilena y capaz, por eso mismo, de abrir perspectivas fecundas y de sugerir soluciones constructivas.

No obstante haberse publicado en 1912, las polémicas observaciones de Francisco Antonio Encina permanecen vigentes en muchos de sus aspectos esenciales, y podrían traducirse aún en orientaciones genuinamente nacionales de nuestro pensamiento y de nuestra acción.

La perspicacia histórica y sociológica de Encina, sin duda agudizada por las resonancias de la crisis política y social de 1891, se dirige en esta obra hacia el estudio de un tema incitante para todos los chilenos: el sentido de nuestra evolución histórica y el porqué de la decadencia económica que afectó al país y determinó la lentitud de su proceso económico hasta entrado el siglo xx, tan distinto del paso seguro con que, en el siglo pasado, Chile pudo avanzar hasta ubicarse en un primer lugar entre las naciones de América Latina.